

# Los olvidados (no los de Buñuel, los míos)

Rossana Díaz Costa

narrativa



Premio  
Nacional  
PUCP

2004

## Rossana Díaz Costa

(Lima, 1970). Estudió Literatura y Lingüística en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Fue también alumna libre de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Lima.

En La Coruña hizo los cursos de Doctorado en Filología Hispánica y estudió Realización en una escuela de Imagen y Sonido. Actualmente se especializa en Guión en la Escuela de Cinematografía y del Audiovisual de Madrid (ECAM), y colabora con artículos de crítica cinematográfica en la revista *Butaca Sanmarquina*. En 1995, gana dos menciones honrosas en los Juegos Florales de la PUCP en la categoría cuento; en 1997, obtiene una mención honrosa de la BBC con el documental *En Camino*, del cual es guionista y directora. En España, en 1998, gana el Premio Lituma y, en el 2000, el Premio Federico García Lorca, ambos en la categoría cuento. En Lima, en el 2001 y el 2003, es finalista del Premio Copé. En el 2005, en España, es seleccionada con el cuento ganador del Premio Federico García Lorca para la exposición «Ojos del Sur», presentada en el Parlamento Europeo (Bruselas), y en Lima, es finalista del Premio Nacional PUCP 2004 en la categoría narrativa.



LOS OLVIDADOS  
(NO LOS DE BUÑUEL, LOS MÍOS)

LOS OLVIDADOS  
(no los de Buñuel, los míos)

Rossana Díaz Costa



Pontificia Universidad Católica del Perú  
Fondo Editorial 2005

*Los olvidados*

*(no los de Buñuel, los míos)*

Primera edición, septiembre de 2005

Tiraje: 500 ejemplares

© Rossana Díaz Costa, 2005

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005

Plaza Francia 1164, Lima 1, Perú

Teléfonos: (51 1) 330-7410; 330-7411

Fax: (51 1) 330-7405

Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe

Portal URL: [www.pucp.edu.pe/publicaciones/fondo\\_ed/](http://www.pucp.edu.pe/publicaciones/fondo_ed/)

Diseño de cubierta: Elena González

Diagramación de interiores: Aída Nagata

*Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.*

ISBN 9972-42-740-4

Hecho el depósito legal 2005-6754 en la

Biblioteca Nacional del Perú

Impreso en el Perú – Printed in Peru

*A mis padres*

Los relatos de este libro fueron escritos entre 1996 y  
2004 en las ciudades de Lima, Madrid y La Coruña.

Y me parece difícil escribir algo profundo que no esté  
unido de una manera abierta o enmarañada a la infancia.

*El escritor y sus fantasmas*

ERNESTO SÁBATO

Escribir [...] es un acto de rebelión contra la realidad, contra Dios,  
contra la creación de Dios que es la realidad.

*Historia de un deicidio*

MARIO VARGAS LLOSA

Todo lo que no se escribe, no ha existido.

*Diario de una escritora*

VIRGINIA WOOLF

Olvidar no es perder, olvidar es guardar.

*El andarín de su órbita*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ



# I

*En Lima  
Los borrachos  
De ron de quemar  
Las llantas usadas  
Lima, ciudad muda,  
Cuándo llevarás,  
Como una llamarada  
Mi esbelta  
Mi amada, mi gris  
Ciudad natal  
Donde plagio los versos  
Pero también  
Plagio al mar  
Y al tiempo.*

LUIS HERNÁNDEZ

*Guardo de Lima una botella  
Llena de lluvia  
Y un puñado de arena  
En el pañuelo. A veces recuerdo  
La luz de su nublado cielo  
Y la acaricio  
Como se acaricia una perla  
En el bolsillo.*

JORGE EDUARDO EIELSON



## CON ALFREDO, EN LA CORUÑA

*Y yo muerto de miedo, pensando en el Pontiac; tal vez Jimmy se iba a enterar de que ése era el de mi padre, se iba a burlar tal vez, lo iba a ver más viejo, más ancho, más feo que yo.*

«Con Jimmy, en Paracas»

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

FUE SILVIA, mi compañera de clase, la que me dijo ese día por la mañana: «Alfredo Bryce Echenique está en La Coruña y va a dar una conferencia hoy día por la noche en el teatro Colón». No lo pensé dos veces. Hablé al mediodía con las madres de mis pequeños alumnos y asunto arreglado. Les daría media hora menos de clase a cada uno y podría llegar a tiempo a ver y escuchar a Alfredo, curiosamente, en La Coruña.

No conozco a ningún compatriota en esta ciudad, y a los peruanos nos da el patriotismo cuando estamos lejos del Perú y cuando no nos vemos con ningún otro peruano. Profunda emoción al escucharlo hablar de mi querida megalópolis, mi Lima de cientos de millones de habitantes, ciudad monstruosa que ningún limeño conoce realmente, mi huachafa y olorosa Lima, donde no hay sol, como en Macondo, sino un cielo gris que nos pone a todos los limeños tristes, muy tristes. Y sí Alfredo, cuánta razón, a nosotros, que somos de Indias, nunca nos descubrieron, a nosotros nos inventaron.

Al final de la conferencia subí al estrado a pedirle una firma a Alfredo. Tuve que comprarme *Un mundo para Julius* antes de ir al teatro Colón, porque todos mis libros están en Lima. Al fin llego hasta él, le digo que soy peruana, me dice que con razón soy desfachatada, que los peruanos somos así. Le digo que soy amiga de Micaela, la hija de François, y me empieza a hablar de los treinta años de amistad y cartas con el padre de mi amiga. Salgo con él del teatro, me dice que lo acompañe hasta el lugar donde va a cenar con sus amigos. Empieza a llover. Solo nosotros dos, un peruano que convive desde hace treinta años con la lluvia, y una peruana que recién desde hace un año sabe lo que es vivir bajo la lluvia casi permanente, somos los únicos que no tenemos paraguas. Alfredo me cuenta que siempre los pierde. Como yo, que perdí mi primer paraguas, que era de mi abuelita, en el metro madrileño.

Caminamos hacia el restaurante, uno muy elegante, frente al puerto. Me pregunta si no me pone triste este frío, esta lluvia. Sí, me pone triste, muy triste. Es desde el frío y la lluvia que empiezo a extrañar el cielo gris de mi ciudad, aquel que describió Melville, cielo muy gris que te pone triste, pero... que no te malogra los zapatos. Es que en Lima nunca llueve.

Finalmente llegamos. Hay una española con Alfredo que, como todas las españolas, insiste impacientemente en la hora de la cena. Alfredo me pregunta cómo estoy haciendo con la visa, le digo que estoy en problemas, me dice que es terrible, pero que los peruanos estamos considerados la peor escoria del mundo, que no quieren que nos quedemos en ninguna parte, la española insiste en la hora de la cena, Alfredo accede alegremente a tomarse una foto y me da su dirección en Madrid, la española insiste a modo de ultimátum, Alfredo se despide muy cariñosamente de mí y la española sonrío aliviada. Desaparecen los dos de mi vista y yo me quedo toda nostálgica bajo la lluvia, intentando guardar nerviosamente mi cámara en mi roto maletín. Y es a los pocos minutos, cuando empiezo a caminar sola bajo la lluvia nocturna, que recuerdo a Manolo y a Jimmy. Y luego, *esto sí que es extraño*, me encuentro de pronto caminando sola en la

avenida Larco, bajo un cielo gris nocturno y sin lluvia de invierno limeño. Camino hacia el parque Kennedy, por donde pasan las combis que van a la avenida La Marina. *Me estoy viendo realmente; es como si me estuviera viendo.*

Es viernes y acabo de ver una buena película en el cine Pacífico, en la función de noche, y luego de dar un par de vueltas, con la esperanza de ver si me encuentro con alguien conocido, decido irme a casa. De hecho que están en Barranco, pienso, pero me da flojera tomar una combi hasta allá. Además, mañana me tengo que levantar temprano. Me paro en la esquina de Larco con Pardo a esperar la «C», la combi más rápida del planeta. Veo que todavía hay gente en la puerta del cine. Recuerdo que hace diez años yo estaba aún en el colegio, y veníamos a este cine a ver películas, en la época en que mi mamá me daba para el cine y mi posterior hamburguesa con papas fritas y se quedaba sin comprar la comida del próximo día. Así eran mis días del San Silvestre. Me estoy viendo con mi veintiúnico blue-jean, mi casaca que caminaba sola, mis *top-siders* azules o bien mis mocasines que sobrevivieron al concierto de Charly García (mi primer concierto de rock), y finalmente mi camisa que sobresalía por debajo de la casaca y mi chompa «Kids», porque así era la moda. Es como si me estuviera viendo, haciendo la cola con Claudita, Maya y Micaela, angustiada por mi mamá que no iba a poder comprar el lunes las papas, el arroz, la leche que se necesitaban en mi casa del barrio de Maranga, en el distrito de San Miguel. Es como si me estuviera viendo, haciéndome la que mi mamá no tiene que comprar nada, y la que me alcanza encima para la hamburguesa y la papa frita obligatoria, me estoy viendo, sonriendo y hablando en «spanglish», único dialecto que se conocía entre las chicas del San Silvestre.

Y cuando hacía la cola en la puerta del cine Pacífico allá por el año 85, para ver una mala película que no merecía el esfuerzo de mi mamá, me quedaba a veces fuera del ruedo, fuera del círculo de tiza trazado por mis tres buenas amigas. Y sucedía esto porque al observar sus rostros adolescentes me entraba una

nostalgia terrible por una infancia dorada allá a finales de los 70, en compañía de Claudita y Micaela, una infancia en la cual se jugaba a Maricuchita y Maricuchito, a Carlitos Supermán, a Hannah de la Selva, a Hugo, Paco y Luis, a la destrucción de Barbie y Ken, a Star Wars, a Kojak, a Starsky y Hutch, a Menudo, a Parchís, todo esto en el jardín del colegio San Silvestre, que aportaba un tesoro insospechado en sus árboles y viejas bancas. Y era como si me estuviera viendo, niña aún, sin gastos de cine, ni vestidos de fiestas de 15 años, ni hamburguesas inútiles, ni maquillaje en el rostro, solo con mi uniforme color ratita que nos impuso el general Velasco a los niños peruanos PARA QUE SEAMOS TODOS IGUALES. Pero no señor Velasco, usted se equivocó, los niños peruanos nunca fuimos todos iguales.

Me estoy viendo chiquitita, no comprendiendo aún por qué yo tenía colores «Patita» en cajita de 12 y el resto tenía crayolas «Crayons» y colores «Caran D'Ache» (o como se llamen) en cajota de mil, y curiosamente yo pintaba más bonito que muchas de esas niñas que no sabían aprovechar sus millones de colores, y me estoy viendo con mis patines nuevos en la casa de Ximenita, cuyos padres eran dueños de Canal 4 pero ella nunca los veía, pobre, y Ximenita me dijo que mis patines eran feos, y yo le dije que tenía otros y era una mentira, yo solo tenía mis patines de zapatilla y no de botín, pero yo le enseñé a patinar a Ximenita, y fue entonces que se olvidó de mis patines de zapatilla y me llevó con su chofer a comer helados. Pero felizmente no todo en esta vida eran Ximenitas, y afortunadamente tenía a Claudita y a Micaela cuando era chiquitita, y me estoy viendo en la casa de Magdalena jugando a las barbies con Claudita, barbies que nunca tuve porque eran carísimas, y me estoy viendo en la casa de Barranco, en la biblioteca del tío François, jugando con Micaela y fascinada por tanto libro. Era como si me estuviera viendo chiquitita desde la cola del cine allá por el año 85, deseando que se acaben de una vez por todas la película, la hamburguesa, el año y el colegio, para no tener que seguir gastando el dinero de la comida, y no tener que seguir viendo a mi papá cada día más canoso y más

arrugado gracias al presidente Alan García, Sendero Luminoso y el colegio San Silvestre. Pero yo tenía beca, sí señor, al igual que mi amiga Charito, que optó por encerrarse en su cuarto y no gastar en nada, y salir solo conmigo a comprar papitas del Wong de 2 de mayo y escribir luego sueños e ilusiones en un parque detrás de su casa. Pero mi papá tenía que pagarle impuestos imposibles al gobierno, trabajar de madrugada porque a esa hora reponían la luz cuando Sendero se tumbaba unas cuantas torres, y también tenía que pagar el cine y la hamburguesa, y mi veintiúnico vestido azul de las fiestas de 15, y por eso estaba canoso y arrugado, y también porque tenía que ir con mi mamá a recogerme de las dichosas fiestas de 15 hasta La Molina, y mi carro, mi carrito lleno de personalidad, que era un Toyota feísimo del 74 al cual llamábamos cariñosamente «el Anti», no subía la cuesta de La Molina, y se recalentaba y tosía y escupía humo. Pero todo sea para que la niña vaya a una fiesta y no se sienta apartada entre las niñas del San Silvestre. Eso pensaba mi mamá, que muy en el fondo de su corazón guardaba la esperanza de que algún día consiguiera un enamorado del colegio Santa María o del Markham (que abundaban en estas fiestas), y la niña abandonara de un sopapo y de una vez por todas a la clase media.

Y era como si en esa cola del cine me estuviera viendo aún más chiquitita, allá por el año 74, en el nido «Mariano Melgar», que alguna vez se llamó «Lord Cochrane» y alguna vez también se llamó «Commonwealth», pero al cual el general Velasco le cambió el nombre, porque estaba en inglés, y él no quería saber nada con los gringos y su idioma imperialista, él quería que la gente en Lima hablara quechua de la noche a la mañana y que los gringos se fueran a la concha de su madre. Y fue en el «Mariano Melgar» que empezó todo: ahí conocí a mi inseparable amiga Claudita, recién llegada de Brooklyn, *yeah*, y que posiblemente era más feliz en esa época porque tenía un Volkswagen escarabajo amarillo como el sol y no un Mercedes Benz, que a veces avergüenza en una tierra donde los niños nunca fueron iguales, y que fue conmigo una *little lamb* en nuestra pequeña mesita y con nuestros mandilitos color ratita. Y en esa época

mi papá no era canoso ni arrugado y mi mamá parecía Elizabeth Montgomery (y era la bella mamá del barrio clasemediero, donde todos se preguntaban cómo esa señora tan gringa y tan guapa vivía allí), y mamá y papá querían que yo fuera a un colegio inglés, cueste lo que cueste y en contra de la voluntad del señor Velasco, así como el padre de Manolo, al cual recordaría en esa esquina de Miraflores saliendo del cine Pacífico muchos años después, donde me estaba viendo realmente haciendo la cola del cine con Claudita, Maya y Micaela allá por el año 85, donde quedé fuera del círculo de tiza y retrocedí diez, quince años en mis recuerdos y donde luego, esto sí que es extraño, en lugar de ver a la «C» que me llevaría a casa, vi un bus rojo gigantesco, que nada tenía que hacer con mis pequeñas y veloces combis, porque el que lo manejaba era un señor blanco y no un indio peruano, y porque no se escuchaba salsa a todo volumen, y porque no me atropelló al cruzar la calle mientras me empapaba de pies a cabeza bajo la lluvia, sino que frenó y me dio el pase porque así es en Europa.

Y me estoy viendo llegar a mi casa en La Coruña, con mi libro mojado, mi roto maletín y la firma de Alfredo, agotada, agotadísima, como si hubiera corrido una maratón de varios siglos, como si hubiera tenido que atravesar millones de espejos en pocos minutos, como si hubiera caminado en círculo y bajo la lluvia durante toda mi vida.

## REUNIÓN DE MUERTOS

TODAS LAS MADRUGADAS a eso de las dos o tres, cuando todos estábamos ya acostados y dormidos, mis tías abuelas, mis tíos abuelos y mis bisabuelos solían visitar la casa. Mejor dicho, solían visitar a mi abuelo, que a esa hora se despertaba, se acomodaba en su cama y se preparaba para ser el perfecto anfitrión de una diaria reunión de muertos. Mi abuelo tenía a esas alturas cien años recién cumplidos y gozaba de una salud envidiable y de una incomparable lucidez. Por eso, nadie dudó nunca en casa de la real existencia de dichas reuniones del más allá, donde la vida y la muerte se confundían en un singular diálogo que podía a veces prolongarse hasta el amanecer, dependiendo del ánimo de mi abuelo y las necesidades vitales en el mundo de los muertos.

Muchas veces tenía que estudiar hasta altas horas de la noche y en mis constantes peregrinajes hacia la cocina en busca de leche (soy de esas pocas personas que estudian con leche), siempre me tropezaba en el camino con voces y cariños conocidos, con colores y olores de manos ancianas que alguna vez me tomaron la cara o bien me acariciaron el pelo. Cuando esto sucedía, una fría ráfaga de aire penetraba en mis huesos, agitaba mi ropa y me obligaba a detenerme en la mitad de la sala de mi casa por unos segundos. Solo luego, cuando mis huesos regresaban a su temperatura normal, podía proseguir con mi camino. Ya en la cocina podía percibir el murmullo de las voces más claramente, entre las cuales sobresalía siempre la voz ronca de mi abuelo, y llegó un momento en el cual de

no pasar por todo este ritual me sentía envuelta en una profunda soledad nocturna, aquella que me imagino mata por segunda vez a los muertos.

En una ocasión, mi abuelo nos contó a la hora del almuerzo que la noche anterior había aparecido un intruso en la reunión, un señor de sombrero de copa y chaleco, que había perdido a su familia y que no tuvo más remedio que unirse a la primera familia de muertos que encontró por ahí. Nos dijo mi abuelo que al inicio le pareció incluso un personaje casi grosero, ya que ni siquiera se dignó a saludar a la familia reunida, sino que simplemente se sentó al lado de las tías abuelas y además se sirvió un café muerto sin el permiso de nadie. Pero pasadas las dos primeras horas, mi abuelo intuyó que este intruso pecaba más de tímido que de grosero, y que probablemente su falta de cortesía era consecuencia del abandono y la soledad. Nosotros solo pudimos imaginarnos a uno de esos señores que aparecían en las revistas *Variedades* de los años veinte, que conocíamos porque mi abuelo aún las conservaba como un preciado tesoro, o bien uno de esos personajes que aparecían al lado de mi abuelo en esas fotos color sepia que también se conservaban en mi casa. Todos barbudos y gordos, impecables, soberbios y de seguro infieles a sus esposas. Mi abuelo nunca usó barba y era flaquísimo, tampoco engañó a mi abuela y era poseedor de una paz solo comparable con la de algunos muertos. De seguro que era por eso que presidía esas reuniones y no le temía a la muerte como la mayoría de mortales.

Realmente, estas reuniones empezaron cuando los únicos que se encontraban vivos de aquella antiquísima generación eran mi abuelo y mi tía abuela. Él era el mayor de los cinco hermanos que tuvo el bisabuelo italiano, y mi tía era la menor. El día que ella murió de vejez, nosotros, ilusos todos, pensamos que lo mejor era no contarle nada a mi abuelo, porque temíamos que le pudiera dar un ataque o algo semejante. Pero a la mañana siguiente, previa reunión nocturna, mi abuelo nos dijo con toda tranquilidad:

—Rosita murió ayer. ¿Por qué no me dijeron nada? Ayer estuvo en mi cuarto con mis padres y mis hermanos, y todos me han dicho que ahora sí que ya es

hora de que me vaya con ellos. Dicen que solo me están esperando a mí y que ya me estoy pasando de la raya.

Efectivamente, mi abuelo se había pasado de cualquier límite posible hacía ya mucho tiempo. Nuestros amigos no sabían si tenerle miedo o respeto. Lo único que se limitaban a decir cada vez que lo veían era «oye, pero qué viejo que es tu abuelo», y las amigas de mi hermana no quisieron regresar nunca más a dormir a nuestra casa porque ella les dijo una noche, con la mayor naturalidad del mundo, que si sentían murmullos extraños era porque ya habían llegado los muertos. Qué Macondo ni qué ocho cuartos. Nadie pudo dormir esa noche. Solo mi hermana, mis padres y yo.

Una noche a principios de otoño, mi abuelo no se reunió con los muertos y yo soñé que era una niña y que paseaba con él en La Punta, que es el lugar donde siempre vivió. Me mostró luego un sitio hermosísimo, indescriptible, adonde él iría pronto pero yo aún no. Así me lo dijo en el sueño. Desperté con una paz que me era ajena en mi adolescencia y sabiendo que muy pronto los murmullos se acabarían.

Por esa época yo tenía un enamorado que estudiaba conmigo en la universidad. Era de noche y yo me encontraba con él en una heladería. Una fría ráfaga de aire penetró de pronto en mis huesos. Lo supe de inmediato. Ni siquiera me despedí y tomé el primer taxi que encontré en la calle. En medio del ruido del tráfico, yo solo pude escuchar los murmullos. Al bajarme en casa me tropecé con las voces y cariños conocidos, con los colores y olores de manos ancianas, todos estaban agolpados contra la puerta, exigían salir. Heladas ráfagas de aire agitaron mi ropa y la de mi madre, que en la confusión no sabía si abrir puertas o ventanas, consolar a mi abuela o echarse a llorar. Mi abuelo fue el último en salir, sonriente, lúcido, con su sombrero puesto a última hora, y apenas alcanzó a decirnos adiós con su voz ronca. Me pareció divisar a lo lejos al famoso señor

de sombrero de copa y chaleco, persiguiendo a mi antiquísima familia en sabe Dios qué nuevos y remotos lugares.

Ahora sigo esperando los murmullos y colores de muertos en medio de la soledad nocturna. Pero nada sucede. De seguro han vencido por completo a la soledad.

## LA PUNTA, 6 A. M. (CUENTO DE HADAS)

FUE UNA DECISIÓN tomada por mis padres. Nos levantaríamos todos los días a las seis de la mañana e iríamos a La Punta. Poco importaba la baja temperatura matutina del verano limeño, y menos aún las nieblas de enero que nada tienen que envidiarle a las del mismísimo Londres. Nosotros, la única familia de locos que iba a bañarse a la playa a esas horas, éramos felices así. Mi mamá me abría las cortinas, como lo hizo siempre a modo de despertador, y yo salía disparada de la cama, me ponía la ropa de baño y preparaba mi botecito azul y blanco de goma, porque claro, sin bote no había playa. Mientras, mi papá calentaba el carro y mi mamá preparaba el desayuno. A las seis y media ya estábamos en La Punta, donde solo contábamos con la compañía de muchas gaviotas, algunos pelícanos, voces de cadetes lejanos y uno que otro deportista madrugador. Recuerdo incluso que mi papá usaba una ropa de baño verde, mi mamá una azul y yo una celeste llena de dibujitos de animalitos marinos. Mi papá nadaba hasta los botes, mi mamá se quedaba nadando cerca de la orilla y yo navegaba en mi gran trasatlántico de un metro de largo hasta las profundidades del océano. Si un fotógrafo nos hubiera descubierto, habría tomado las fotos de un amanecer jamás visto.

A eso de las siete y media marchábamos volando para que mi papá se duchara en la casa y se fuera a trabajar. Mi mamá y yo tomábamos nuestro segundo desayuno, luego yo secaba mi bote y jugaba con alguna muñeca mientras mi mamá tendía las camas y limpiaba la casa. A eso de las diez nos preparábamos para regresar a La Punta, a veces las dos solas, pero casi siempre lo hacíamos con

Patty y Carlitos, que eran mis amiguitos de la casa de al lado, y con alguno que otro niño o niña que vivía por mi casa. La segunda ida del día a La Punta la hacíamos bajo un sol radiante y un calor húmedo que poco se parecían a nuestro diario amanecer. Allí íbamos, riendo a carcajadas en mi carrito, sosteniendo por la ventana el bote azul y blanco de goma que siempre estaba a punto de volar del techo al final de la avenida de La Marina. En febrero, cuando empezaban los carnavales, mi mamá nos dejaba llevar globos de agua para lanzarlos a modo de proyectiles desde las ventanas del carro, y luego podíamos ver cómo nuestras víctimas quedaban hechas una sopa irremediablemente.

A eso de las diez y media ya había gente en la playa y era curioso ver el mar y el cielo de otro color, y la gente que iba y venía, y las toallas y la música y el bronceador y el calor, mucho calor, que nosotros, que éramos niños, no sentíamos porque permanecíamos en el agua o en el bote azul y blanco de goma toda la mañana, hasta que mi mamá nos dijera que nos teníamos que ir y era luego que salían a rastras del agua unos niños todos arrugaditos.

El regreso a casa era menos animado porque estábamos mojados y cansados de tanto nadar y jugar, pero en carnavales siempre teníamos aún las fuerzas de atacar a algún despistado transeúnte con nuestros coloridos globos de agua. Era solo entonces que volvíamos a reír a carcajadas y a disfrutar de los equilibrios con el bote azul y blanco de goma en el techo del carro en la avenida de La Marina, cuyos vientos huracanados a la altura de la entrada al Callao se convertían en el reto de la tarde para nuestros infantiles musculitos, que sacábamos por la ventana a la vista y paciencia de todos los policías del mundo que jamás nos pusieron una multa. Incluso hasta les gritábamos que se les había caído el ojo.

Una vez en casa, nos sentábamos a almorzar con la mamamama y el tatatata, y mi mamá les contaba que en La Punta el agua estaba riquísima, como siempre, y que estaba color esmeralda, como siempre, y que no había mejor playa en este mundo que La Punta. Inmediatamente después el tatatata se ponía a recordar sus tiempos en ella, cuando se nadaba todas las mañanas la playa de Cantolao

de cabo a rabo en cualquier época del año, cuando iba a pasear al malecón en compañía de mi mamamama, cuando tenía su casa, la «Villa Rosa», con sus miles de cuartos y sus muebles estilo europeo, y entonces la conversación terminaba dirigiéndose sin remedio al siglo pasado y al bisabuelo italiano que también venía del mar porque era de Génova, y al Bon Marché, que era la tienda de telas que tenía el bisabuelo en el Callao y que fue donde se conocieron el tatatata y la mamamama, y no sé cómo es que siempre al momento de comer el postre terminaban contándome la conocidísima historia del maremoto que hubo a finales del siglo pasado, has visto hijita, has visto la cruz en el mercado del Callao, hasta ahí llegó el agua, cuéntale lo de las estatuas, sí, y las estatuas en las esquinas del mercado, las has visto hijita, son de los barcos que encallaron ahí en la cruz, sí, fue una desgracia ese maremoto, que Dios nos libre, y la mamamama se hacía la señal de la cruz mientras el tatatata remojaba su último pan en la sopa que aún no había terminado y que ya era su quinto plato.

Algunas tardes después del almuerzo, mi mamá y yo volvíamos a ir a La Punta, pero esta vez duchadas y cambiadas, y con nuevos tripulantes en el carro: la mamamama y el tatatata, que seguían contando historias durante el camino y que luego del helado o picarón obligatorio frente al malecón, nos decían siempre que La Punta había cambiado mucho pero que igual estaba bonita, y por último exigían ver la antigua «Villa Rosa» en ruinas y habitada por las ratas, actividad masoquista que compartíamos todos en la familia, ya que incluso yo, de grande, iba a verla a través de la baranda para imaginar el esplendor de comienzos de siglo que había devorado el polvo, la sal y el tiempo.

Al regreso, ya con el sol ocultándose, los policías del camino miraban consternados nuestro carrito, tal vez preguntándose por qué esa familia de locos iba y venía tantas veces de La Punta. O tal vez porque reconocían a la niña que les había gritado en la mañana que se les había caído el ojo.

Si alguna vez no podíamos levantarnos a las seis de la mañana, mi papá regresaba a la hora del almuerzo para ir a la playa, pero siempre intentábamos que

esto no sucediera, porque en la tarde La Punta estaba repleta de ruido y de gente, el mar perdía su tono esmeralda y su serenidad acostumbrada, y el sol golpeaba con una fuerza casi tropical. Por eso, nuestra cita matinal con el mar de La Punta duró mucho tiempo, y nunca hubo fotógrafo que descubriera el amanecer más original del mundo. Esa pareja de cuarentones y esa niña de bote azul y blanco de goma y ropa de baño celeste, quedaron suspendidos en el anonimato de las 6 a. m. y en la leyenda de aquellos que habitaban las casas frente a la playa y que veían todos los veranos a esta familia de locos a la hora de levantarse o tomar el desayuno.

Con el tiempo, a mi papá se le arruinó la ropa de baño y a mi mamá también, el bote azul y blanco de goma se llenó de huecos y a mí me crecieron las tetitas y ya no me quedaba la ropa de baño celeste con dibujitos de animalitos marinos. Yo me compré una nueva pero mis padres ya no lo hicieron, dejamos de ir a la playa a las 6 a. m. y fue después de unos años que ellos dejaron de ir a la playa definitivamente. La mamamama y el tatatata murieron con sus recuerdos de un mar esmeralda pero las ruinas de la «Villa Rosa» siguieron en pie. Durante mis últimos meses en Lima fui varias veces a La Punta, sola, a horas lógicas y nada originales, y siempre me daba el tiempo de oletear a través de la baranda de la «Villa Rosa» para descubrir una nueva madera en el suelo, una nueva ratita cruzándose por el antiguo esplendor de comienzos de siglo.

Y también miraba desde la playa las ventanas de los altos edificios que jamás me reconocerían después de casi veinte años, pero que si tal vez hubieran visto mi botecito azul y blanco de goma lleno de huecos surcar las profundidades del océano, hubieran hecho memoria y recordarían a la familia de locos que solía ir a finales de los años setenta a La Punta a las 6 a. m. y que quedó plasmada en una fotografía imaginaria llena de color de amanecer, suspendida en el tiempo y la leyenda, casi volando, como si el bote y las ropas de baño hubieran sido polvos mágicos de algún entrañable cuento de hadas.

## NO ES SERIO ESTE CEMENTERIO

NO PODÍA DARSE escena más inocente y enternecedora aquella mañana a principios de los años setenta: abuelito centenario, el popular *tatatata* en toda su grandeza matutina, con abrigo negro y sombrero; mi mamá, en toda su época de peinado totorrete a lo *Hechizada*; y finalmente yo, con toda mi infancia a cuestras y lazo gigante en la cabeza. Los tres, abuelo, hija y nieta, yendo con unas hermosas flores a saludar a nuestros muertitos en el viejísimo cementerio del Callao. Tan viejísimo como mi familia, que ocupaba la zona de las tumbas a las que ya nadie llevaba flores porque ya no había quién las llevara, ya que todos, todos, estaban muertos. Allí íbamos, en nuestro bólido color amarillo, nuestro famoso Toyota Corona que en esa época estaba nuevo y reluciente, las tres generaciones llevando unas flores que también eran amarillas, y mi *tatatata* hablando de los muertitos, mientras yo trataba de imaginarme a Giovanni Vittorio y compañía, al tío Manuel y a toda la saga que algún día conocería en algún más allá lejanísimo y que en aquellas épocas se reducía a la nube que estaba siempre encima de mi jardín. Allí, en esa nube blanquísima y gordota estaba mi familia, mirando cómo jugaba yo todo el santo día, porque claro, en esa época yo ni siquiera iba al colegio y mi vida se reducía a mi columpio y a la tierra para jugar a la cocinita. Pues allí íbamos tan contentos por la avenida La Marina, con nuestros muertos, nuestra nube y nuestras flores, y estábamos llegando al óvalo de La Perla cuando de pronto vimos que había muchos tanques y soldados por todas partes, *ay los milicos estos, son una plaga*, dijo mi mamá entre dientes, y para qué dijo nada, porque al

minuto siguiente ya le habían tocado el pito y nuestro bólido tuvo que estacionarse a un costado de la avenida, y vi que mi mamá puso cara de contubernio y que mi tatatata puso cara de indignación, mientras el soldado, con fusil apuntándonos y todo grandote y con cara de pocos amigos, venía hacia nosotros. Plum, plum, plum, resonaban las bototas en el asfalto, y yo saqué la cabeza por la ventana para mirar las botas y descubrir por qué era que me daban tanto miedo. Y mi mamá me dijo que metiera de inmediato la cabeza, que si acaso no había visto que el soldado tenía un fusil, y mi tatatata empezó a refunfuñar y a maldecir a todos los presidentes del Perú, a todos sus dictadores, remontándose a los inicios de la República, y ah pensé, tal vez por todo esto, que suena tan complicado e importante, es que las botas daban tanto miedo. Y entonces me tapé las orejas y solté las flores, para no escuchar el plum, plum, plum nunca más.

*No podía darse viaje más largo y agotador. Íbamos ya por el tercer día en ese bus destartado, cuyo nombre era «Fano», con logotipo de corazón dibujado en el costado con témpera roja y mal pulso. Queríamos llegar a Ayacucho en plena época de terrorismo, en la época en la que Ayacucho era la zona más peligrosa del país. Yo ya tenía un poco más de veinte años en esa época, al igual que todos los que iban en aquel viaje conmigo, y este era el viaje más aventurero que estaba a punto de hacer, porque hasta ese momento yo había viajado a dedo, dormido en estaciones de tren, en parques, había cruzado Sudamérica sin ni un real en el bolsillo, pero no había ido nunca a una «zona roja». Y como buenos irresponsables de poco más de veinte años, Ayacucho era el reto de los retos, la aventura de las aventuras, la última prueba en una carrera vertiginosa de aventureros profesionales. Porque en ese viaje la única mujer era yo, el resto de mis amigas ni siquiera pensaron en ir a ese viaje, además era la única que no era estudiante de arqueología sino de literatura, y es que yo siempre supe que tenía alma de Indiana Jones aunque no hubiera estudiado esa carrera. Y fue así, siguiendo la enorme curiosidad que había tenido desde chiquita por ir a ese sitio donde se tiraban las*

bombas, donde estaban los terrucos, que me subí a ese bus, con su corazón de témpera y sus pésimas llantas, con sus ventanas rotas y sus ayacuchanos, que hablaron en quechua y masticaron coca durante todo el camino. Ya al tercer día, el quechua me estaba resultando familiar aunque incomprendible, el aroma amargo a coca y cal me estaba empezando a gustar, los huaynos que tocaron durante todo el camino para que el chofer no se durmiera ya ni siquiera me producían tristeza, y los olores de comida, caca y pila de niño, sudor de tres días y lana de alpaca ya no me causaban las náuseas del primer día, sino que se habían vuelto en una especie de medicina que hasta me permitía dormir mejor y aguantar el «soroche» heroicamente. Ya al tercer día también íbamos por la llanta número tres que se nos bajaba en la mitad del barro y la noche, en plena época de lluvias en la sierra andina, donde no había carreteras, sino trochas sin asfaltar. Cuando esto sucedía, todos los hombres del bus tenían que bajar a ayudar a poner la llanta nueva, y las mujeres permanec amos dentro del bus con los niños que lloraban sin parar, mirando por la ventana a todos los hombres empapados y con el barro hasta las rodillas, haciendo esfuerzos sobrehumanos por levantar el bus para cambiar una llanta sin gata. Igual que en una película de Indiana Jones pensaba yo, mientras miraba por la ventana a mis amigos, que más parecían turistas que peruanos, con sus casacas de jean y sus polos bonitos, con sus caras blancas y maldici ndome en castellano y con jerga juvenil limeña por estar ellos afuera mojándose y yo dentro del bus, tan cómoda y tan alejada del barro. Es que los únicos limeños del bus éramos nosotros, y en Lima, los hombres y las mujeres ya no eran seres tan distintos unos de los otros, en cambio en la sierra aún se mantenían costumbres ancestrales, y quedaba bien claro que las mujeres cuidan a los niños y los hombres cambian las llantas. Claro estaba que yo era la única mujer en ese bus que no era madre, pero también era cierto que ya me había hecho cargo de una niña, de ojos inmensos y piel muy cobriza, con trencitas y ropa de colores. Era la hijita de una señora ayacuchana que viajaba en el asiento de atrás, y que cargaba con tres niñas muy chiquitas, todas haciéndose la pila

*y la caca, y llorando todo el camino. Fue el primer día que me acerqué para hablarle a la niña más grandecita, pero no me entendía nada y yo tampoco a ella, y la madre sonreía y me hablaba en quechua mientras le daba la teta a una de sus hijas. De pronto me dio a la niña y entendí que me pedía ayuda, porque estaba claro que en un mísero asiento, sobre todo si es de la empresa sin llantas pero con corazón de témpera roja, no entran una madre y tres niñas. Y era por eso que ya al tercer día esa niña era como mi hija, porque se había hecho la pila y la caca encima de mí, se había limpiado los moquitos en mi casaca y dormía conmigo casi todo el día. Y esa noche de lluvia y barro y niños llorando escuché por primera vez algo en quechua que entendí perfectamente: «sinchi», «sinchis», repitieron las mujeres en el bus, con rostros de preocupación, y señalaron un lugar en el horizonte de sombras que se podía ver a través de la ventana. Al pegar mi nariz al vidrio y afinar la vista pude reconocer una sombra que parecía una caseta en la mitad de la nada y supuse que sería una caseta de control militar, una caseta llena de sinchis, aquellas fuerzas del ejército que tenían la misión de buscar terrucos y acabar con ellos, y que se habían ganado la mala fama de ser aún más sanguinarios que los terroristas y de ser capaces de matar a cientos de personas inocentes con la excusa de ser sospechosos de terrorismo, como lo seríamos todos en aquel bus al amanecer después de la lluvia. En el horizonte de sombras pude imaginar el cementerio que estaría en esos momentos bajo nuestros pies, cementerios de niños, mujeres, ancianos y hombres anónimos, que al igual que los muertitos de la parte más vieja del cementerio del Callao, tampoco tenían quién les llevara flores. Y fue justo cuando salía el imponente sol andino detrás de la cordillera que llegamos a la caseta en la mitad de la nada, y la única despierta del grupo de estudiantes limeños con caras blancas era yo, y se me hizo un nudo en la garganta y recordé aquella primera vez que sentí el sonido de las bototas en mis oídos, pero esta vez no me los pude tapar porque en vez de las flores amarillas para mis muertitos tenía una niña con trencitas durmiendo encima de mí. Y las botas las había sentido ya muchas veces a lo largo de mi vida, pero aquel*

*terror inicial sólo se volvió a repetir en Ayacucho, y vi cómo el sinchi, enorme, gigante, con pasamontañas negro en la cara y con ametralladora en la mano, se acercaba al bus de corazón de témpera, siendo solo las mujeres las que lo vimos antes de que el bus se detuviera, porque los niños son siempre los primeros en despertar a sus madres. Plum, plum, plum, resonaban las botas, y no me pude tapar los oídos porque la palabra nunca se la había llevado mi infancia.*

—Sus documentos por favor —le dijo el soldado a mi mamá.

—Aquí tiene —le contestó ella, acercándole toda nerviosa el sobre con el brevete y la tarjeta de propiedad.

—Lo siento señora, pero tienen que acompañarnos.

—¿Acompañarlos? ¿Adónde? ¡Pero a ver dígame usted qué es lo que hemos hecho!

—Lo siento, pero no puedo explicárselo ahora. Tengo órdenes de mis superiores. Nos tienen que acompañar con el carro.

—¡Oiga usted, pero no ve acaso que en el carro hay un anciano y una niña! ¿Adónde nos quiere llevar? ¡Esto es un abuso!

Pues sí, era un abuso, pero así fue como terminó aquella enternecedora mañana otoñal, con flores amarillas que rodaban por el piso debajo de los asientos, unos muertitos que nunca visitamos, y un soldado con fusil metido en el carro, con sus botas y su plum, plum, plum. Este aceptó que mi mamá nos dejara en la casa porque yo era muy chiquita y mi tatatata era muy viejo, pero eso sí, se la pasó todo el camino diciendo que estaba haciendo una excepción, que sus órdenes eran detener a todas las personas dentro del carro. Y así llegamos a la casa, con soldado incorporado y un fusil que nunca dejó de apuntar a mi mamá durante todo el camino, porque claro, él iba adelante y mi tatatata y yo atrás, metida entre las telas del abrigo negro porque le tenía miedo al fusil, y mi tatatata citando una vez más y entre dientes, a todos los dictadores del Perú, a todos los milicos que hicieron de las suyas, a todos los que no eran milicos y también

hicieron de las suyas, a todos los abusivos que siempre habían estado en el poder, todos menos Ramón Castilla, claro, ese señor sí que fue bueno, porque al menos gracias a él se acabó la esclavitud. Y en medio de la lección de historia fue que llegamos a la casa y mi mamá bajó del carro con el soldado atrás apuntándole con el fusil, y fue inmediatamente después que salió mi mamamama y empezó a pegar de gritos cuando vio al soldado y se puso a llorar como una Magdalena, «¡pero qué le van a hacer a mi hija, si ella no ha hecho nada!», «mamá, por favor tranquilízate, llama a Paco y dile que me han llevado con el carro, quédate con la bebe y mi papá», «¡yo no me bajo, yo me quedo, que estos son capaces de cualquier burrada!», «¡pero papá, te tienes que bajar, estás muy viejo para estas cosas!», «¡no me voy a bajar, que se baje la bebe, yo te acompaño a donde sea que te vaya a llevar este!», y fue entonces que me bajé y me abracé a mi mamamama, que lloraba como una loca y pegaba de alaridos mientras el carro se alejaba por la esquina con mi mamá y mi tatatata, que tenía la importante misión de impedir que el soldado fuera a hacer burredas. Cumpliendo con las órdenes y con las manos que le temblaban, mi mamamama llamó a Paco, que es mi papá y que estaba trabajando a esa hora, y a la media hora apareció por la puerta muy nervioso y trató inútilmente de calmar a mi mamamama, que estaba en una especie de ataque y no dejaba de repetir «¡qué le van a hacer a Carmencita, pero qué le van a hacer a mi pobre hija!», llorando y llorando sin parar. Yo no entendía nada de nada, pero algo sí que me quedó muy claro: el señor de las botas no era muy bueno que digamos, claro, además tenía una pistola gigante para asustar a los niños, y además no nos había dejado visitar a nuestros muertitos de la nube gordota, y se me ocurrió ir a pedirles perdón al jardín, que era desde donde los veía siempre, y de paso les pedí que cuidaran a mi mamá para que no le hicieran alguna burrada, y eso de la burrada tampoco lo entendía bien, pero me había gustado y a partir de entonces y para el resto de mi vida asociaría esa palabra con el fusil, las bototas y el plum, plum, plum. Y mientras yo jugaba a la cocinita en el jardín, mi papá llamaba a todas las comisarías de Lima, a todos los calabozos

militares y nadie, absolutamente nadie, pudo darle alguna información útil acerca del paradero de mi mamá, razón por la cual mi mamamama se tuvo que tomar una pastillas para los nervios y mi papá se sumió en el silencio, sentado al borde de la cama. Me di cuenta de que ya no podía seguir jugando a la cocinita y me senté al lado de mi papá, sin entender nada de nada, y en mala hora se me ocurrió preguntar dónde estaba mi mami, porque mi papá sólo atinó a decir «ya va a venir hijita, ya va a venir» y al cabo de cuarenta y ocho horas de no saber nada de nada acerca de mi mamá, a mi papá ya ni siquiera le salía el «ya va a venir» y solo le salía la cara de preocupación, y entonces ya no pregunté nada de nada y a mi pobre mamamama tampoco, y así fue que me dediqué a hablar solo con la nube gordota, con el pánico terrible de que mi mamá estuviera allí, que se hubiera unido a Giovanni Vittorio y compañía por culpa de alguna burrada que mi tatatata no hubiera podido evitar, y fue justo a las cuarenta y ocho horas, cuando la imaginación estaba ya jugándonos a todos una mala pasada, que sonó el teléfono: era mi mamá y estaba viva, pero en una cárcel del Callao, junto con cientos de otras personas, a las que tampoco nadie les había explicado por qué estaban allí, eran todos ciudadanos normales, como amas de casa, estudiantes, oficinistas, deportistas, que tuvieron la mala suerte de estar aquella mañana otoñal fuera de sus casas. Y una vez más se había dado la excepción, porque solo a mi mamá se le permitió hacer una llamada entre todos esos cientos de personas, entre los cuales había una señora que había dejado la cocina encendida con una olla puesta, un joven que se iba a casar ese día y cuya novia probablemente no entendió por qué la dejaban plantada, dos campeones de tiro que hasta a las Olimpiadas habían ido, madres que se disponían a ir a recoger a sus hijos del colegio, en fin, todo un sinfín de personas comunes y corrientes que estaban haciendo cosas también comunes y corrientes aquella mañana, que nada tenían que ver con actos delictivos, y entre todas esas personas estaban Carmencita y el tatatata, que felizmente que fue con mi mamá aquella mañana, porque gracias a su vejez fue que se le permitió a mi mamá hacer una sola llamada desde la cárcel en la

que todos estaban durmiendo tirados por los suelos, sin baño y sin comida, sin recibir explicación alguna al cabo de cuarenta y ocho horas. Pero al tatatata se le había otorgado una silla metálica para que duerma, una silla para el más viejo de todos, y fue con la excusa de su vejez que mi mamá suplicó hacer una llamada para que mi papá viniera a recogerlo, y no señora, no, no podemos aceptar su petición, nuestros superiores no nos lo permiten, y fue después de cuarenta y ocho horas de ruegos y súplicas que a uno de ellos se le ablandó el corazón y le dejó hacer a mi mamá la famosa llamada excepcional, pero de un minuto señora, no más, que me estoy jugando el pellejo con mis superiores señora, y fue así como todos respiramos aliviados en la casa y yo dejé de pensar que mi mami estaba en la nube gordota encima del jardín.

*«¡A ver rápido carajo, esos documentos, a ver si no resultan ser terrucos!», gritó el sinchi al subir al bus, apuntándonos a todos con la ametralladora. Luego volvió a gritar, causando el llanto generalizado de todos los niños del bus, pero esta vez gritó la orden en quechua y de inmediato todos empezaron a rebuscar entre su ropa la dichosa libreta electoral que nos identifica a todos los peruanos. La mayoría de hombres rebuscaba entre sus atados de hojas de coca que llevaban en la cintura, las madres entre sus faldas y haciendo maromas con los niños que llevaban encima, otros empezaron a dar explicaciones porque no tenían documentación, y fue entonces que el sinchi golpeó a tres o cuatro con la punta de la ametralladora y los obligó a bajar del bus con todo su equipaje, y los niños lloraban cada vez más y más, y nosotros no entendíamos nada porque todo se estaba dando en quechua, el idioma de los peruanos que jamás enseñaron a ningún peruano en Lima, y en la confusión solo pensamos en sacar rápidamente la libreta para cuando el sinchi se acercara a la parte trasera del bus, que era donde estábamos nosotros. «Ajá, así que tenemos aquí a unos limeñitos valientes ¿no? Y a ver, ¿qué los trae por aquí a unos jóvenes como ustedes?», dijo el sinchi en tono sarcástico al vernos, sin dejar de apuntarnos con la ametralladora. «¿Acaso*

no saben que aquí se pueden morir y quedar enterrados para siempre en el fin del mundo?, ah, no lo saben, eh, no lo saben, ¿O es que de repente son terrucos también? En Lima hay mucho terruco en la universidad, ¿no? Y a ver, ¿de qué universidad son ustedes?... ¡A ver carajo, rápido, saquen el carné universitario y la libreta, rápido que me puedo molestar y de repente no me da la gana de que regresen a Lima!». Y el pánico ante este monstruo de cara inexistente debajo de un pasamontañas del color de las sombras nocturnas, nos hizo buscar los documentos con manos temblorosas, al igual que mi mamamama marcó el teléfono de Paco cuando a mi mamá se la llevaron las bototas y el fusil, y fue así que le fuimos enseñando nuestros carnés y nuestras libretas, «a ver carajo, rápido, que no tengo toda la mañana... ah, son arqueólogos y la chica es literata, y cómo así una mujer entre tantos hombres, acaso no te da miedo, ah, no te da miedo, ah, qué interesante, tenemos aquí unos niños mirafloresinos y una chalaca, ajá, chalaca, y tú piensas que yo te voy a creer que tú eres del Callao, a ver literata, de dónde has sacado tú esta libreta, ah, de dónde mierda, de dónde concha tu madre, seguro que eres terruca y estos también, ¡ya rápido bájense del bus con todas sus cosas, carajo! ¡Ahora sí que te voy a dar material para que escribas un cuento literata, si es que sales viva de este infierno, avancen, avancen, y a poner las manos detrás de la cabeza! ¡Terrucos mirafloresinos, blanquitos renegados, hijos de puta es lo que son, y a los hijos de puta hay que matarlos!». Y fue así como de pronto nos encontramos en el frío de la mañana andina fuera del bus, con nuestros cuerpos contra la carrocería de este, en la que ya no se reconocía el corazón de témpera después de tantas noches de lluvia y barro, y la niña de trencitas fue apartada de mí con la punta de la ametralladora, y fue a dar al suelo, y el horror del plum, plum, plum ancestral, el de los siglos de los siglos que recordaba siempre el tatatata, se hizo presente en aquella mañana ayacuchana, cuando el monstruo nos puso la ametralladora en las espaldas y luego pateó todas nuestras mochilas cuesta abajo soltando una carcajada infernal, y luego insistió en que la terruca era la chalaca, pero que él le iba a dar una lección, y me acordé de las burradas

*de las que hablaba el tatatata, las que ahora ya entendía del todo, y fue justo cuando el sinchi se disponía a enseñarme cómo no ser terruca usando la punta de su ametralladora, que la madre ayacuchana de mi niña de trencitas apareció por su espalda y se le fue encima, gritando en quechua frases incomprensibles, arriesgando su vida por una limeña que ni siquiera sabía hablar su idioma y que lo único que había hecho era cargar a su hijita durante tres días de barro y de lluvia. Y todos los ayacuchanos del bus de corazón de témpera se amotinaron ante el monstruo lanzando piedras, «¡así que tienen amigos, ah, así que les han caído bien a los cholitos estos, quién lo iba a pensar, unos pituquitos miraflores mentirosos!», gritó el sinchi como una bestia ametrallando el aire, y se larg  de una vez y para siempre después de disparar contra el corazón de témpera, que desapareció del todo y fue reemplazado por unos agujeros en la carrocería, dejando entrar en el bus la helada andina, el silencio de las montañas o apus milenarios, en los cuales los hombres malos se vuelven más malos, y los hombres buenos afinan sus sentimientos, porque en aquel frío y aquella inmensa soledad en el fin del mundo solo se puede ser una criatura extrema, de pensamientos y actitudes absolutas, un  ngel o un demonio.*

Mi mamá estuvo en la cárcel cinco días más, pero al menos ya sabíamos dónde estaba y mi papá pudo ir todas las noches a dejarle comida y un termo de café caliente, previa coima al policía de la puerta por supuesto, que pedía cada vez una propina más elevada por entregarle la bolsa a mi mamá, «una propinita pues jefe, que mire que me estoy jugando el puesto por hacerle este favor especial». La noche que mi papá fue a recoger a mi tatatata, este pudo ver que en el estacionamiento de la cárcel había cientos y cientos de Toyotas amarillos igualitos al nuestro y claro, llegó a la obvia conclusión de que lo que estos milicos estaban buscando era un Toyota amarillo y no a mi mamá o a todas las personas comunes y corrientes que se encontraban detenidas y desaparecidas en esta cárcel. Probablemente mi familia fue la primera en enterarse del trasfondo de esta historia

que tenía un profundo sentido a pesar de su aparente sinsentido, ya que al ver los cientos de Toyotas de color tan festivo en medio de las sombras, mi papá recordó la noticia que había salido en el periódico la mañana en la que nuestra visita al cementerio del Callao había quedado completamente frustrada, con flores por los suelos y sonido de bototas insoportable, claro estaba, porque hubo la noche anterior un intento de asesinato de uno de los militares más importantes de la dictadura de esos momentos, alguien había tratado de dispararle desde un Toyota Corona amarillo, pero con poca suerte porque ni un rasguño le hicieron, y por eso mi mamá, gran asesina, estaba en la cárcel, durmiendo en el suelo, sin baño y sin comida, junto con otras tantas amas de casa, que eran en su mayoría las detenidas. Hasta la prueba de la parafina les hicieron, prueba que por supuesto no pasaron los campeones olímpicos de tiro porque ellos siempre tenían residuos de pólvora en las manos, y por eso los pobres se quedaron ahí metidos una semana más, a pesar de que todos les explicaron a los soldados que esos señores eran nuestro gran baluarte del deporte y no asesinos, y también fueron a registrar salvajemente las casas de cada uno de los detenidos, con patada en la puerta y todo el despliegue de fuerzas que estábamos acostumbrados a ver siempre en las películas, y justo cuando fueron a nuestra casa mi papá no estaba, y encontraron a mi tatatata, a mi mamamama y a mí, y nos empujaron a todos y se pusieron a destruirlo todo, a abrirlo todo, a buscar la pólvora inexistente, las armas inexistentes, en medio de los llantos de mi pobre abuela y los insultos de mi pobre abuelo centenario, plum, plum, plum, y entonces sí que las bototas habían llegado hasta mi propia casa, hasta mis juguetes, hasta mi columpio, dejando un olor agrio en el ambiente, un olor a calabozo, a cementerio, un olor tan poco serio... sobre todo cuando supimos, ya cuando mi mamá estaba en casa y todo había sido puesto en orden nuevamente y estábamos dispuestos a volver al cementerio del Callao con nuestras flores amarillas, que al milico poderoso no le habían disparado desde un Toyota amarillo sino desde un Volkswagen blanco, ya que el testigo había rectificado su versión de los hechos. Y la noticia

salió una mañana en el periódico en la cual no nos quedó más que imaginar que esa mañana estarían deteniendo otra vez a muchas amas de casa, deportistas, estudiantes y cientos de personas comunes y corrientes que tenían la mala suerte de tener un escarabajo blanco, y tal vez algunos estarían yendo también al cementerio a visitar a sus muertitos, todos tiernos e inocentes, con flores blancas, profetizando, sin quererlo, su propio destino. Porque de este segundo grupo de detenidos muchos no regresaron a sus casas como Carmencita, sino que fueron dados por desaparecidos al cabo de unos meses. Tal vez se quedaron para siempre en esa cárcel. Tal vez se quedaron para siempre en alguna fosa común preparada para la ocasión. Tal vez estaban en una especie de cementerio anónimo, al cual nunca iría nadie a poner unas flores. Tal como en Ayacucho, que se había convertido en el cementerio más grande del Perú. Porque en aquel viaje lleno de barro y de lluvia, nos salvamos de los pelos y llegamos sanos y salvos a Huamanga, la capital ayacuchana, por uno de esos azares del destino que le permite vivir a unos y a otros no. Y me despedí de mi niña de trencitas y la señora ayacuchana, que me dio las gracias en quechua y desapareció por una calle empinada con su hijita menor a la espalda y las otras dos caminando a su lado. Pero fue al final del viaje, justo antes de volver a Lima, que nos enteramos por el chofer del bus que el «Fano» que venía después del nuestro durante el viaje de ida, que también tenía corazón de ténpera barrido por el barro y la lluvia, no había corrido nuestra misma suerte al pasar por la caseta militar entre las sombras: *todos los niños, mujeres, hombres y ancianos habían desaparecido, y solo habían encontrado el bus, solitario y quemado, completamente acribillado por las balas, con rastros de sangre y de ropa. Y ahí, en la helada andina, en aquel paisaje dorado y maravilloso del amanecer donde reina el absoluto silencio cada día, había otro cementerio sin flores y sin lápidas. El demonio había nuevamente desatado su furia sin ningún tipo de compasión. Plum, plum, plum. Por los siglos de los siglos, tal como decía el tatatata. Ah, si los apus hablaran.*

## LA PREGUNTA DE ZAVALITA

*Desde la puerta de La Crónica Santiago mira la avenida Tacna, sin amor: automóviles, edificios desiguales y descoloridos, esqueletos de avisos luminosos flotando en la neblina, el mediodía gris. ¿En qué momento se había jodido el Perú? [...] Él era como el Perú, Zavalita, se había jodido en algún momento.*

*Conversación en la Catedral*

MARIO VARGAS LLOSA

ERA UNO DE SUS ÚLTIMOS días en Lima. Hacía un calor insoportable, aquel calor húmedo de febrero que no permite el correcto funcionamiento de las neuronas, ni del tráfico, ni de nada. Venía en una cúster desde Ventanilla, después de haber visto por última vez a Lucinda y su familia en el pueblo joven de «Kumamoto», y a la familia de Janette en «Mi Perú». Les dijo adiós sin saber hasta cuándo, se subió a la combi que la sacaría del arenal y luego a la cúster que iba por toda la avenida La Marina. Allí iba, con su visa de España y una mochila a medio hacer en casa, sintiéndose culpable una vez más. Había pasado toda la vida sintiéndose culpable, como si ella hubiera tenido algo que ver en esta puesta de sol horrible que veía desde la sucia ventana de la cúster. Eran las seis y media de la tarde y llevaba ya dos horas metida en este bus, que a la altura del río Rímac se había quedado estancado en un embotellamiento, justo en el momento de la puesta de sol. Aprovecharon para subir tres niños que cantaban mientras rascaban sus

botellitas de Inca Kola; luego dos drogadictos que ofrecían unos caramelos porque decían estar ya regenerados; tres ex presidiarios de Lurigancho enseñando sus heridas de cárcel y pidiendo una ayudita pues; dos señoras vendiendo helados D'Onofrio, helados; los ricos helados, dos señores vendiendo Pikachus; un niño muy pequeño que solo puso la manito y no dijo nada; una niña con su hermanita chiquita ofreciendo chocolatinas sin marca; y mientras, entre todos ellos, el sol se iba ocultando en el «río hablador», aquel río que hasta había dado tema para un vals y otras canciones, aquel río que hasta tenía un puente hecho por el mismísimo señor Eiffel, y que ahora solo tenía unas cuantas piedras encima de una corriente llena de basura, deshechos de todo tipo, y que ella descubrió aquella tarde, tenía también una puesta de sol, reveladora e insospechada, una puesta de sol nunca antes vista por sus ojos. Para ella, la puesta de sol estaba en el mar, y se veía mejor que en ningún sitio desde Miraflores o Barranco o incluso La Punta, desde el lado del malecón frente a las islas, pero la Bajada Balta era el mejor sitio sin lugar a dudas, donde todos los días del año, sin excepción, a pesar de la niebla, el invierno, la contaminación y todos los demás fenómenos que en otros países pueden ocultar el sol al atardecer, se ve un sol redondo como una naranja entrando en el mar, dejando luego un maravilloso color en el cielo de Lima. Y cuando esto sucede, la sensación de absoluta paz oculta la realidad por unos cuantos minutos, y uno camina hacia la noche con el espíritu en calma y creyendo haber nacido de nuevo y que todo, absolutamente todo, tiene una esperanza de ser nuevamente.

Por eso, ella se sorprendió de ver esta puesta de sol por primera vez en su vida en Lima, después de 26 años. Y una vez más se sintió culpable por no haber visto nunca antes la puesta de sol sobre el río Rímac. Ella siempre andaba diciendo que si no fuera por el mar ya se hubieran muerto todos en esta ciudad; es que felizmente se lleva toda la porquería, y ahí van nuestras porquerías, con rumbo a Australia, a Japón, a qué se yo cuántos otros países, que comparten el gran Pacífico con nosotros. Si no fuera por el mar... pero el río no se llevaba

nada, el río se encontraba encajonado en el valle, con porquería a la derecha y porquería a la izquierda, mucha porquería que dejaba aguas humeantes, negras, contaminadas en su totalidad, con niños pobres viviendo en la absoluta inmundicia y cuya única puesta de sol posible era esta, una naranja partida en cuatro por un humo negro, por una auténtica nube negra que se elevaba hacia el sol y no lo dejaba ponerse. Las moscas en la cúster le interrumpieron el espectáculo nunca antes visto por sus ojos, a pesar de haber hecho esta ruta cientos de veces, pero claro, siempre más temprano o incluso varias veces de noche, en la época en que Janette estaba aún viva y el sida no se había llevado ni a ella ni a su hijito. Por eso nunca se había percatado de la puesta de sol sobre el río, que hablaba, sí, efectivamente hablaba con agonía y estupor ante el desastre y el fracaso ante sus aguas, que poco tenían ahora de aguas y mucho de basura. Ahí se elevaban unos vapores con el calor de febrero, que provenían de los montes de desperdicios a sus orillas, y entre los vapores y la nube negra que cubría el sol agresivamente, ella pudo divisar unas sombritas, unas siluetas de niños pequeñísimos que saltaban de un monte a otro, que ingresaban a las aguas fétidas y luego salían, encajonados en el valle, y con un esfuerzo de abstracción trató de no escuchar la tecnocumbia que sonaba a todo volumen en la cúster, ni las bocinas de los carros que luchaban por salir del embotellamiento, y así, con el esfuerzo, pudo escuchar el ruido de lo poco que quedaba de agua en este río, y las risas infantiles, que siempre seguían encontrando una buena razón para existir.

Ella cerró los ojos y se preguntó lo mismo que Zavalita: *¿En qué momento se había jodido el Perú?* Y recordó que también se lo había preguntado el día que murió su tatatata, que además de haberse ido volando con su familia centenaria a remotos lugares, también se había ido volando un día de apagón, de torres derrumbadas y bombas mil en la ciudad, y su mamá le dijo que no se moviera de su cuarto mientras llegaban los de la funeraria para poner al tatatata en el ataúd, pero ella desde su cuarto lo vio todo, lo sintió todo, entre lágrimas de despedida

y confusión, porque el tatatata se merecía un poco de luz aunque sea, y en esa ocasión ella también se sintió culpable, como si ella tuviera algo que ver con el apagón ante sus ojos adolescentes. Los de la funeraria estaban ya acostumbrados a poner a los muertitos en medio de la oscuridad, estaban todos acostumbrados a ella, pero su familia no estaba acostumbrada a ver al tatatata muertito todos los días y en medio de un apagón y las bombas mil. No salgas de tu cuarto, le repitió su mamá, y ella se arrodilló al lado de su cama, viendo las velas que toda la familia llevaba en la mano para iluminar a los de la funeraria, aquí señora, ilumine aquí para poder colocarlo bien, y luego ploc, el sonido seco y final del cuerpo en el cajón, la tapa que se cerró y los hombres que se despidieron, mientras la mamamama sollozaba y seguía pidiendo perdón al tatatata muerto, perdón por no haberlo querido debidamente tal vez, perdón porque también se sentía culpable, como todos los peruanos, que se sienten siempre culpables de algo. La puerta se cerró, y la familia se quedó sola y muda, en medio de la profunda oscuridad y el silencio, solo interrumpido por una bomba cercana y la voz de su mamá, que trataba de sacar las cuentas en medio de su tristeza, porque no había plata suficiente para el entierro, pero felizmente se acordó de que el nicho se lo darían gratis porque los estafadores del cementerio habían vendido el nicho del tatatata, comprado hacía sesenta años con toda la previsión del mundo para ser enterrado al lado de sus padres, y entonces se disculparon ante su mamá diciéndole que le darían dos nichos incluso, o sea que habría uno para cuando muriera la mamamama también, qué maravillosa oferta, todo con tal de que no se hiciera la denuncia de la venta del nicho comprado hacía sesenta años, en vista de que pensaron que esta persona estaba en definitiva muerta y además en otro país. Y por eso, después de esta noche de oscuridad, el tatatata fue enterrado lejos de sus padres, pero qué importaba ya, total, el tatatata ya estaría Dios sabe dónde, con la tía Rosita y sus padres, Giovanni Vittorio y compañía, toda la italianada volando por ahí, juntos de nuevo para poder nacer de nuevo en algún otro lugar, con otros nombres y otras caras. Qué importaba ya todo entonces.

Sí, qué importaba ya todo entonces, se dijo ella nuevamente, siete años después de que su tatatata fuera puesto en el cajón en medio de la oscuridad, y viendo cómo el sol se ponía en medio de la mugre del río Rímac. No solo había que preguntarse en qué momento se había jodido el Perú, como se lo había preguntado de todo corazón arrodillada al lado de su cama viendo la luz pálida de las velas y la silueta del cuerpo centenario que se merecía un poco de luz en su despedida, y como se lo preguntaba también en la cúster llena de moscas desde donde vio el último atardecer antes de subir al avión y largarse de su país, no, también había que preguntarse si existía alguna posibilidad de *desjodimiento* o *desjodización* de este país, que se descomponía en medio de las moscas, la mugre, la oscuridad, las bombas, la muerte, la desigualdad, la injusticia y la pobreza sin remedio. Pero en ese momento, unos cuantos días antes de subir al avión con rumbo a Europa, en una cúster llena de moscas y con niños cantantes ras-cando botellitas de Inca Kola a modo de acompañamiento, ella solo pudo recordar la muerte del abuelo por esas extrañas asociaciones de ideas que realiza la mente en contadas ocasiones y se dijo: sí, yo me voy de aquí. La cúster arrancó al fin y salió del embotellamiento rápidamente, chocando unos cuantos carros en el intento y con chofer y cobrador felices por ser los primeros en salir de ahí. El sopor de febrero se hacía cada vez menos intenso conforme avanzaban por la avenida Faucett y luego por la avenida La Marina, y la noche se dejaba ver y sentir en Lima. Ella llegó finalmente a su casa, se sacó toda la ropa que llevaba encima, llena de arena de los pobres de «Kumamoto» y «Mi Perú», y se metió a la ducha, pensando que en su país siempre hay alguien más pobre que uno, y que por eso siempre hay la posibilidad de sentirse culpable y por consecuencia no ser nunca feliz. Solo esas siluetas en la mitad del río que alguna vez lo fue, saltando entre los montes de la basura, estaban al final de una cadena interminable de culpabilidades e infelicidades por pobreza personales y ajenas. Ellos, solo ellos, que no sabían que el sol se ponía naranja, redondo y hasta con sensación de esperanza en el mar frente a Miraflores.



## II

*Hoy me despido de mi patria  
Siempre salada y luminosa  
Gracias a su pescado  
Y a la divina espuma  
De mi infancia en el océano  
Cruel arena sin embargo  
Que no alimenta niños ni animales  
Que viven sólo de huesos  
Y limosnas. Adiós extraña patria  
Purgatorio de plateadas olas. Adiós  
Pescado azul adiós  
Arena atroz*

JORGE EDUARDO EIELSON

*Soy un viajero  
en las praderas  
y como voy  
herido por la espalda  
sé dónde ir*

LUIS HERNÁNDEZ



## CRÓNICA INICIAL DE UN VIAJE ANUNCIADO (TAN LEJOS, TAN CERCA)

### Primeras impresiones de una metapelícula

El avión casi me deja. Eso tenía que suceder porque soy la persona más impuntual de este mundo. Toda mi vida he estado soñando con ir a Europa y el día que esto sucede llego tarde al aeropuerto. Estoy convencida de que soy masoquista, sí, eso solo sucede con las personas que les gusta sufrir y hacen hasta lo imposible por conseguirlo. Pues ese día llevé mi masoquismo hasta las últimas consecuencias. No olvidaré jamás al señor de Iberia que me miró con rostro apenado y me dijo: «Lo siento señorita, ya es muy tarde». Las lágrimas estuvieron a punto de salir, pero felizmente esto no sucedió y con los ojos brillosos le dije: «Señor, se lo suplico». A los cinco minutos estaba corriendo sola a través de la pista de aterrizaje del aeropuerto y en mi cansancio y confusión se me pasó por la cabeza que yo era un personaje de una película que estaba siendo filmada en esos momentos y que en cualquier instante un director invisible gritaría «corten» y yo tendría que correr nuevamente, hasta que el director invisible estuviera satisfecho. Pero yo no soy un personaje de película, aunque muchas veces lo haya creído así, y ese día lo confirmé al subir al avión que me llevaría a Europa, sin escuchar claqueta alguna que me detuviera antes de que la puerta del avión se cerrara detrás de mí. No se puede negar, eso sí, que la vida se parece tremendamente a las películas, sobre todo mi vida, tan plagada de escenas cinematográficas a cada momento.

Hablando de ellas, en el avión pensé de inmediato en mis padres y en la fabulosa escena cinematográfica que se estaría dando lugar en esos momentos en la puerta de nuestra casa: con el apuro mi papá dejó las llaves adentro y luego de dejarme en el aeropuerto ellos iban a tener que hacer probablemente un campamento en el parque de enfrente, porque era domingo y ese día nadie repara las llaves ni las puertas. Finalmente pusieron una película en el avión y al fin me quedé dormida. Parece que en ese momento me bastaba con la de mi propia vida.

Llegué al aeropuerto de Barajas, en Madrid, al amanecer. Vi las luces encendidas de la ciudad y un cielo que pasaba de azul a celeste mientras el avión iba descendiendo poco a poco. Al bajar del avión y escuchar las voces de los pasajeros hablando en distintos idiomas me sentí al fin en Europa. Sí, así es en las películas europeas, se habla en muchos idiomas que se confunden unos con otros. Se me pasó una película de Wenders por la cabeza, porque en ellas siempre sucede esto. *Tan lejos, tan cerca*, así estaba yo en esos momentos. Y la sensación fue tal que tuve unas ganas incontenibles de llorar mientras le mostraba mi pasaporte al guardia español de la aduana. Fue solo cuando este me dijo «hasta luego Carmen» que las ganas de llorar se convirtieron en ganas de reír. Nadie me llama Carmen, que es mi primer nombre, y lo último que me esperaba era un guardia coquetón. Fue entonces que vi a través de las ventanas un cielo completamente despejado y la hermosa mañana de un soleado invierno europeo. Pegué mi rostro en la ventana y luego aplasté mi nariz contra el vidrio helado y con los ojos muy abiertos agradecí a Dios el haber podido cruzar el charco. Visión de Cassiel. Un ángel enorme con los brazos abiertos. Estoy tan lejos, tan cerca.

## A Coruña

La Coruña, ciudad al norte de España, en la comunidad de Galicia. Colinas verdes, lluvia mansa, mar sin miedo. Es el lugar donde llegué después de estar tres horas en Madrid. He venido a estudiar, dicen. Pero en este lugar casi no se

estudia, casi no se trabaja. Los jóvenes viven como si el mundo se fuera a acabar la próxima semana. Tal vez tienen razón, el mundo se puede acabar en cualquier momento. Mi habitación es hermosa, llena de luz, con silencio. Abro la ventana y veo otro edificio igual al mío, tal como lo imaginé, de ladrillo rojo y techo a dos aguas. Al otro lado veo una colina marrón y verde, más allá el mar, ah el mar. No tengo miedo. Sonrío. Me echo en mi cama. El tan ansiado silencio.

La ciudad es como París en miniatura. No he estado en París pero he visto muchas películas y he leído muchos libros. Por eso conozco París. Así es La Coruña y así son todas las ciudades europeas. Las conozco a todas, pero no las he visto. Hay un malecón al lado del mar manso. Se puede ver una torre, de Hércules dicen, que es hermosa y vieja. Todo es viejo y hermoso en Europa. Me encuentro con una amiga española, se llama Loreto. Es mansa y tierna como el mar de La Coruña. Creo conocer su tristeza y soledad. La he empezado por eso a querer al igual que a esta ciudad con mar y silencio.

Hablo con muchos jóvenes, que también han venido a estudiar, dicen. Pocos son los que saben cómo es la cosa. La cosa es la vida. Tengo un nuevo amigo, se llama Alfredo y es peruano como yo. Por eso interrumpo con él el tan ansiado silencio.

Todas las noches lo busco en la sala de televisión del tercer edificio, aquel de solo hombres. Prefiero estar con ellos que con las mujeres del primer edificio. En este solo se habla de uñas y pelos. Y yo me como las uñas y casi ni me peino. A todos les faltan años pero saben un poco más que en el primer edificio. Han permanecido más tiempo en la calle y en los bares. En ellos se aprende cómo es la cosa. Y la cosa es la vida.

## El camino de Santiago y el puente

Salí con Alfredo en tren con rumbo a Santiago de Compostela. Guardamos en nuestras mochilas varios panes fríos y muchos yogures con pronta fecha de

caducidad. Los viajes en tren son reconfortantes, pero cuando estos son largos, casi eternos. Este no lo fue porque duró una hora y media. Alfredo es una persona muy organizada que con muchos mapas en mano ya tenía planificado el circuito a través de la vieja ciudad. Entonces no tuve de qué preocuparme; solo tenía que seguir a Alfredo a través de las plazas e iglesias. Santiago es una ciudad gris, con murallas grises y cielo gris; es una ciudad húmeda, con murallas de musgo y una lluvia casi permanente. Ángeles medievales y campanadas de iglesia. Un caballero de la Edad Media cruzando a caballo, *cloc, cloc, cloc, cloc*. Vacío del tiempo. Es cierto, ciudad oscura y de una hermosura incomparable. Parejas en jeans andando por las calles, *cloc, cloc, cloc, cloc*, damas medievales en carruajes medievales, un automóvil, la catedral de Santiago y un hombre tocando saxo a unos cuantos metros. Impermanencia del cuerpo, mientras Santiago permanece.

Alfredo decidió regresar a La Coruña en la noche. No fue atrapado por el gris de las murallas. Yo tuve la necesidad de permanecer para sentir una vez más mi impermanencia. Hay que recordar que soy un poco masoquista. Eran las 12 de la noche y andaba sola por Santiago. En cualquier momento aparecería el caballero medieval, *cloc, cloc, cloc, cloc*; el musgo y la humedad se me calaban por los huesos. Campanadas de catedral con un eco siniestro nunca escuchado anteriormente. Un paraguas y la lluvia casi permanente a mi alrededor. Un arco en la parte trasera de la catedral. Sonríó bajo el arco gris porque hay un ángel medieval detrás de mí.

Entro a un pub en el cual no hay campanadas sino música de los *Rolling Stones*. En esta ciudad mejores son las campanadas. Por eso a las dos horas decido no escuchar más voces de este siglo, camino de vuelta a la pensión de los letreros en alemán y me encuentro al fin con el caballero medieval que desaparece al claxon de un automóvil que poco tiene de lluvia y de gris. Duermo soñando con caballeros y campos verdes, y despierto al llamado de una niña luna que vende panes de Galicia los domingos al amanecer. La veo alejarse por la

calle estrecha desde la ventana de la pensión de los letreros en alemán. Mi cara de cara al frío de un amanecer en Santiago de Compostela. Ha cesado de llover. Pero las gotas resbalan aún por las ventanas.

Al mediodía abandoné la ciudad y los caballos. Tomé mi paraguas y mi mochila, y empecé a hacer autoestop hacia el sur sin un rumbo fijo. Solo sabía que estaba yendo a Portugal. Nunca había hecho autoestop bajo la lluvia. Es bueno experimentar cosas nuevas, como por ejemplo hacer autoestop sola y bajo la lluvia casi permanente. No voy a negar que tenía un poco de miedo, pero esta es la mejor manera de no gastar dinero y de imitar a la vida en su impermanencia y fragilidad. La carretera es como la vida, nunca sabes lo que te puede pasar al minuto siguiente. Por eso me armé del valor que me dieron los caballos y la niña luna.

Se detuvo una señora amable que me indicó que estaba en el lugar equivocado. Caminé hasta el indicado y un argentino con los ojos tristes me llevó hasta la ciudad de Pontevedra. Me trajo suerte al igual que René de Pianti, el argentino de los ojos tristes que nos llevó a Buenos Aires, ¿te acuerdas, Ulises? Esa tarde, después de subir y bajar de varios automóviles de personas de ojos tristes, llegué a la ciudad de Tuy, que es la frontera con Portugal. Tenía los pies destrozados. No siempre los autos se detienen y el que hace autoestop no puede permanecer en un solo lugar, sobre todo cuando la lluvia de invierno gallego acompaña durante el camino. Hubo un momento antes de llegar a Tuy en el que me detuve a descansar en la mitad del campo. Un anciano le hablaba a su burro en gallego. Dos niños abrigadísimos me dijeron algo incomprendible también en gallego. La niebla devoraba el valle a mi derecha y el cielo gris cayó de bruces sobre él. Estaba en este valle fantasma sola y en silencio, y me sentía bien, muy bien. Ya no tenía miedo alguno. Por eso, al llegar a Tuy lo único que quería era seguir adelante, sin importar la pronta caída de la noche.

Camino hasta el puente sobre el río Miño. Veo un letrero que indica con una flecha *Portugal*. El puente es tan antiguo como todo en Europa. No veo el río

porque la niebla me lo impide. Estamos en la Segunda Guerra Mundial y yo estoy intentando cruzar la frontera. Me espera al otro lado la policía. Hace muchísimo frío y yo, con mi abrigo y mi peinado de los años cuarenta, camino sobre el puente entre la niebla y la sangre. Tengo a la policía muy cerca, y vuelvo a ser yo, la de las escenas cinematográficas, sin peinado ni abrigo, cuando un guardia de frontera portugués, muy guapo por cierto, me grita «¡española, eh!», y yo le sonrío y no tengo que mostrarle mi humilde pasaporte peruano porque soy española eh y sigo caminando y ya es de noche, y la niebla se lo ha comido todo y el viento helado de la Segunda Guerra Mundial me permite estar al fin en Portugal, después de una extraordinaria imitación de la vida. Cada vez estoy más lejos, pero sigo en el fondo estando muy cerca.

## ESTACIÓN: ANTÓN MARTÍN

*The apparition of these faces in the crowd;  
Petals on a wet, black bough.*

«In a station of the metro»

EZRA POUND

A ESTAS HORAS de la mañana no hay casi nadie en las calles de Madrid. El clima indeciso de principios de verano aún está despabilándose y muchos recién llegan a sus casas oliendo a licor. La viejita de la calle Ave María (aquella que está siempre sentada con dos bolsas grandes a su costado viendo la vida del barrio de Lavapiés pasar cuesta arriba o cuesta abajo) aún no ha llegado. Unos cuantos bares permanecen abiertos, ya no para recibir a aquellos que buscan licor sino para ofrecer un café a aquellos que no pudieron tomarlo en sus casas y que, haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, salen a trabajar temprano en la ciudad de Madrid.

Son las siete de la mañana y algunas luces aún están encendidas. Tac-tac-tac-tac. Estos son mis zapatos de tacón, el único sonido hasta llegar a la estación del metro. Tac-tac-tac-tac. Nunca supe caminar con tacones, pero a veces hay que aprender tantas cosas inútiles para ganar un poco de dinero. En Antón Martín ya es posible escuchar a la ciudad. Algunos marroquíes están preparando su mercancía y alguno que otro estudiante cruza la calle con mucha prisa. Hombres

sencillos y humildes, en su mayoría obreros, ingresan a la boca de este mundo paralelo de asfixia y silencio.

En los días de lluvia es un alivio llegar a la estación. Sobre todo para gente como yo, que olvido siempre el paraguas en casa porque aún no me comprendo con el clima temperamental de esta ciudad. El clima de Madrid es una mujer. El metro también lo es, pero es una mujer a la que le han hecho mucho daño. He ahí la razón de su hermético y violento silencio.

Siento el vapor caliente del mundo paralelo. A esta hora es agradable porque aún no hace calor. A la hora en la que toda la ciudad ya está despierta este vapor puede convertirse en la última maldición de un mal día, o bien la razón por la cual un buen día adquiere de pronto características funestas. Así es el metro de Madrid en un día de verano.

Bajo corriendo las escaleras. Siempre corro porque todos lo hacen así. A esta hora no hay mucha gente pero las pocas que hay están siempre con prisa. A veces no hay nadie y me convierto en ama y señora de la soledad de un andén de metro. Observo siempre mis manos pálidas, verdes, debido al efecto de la luz blanca del mundo paralelo. Escucho nuevamente mis pasos y a veces veo que hay algún otro amo y señor en el andén opuesto, al cual se lo llevan casi siempre primero, con dirección a la estación Miguel Hernández. El tren hacia Plaza de Castilla demora siempre un poco más, y cuando llega está abarrotado de cuerpos silenciosos y ojerosos. Tanta gente y tanta tristeza. Hay un tren repleto de cuerpos que acaba de cerrar sus puertas violentamente. El metro es una mujer que contagia su furia y pena. Afuera solo hay oscuridad y silencio.

Las señoras de siempre, con esposos que ya no las quieren. Los estudiantes de siempre, durmiendo durante el camino. Los señores de siempre, bien vestidos y leyendo el periódico de la mañana entre bostezo y bostezo. Las manos curtidas de siempre, aquellas que trabajan duro y que al agarrarse de las barras han de pelear por un espacio con aquellas que no se han ensuciado jamás y que van probablemente hacia un centro de trabajo limpio y con música ambiental. Todos

se tocan y se miran. La gente no sabe que se toca. También es inevitable mirar a las personas. El silencio y la violencia de las puertas invitan a ello. Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, todos intercambian miradas de reconocimiento en su encierro. Nos reconocemos en nuestra soledad. Salimos del tren y abandonamos el mundo paralelo después de un largo peregrinaje a través de interminables escaleras mecánicas. La luz natural nos recibe en la boca del metro. Solo ahora creemos haber abandonado el encierro. A esta misma hora miles de personas en todas las grandes ciudades del mundo dan el mismo suspiro. Todas creen que el día acaba de empezar.

En el metro no todos permanecen en silencio. Algunos se conocen y hasta terminan casándose. Uno que otro psicópata consigue a su próxima víctima. Esa mujer y ese hombre que no dejaban de mirarse vuelven a hacerlo al día siguiente. Algún día terminarán compartiendo su soledad en una cama. Volverán a encontrarse y mirarse. Y voltearán la cara para evitarse. Los cuerpos se tocan, pero siguen encerrados en el mundo paralelo de asfixia y silencio. Así como esa pareja que recién habla a la salida de la estación Antón Martín y desaparece por la calle Ave María tomada cansadamente de las manos y sin sonreír. La viejita de las grandes bolsas los ve pasar. Como si fuera el espectáculo más repetido de la calle, procede a levantarse y luego a orinar en la esquina, en silencio, siempre en silencio.

Los niños son diferentes. Ellos disfrutan de la velocidad del metro. Es como ir en una montaña rusa. Ellos siempre escuchan la voz que anuncia las estaciones y se divierten contando el tiempo-espacio pendiente. Ellos miran por las ventanas, acostumbrados a la oscuridad pero sin comprenderla realmente. Ellos aprenden a mirar en el metro, pero no comprenden por qué se mira. Cuando no hay mucha gente algunos asientos sirven de caballito. La mayoría de niños salen tomados de las manos de sus madres, saltando, canturreando algo, señalándolo todo. Algunos otros, los más grandecitos, han aprendido todos los movimientos de los adultos, empezando tal vez a comprenderlos finalmente.

Mi recorrido se había quedado en el iluso suspiro al salir de la boca del metro. Prosigo mi día. Yo soy profesora de inglés. Me gusta mucho ser profesora. Veo a mis alumnos felices. Yo también lo soy. Pero doy una clase y subo al metro. El mismo camino, el mismo peregrinaje. Doy otra clase y subo nuevamente al metro. Durante el día me confundo entre las personas de esta ciudad que bajan y suben del metro. A la hora del almuerzo me bajo en Antón Martín. Sergio y Óscar ya se han ido. Como sola. He tenido que aprender a cocinar. Lavo los platos y me dirijo nuevamente hacia la estación. Antón Martín, Antón Martín, ni siquiera sé quién fue Antón Martín. Debe ser un ángel que perdió las alas bajo la luz blanca de un andén de metro. Otra vez llueve. He olvidado mi paraguas. He de refugiarme en el metro y su vapor que evita el frío. Esta vez no voy a mirar a las personas, voy a leer mi libro de cuentos de Woody Allen. Él dice que no entiende nada. Pues yo tampoco.

A las diez y media de la noche termino de dar mi última clase de inglés. Entro en la estación Bilbao, abriéndome paso entre cientos de botellas que muchos jóvenes y adolescentes recién bañados, excitados y a la última moda, han dejado abandonadas en la boca del metro. Es viernes, ya lo había olvidado. Ha empezado el fin de semana en la ciudad de Madrid. Los jóvenes y adolescentes van en el metro en búsqueda de miradas nuevas que los hagan sentir en una montaña rusa. Como los niños. Yo me voy al cine.

Estoy sola y veo una hermosa película. Estoy sola y la película me hace llorar. Me gusta llorar con las películas. Camino sola hacia la estación del metro sintiendo una brisa agradable sobre el rostro. Es la brisa de noche de verano en Madrid. El cielo es azul eléctrico y contrasta con la luz ámbar nocturna de la ciudad. Los colores de la noche son tan hermosos como la película. A veces Madrid me hace llorar.

No tengo ganas de entrar en la boca del metro y abrirme paso entre más botellas. Pero hay que hacerlo. Ir en metro en una ciudad europea es como comer, ir al baño. Es algo inevitable. La luz blanca. El silencio. El túnel oscuro y profundo. El amo y señor del andén opuesto. Las miradas. El tacto. La mujer

violenta. El daño que le han hecho. El aire que falta. El vapor que sobra. El túnel oscuro y profundo.

Llego a Antón Martín. Hay que recordar que es una noche de fin de semana. Por eso hay que abrirse paso no solo entre botellas sino, también, entre la basura que han sacado de los contenedores algunos chavales nocturnos, a modo de inmolación de alguna historia del Kronen. Atrás queda la estación. Yo me dirijo calle abajo, pensando que al menos ahora estarán Sergio y Óscar en casa, y podré reírme un rato. Pienso en mis alumnos felices que ahora también regresan a sus casas después de abandonar el metro. En los dos músicos callejeros que siempre encuentro en las noches. El más anciano, el violinista, podría ser mi padre. Está agotado. Las canas descuidadas resbalan por su frente sudorosa. El violinista cuenta sus propinas. Sus zapatos están viejos. El más joven también tiene zapatos viejos y toca violonchelo. La música que sale de ellos es sublime. Ellos no lo saben, pero siempre los escucho durante el día, en mis peregrinajes a través de Madrid. Ahora, de regreso a casa, la música descansa. Mi padre también tocaba violín. Ahora ya no lo hace y regresa a casa cansado y solo después de una larga jornada de trabajo. Donde está mi padre no hay metro. Da igual, también hay oscuridad y silencio.

Bajo por la calle Ave María. Mis alumnos lo hacen en una calle de naturaleza paralela. Mi padre también. Todos bajamos en la noche camino a casa, habiendo tenido alumnos felices, habiendo recordado que alguien nos quiere mucho, habiendo visto a algún niño creer que está en una montaña rusa. Da igual. La viejita de la calle Ave María también se está retirando, calle arriba. Por eso ya no habla. Por eso solo mira y orina.

Me cuesta trabajo subir la calle de la Esperanza, donde vivo en Lavapiés. Yo también me siento a veces agotada. Pero siempre llego a la puerta de casa. Al número 13. El cielo es de color azul eléctrico. El metro es una mujer. Recuerdo nuevamente que alguien me quiere mucho y sé que es posible caminar hacia Antón Martín el lunes a las siete.



## LOS QUE SOBРАН

*Únanse al baile*

*De los que sobran*

*Nadie nos va a echar de más*

*Nadie nos quiso ayudar de verdad*

*La- la -la -la...*

«El baile de los que sobran»

LOS PRISIONEROS (grupo de rock chileno)

SOY EL EXPEDIENTE 12/99, y mi nombre es... ah perdón, no querés saber mi nombre. Vos sabés, yo tenía mi casita en Buenos Aires, vivíamos mi esposa y yo, y nuestros dos chiquitos, esa casita la perdimos, nos robaron todo, incluso la dignidad y mi trabajo. ¿Cómo le iba a dar de comer yo a esas dos criaturas? Por eso nos vinimos. ¿Qué, que si tengo algún antepasado gallego? Pues el abuelo lo era, pero yo no sé dónde andará su partida de nacimiento; por eso no pude sacar el pasaporte español y solo tengo el argentino, pero mire, usted entienda, me está poniendo una orden de expulsión y yo tengo un trabajo y dos chiquitos que recién están yendo al colegio, si yo regreso, no tengo nada, entendés, nada. Vos me verás blanco, al igual que ustedes, pero eso no tiene nada que ver, somos pobres, muy pobres, vos no me podés expulsar así como así. Soy un padre de familia honesto, yo no trafico con droga ni nada de esas cosas. Sí, yo sé, yo sé que usted es una funcionaria y que solo recibe órdenes, pero yo solo le pido que entienda

mi situación... *Barro en los zapatos, barro más cemento, el futuro no es ninguno de los prometidos...*

No le entiendo nada, me puede hacer el favor de hablar en español, y por favor dese prisa que cerramos a las dos. Enséñeme su pasaporte por favor, pero a ver... ¡Usted está de ilegal hace un año! ¿Qué dice? ¿Que está casada con un español? No le entiendo («estos inmigrantes vienen, hacen lo que les da la gana y luego nosotros tenemos que solucionarles sus problemas»). A ver, déjeme ver si le entendí, usted se casó y no vino a la policía y ahora usted quiere ir a Marruecos porque su padre ha muerto y luego quiere entrar nuevamente a España. ¡Pero es que usted no se da cuenta de que si no me lo demuestra con los debidos documentos usted para mí no está casada! Yo solo veo que usted está de ilegal, y en estos momentos podría llamar a cualquiera de mis compañeros y decirles que la detengan, usted está de ilegal y en una Delegación de Policía, y por favor no se ponga a llorar que con eso no soluciona nada de nada, además ya vamos a cerrar, lo siento mucho pero tengo la obligación de ponerle una orden de salida, usted va a ir a Marruecos pero no sé si podrá regresar... *A otros enseñaron secretos que a ti no, a otros dieron de verdad esa cosa llamada educación...*

Tienen que cerrar para ir a comprar los regalos de Reyes. Mientras hacíamos la cola dos de las funcionarias salieron y regresaron con bolsas gigantes de «El Corte Inglés», en las que se transparentaban los juguetes. Mis hijos están lejos, en Camerún, tengo dos hijos pequeños así como tú, pero ellos no saben lo que es Reyes. ¿Tú de dónde eres? ¿Eres sudamericano no? Sí, soy argentino, me llamo Marcelo, ¿y vos? Yo soy Suka. Mira, ahí va la chica esa llorando, la marroquí, la pobre no sabe ni siquiera hablar bien el español todavía, claro, tú no sabes lo que es llegar y no entender a la gente, y ser encima negro, tú pasas como español, a ti nadie te va a parar en la calle a pedirte papeles. Suka, hablas muy bien el español, ¿cómo lo aprendiste tan rápido y tan bien? La necesidad te hace hablar hombre, te hace hablar, además yo quería hablar bien para ir al colegio, para educarme, y justo ahora, que he acabado de estudiar y tengo un sueldo más estable

y que podía pensar en traer a mi mujer y a mi hijo, me ponen la orden de expulsión, es injusto... *Ellos pedían esfuerzo, ellos pedían dedicación, y para qué, para terminar bailando y pateando piedras, únanse al baile, de los que sobran...*

La -la - la - la...

«Siempre que salgo de hacer la cola en la Policía y me siento en este parquecito a respirar, veo a los mismos de la cola también sentados en otros bancos, muchos se hacen amigos, los ves conversando siempre con el mismo gesto de congoja, los escuchas hablando de lo mismo, es así como respiramos después de cada cola. Empiezo a imaginar conversaciones, pasados en tierras remotas, palabras que no fueron dichas a los funcionarios, respiro el aire de mar que proviene del puerto cercano; al menos no es como en Madrid, que sales de la Policía y solo encuentras calles y edificios, y gente ensimismada en sí misma, que va con prisa hacia alguna parte (o ninguna, sin saberlo). Si supieran que nosotros no celebramos Reyes porque esta fiesta solo tiene sentido si se compran los regalos en El Corte Inglés, al menos así lo anuncia la televisión, y nosotros no estamos para estos gastos. Siempre recuerdo ese día de Navidad del primer año que estuve aquí y que entré a las siete de la noche a esa cafetería desde donde llamaría a mis padres en el otro lado del mundo, y solo había dos personas solas mirando por los ventanales el espíritu navideño disfrazado de regalos caros y ropa cara, yo era una de ellas y la otra era un chico africano que varias veces lo había visto vendiendo paraguas en la calle. ¿Qué pensamientos lo estarían atormentando en esos momentos? ¿Una inmensa soledad como la mía? ¿Un recuerdo nítido del pasado y al mismo tiempo borroso en sus detalles más concretos?»... *Nadie nos va a echar de más, nadie nos quiso ayudar de verdad, únanse al baile de los que sobran...*

Hoy he vuelto a la Policía. Me encuentro a los mismos de ayer, a los mismos de mañana. Somos los que sobran. Al menos así nos lo hacen sentir cada vez

que venimos aquí, a hacer la cola en la sección Extranjería. La cola inútil. La cola de las colas. La cola de los ruegos, de las súplicas, de los llantos, de los gritos. ¿Es que acaso no se dan cuenta de que por el momento no queremos regresar?... *Ey, conozco unos cuentos sobre el futuro, ey, el tiempo en que los aprendí fue el más seguro...* Y luego todos al parquecito, donde hoy tengo un mal presentimiento. Anoche soñé que alguien se lanzaba al vacío, sin pensarlo dos veces. Camino lentamente hacia mi casa, despidiéndome amablemente de todos mis compañeros de cola y de parque. Encuentro a una amiga en la puerta, llorando, tapándose el rostro con ambas manos. Ahmed se ha lanzado por la ventana porque le han puesto la orden de salida de España, porque tiene que regresar al campo de refugiados en Argelia, porque lo van a matar los marroquíes cuando llegue allá. Ahmed es Saharaui, y según el mundo irreal de los papeles él no existe. Como no existe ningún ilegal. Como no existo yo. Soy el expediente 14/99 y mi nombre es... sí, ya sé que mi nombre no les interesa... *Únanse al baile, de los que sobran...*

Fin de la canción de Los Prisioneros. Cuando la cantaban en Chile, los jóvenes solían emocionarse y al salir de los conciertos querían asesinar a todos los carabineros que nos esperaban con sus palos, sus gases, sus caballos. Asesinar a los asesinos. Eran los tiempos de Pinochet. Varios de mis amigos murieron en manos de los carabineros. Para no morir es que vine aquí, para no ver cómo mueren otros. Pero la vida es siempre una paradoja. Ahmed murió después de estar dos días en cuidados intensivos. Su madre lo sigue esperando en el campo de refugiados de Argelia. No hay nadie que le pueda avisar que su hijo ha muerto en tierras lejanas. Vos sabés que tengo dos chiquitos, no sé hablar el español y mi padre ha muerto, tengo que traer a mi mujer y mis hijos y me expulsan, comparto mi soledad en el parquecito de rostros multicolores.

Yo también tengo una orden de expulsión. Pero no me voy a lanzar por la ventana. Me voy a unir al baile. Además, el hijito de Mariam está a punto de nacer. Mariam es la chica árabe que vive detrás de mi casa. Ha estado encerrada durante todo el embarazo para que la policía no se la lleve. Tiene una orden de expulsión desde hace nueve meses, pero a veces la vida puede más que el falso poder, las falsas torres. Va a ser hombrecito y se va a llamar Nayim. Y nacerá en suelo europeo. Estoy ansiosa por escuchar su llanto.



## EN BLANCO Y NEGRO

ÍBAMOS LOS DOS sentados al lado de la ventanilla, él tan negro, y yo tan blanca, él contándome sus vivencias en su lejano Brasil, yo escuchándolo, él hablando en su portugués mezclado con gallego y español, yo contestándole en el único idioma que me habían enseñado en mi casa, tan lejana también, tan blanca, tan poco andina a pesar de estar tan cerca de la imponente cordillera. Íbamos en el nuevo TRD, estos trenes que parecen aviones, que poco tienen de los románticos trenes de antaño, tan lejanos en el tiempo y tan cerca en mis recuerdos de joven blanca devoradora de películas clásicas en blanco y negro, y me enseñaba sus fotos, aquellas fotos multicolores llenas de niños negros sonrientes, niños pobres, igual que mis niños indios, tan lejanos, y pronto descubrimos que poco tiene que ver que uno sea negro y la otra sea blanca, cuando somos dos sudamericanos sentados al lado de una ventanilla de tren en España. Pero fue entonces que apareció el revisor y le pidió a él su billete y le dijo que no estaba conforme, y esto no era cierto, y yo le dije que el mío entonces tampoco estaba conforme y el revisor ni siquiera me miró porque yo era blanca y él era negro, pero curiosamente él era legal en este país y yo no, y el billete resultó ser una vulgar excusa, lo que querían era ver los papeles del brasilero negro y pobre, y los míos no, y nunca supieron que no los tenía en regla, porque yo soy como ellos, no usted no, queremos ver los papeles de él, pero mi billete es igual al de él, yo también me tengo que bajar, no señorita, el suyo está conforme, y todos empezaron a mirar al negro que había osado subir al tren de lujo, de arriba a abajo, y a la blanca que

estaba sentada junto a él, de arriba a abajo, estos extranjeros que se vienen, estos sudacas que nos quitan los trabajos, pero bueno, aunque sea la nena es blanca.

    Mi casa lejana, blanca y con plantitas. Nunca con dinero para pagar las cuentas a fin de mes. Los niños negros e indios de ropas vejadas multicolores, trabajando en vez de ir al colegio. Solo nosotros, el negro y la blanca de Indias conocíamos aquella humanidad que es esencial en el hombre, porque ello siempre se revela en las carencias. Y eso, el revisor no lo sabía.

## BORN IN THE USA

FUE JUSTO ANTES DE entrar a la clase que la directora de la academia me llamó a un lado y me dijo que tenía que decirme algo importante antes de que diera mi primera clase de inglés, y yo pensé, tal vez estoy mal vestida, tal vez me van a pagar menos por trabajar sin contrato, pero no, no era ese el problema: sabes, no te lo voyas a tomar a mal, pero cuando los alumnos te pregunten de dónde eres por favor no les vayas a decir que eres ecuatoriana, tú sabes, en esta academia se supone que solo enseñan nativos y tal vez sería mejor que les digas que tu familia es sudamericana pero que tú naciste en Estados Unidos, lo digo por tu acento por supuesto, pero no te lo voyas a tomar a mal por favor, lo que pasa es que los alumnos van a desconfiar si les dices que tu inglés lo aprendiste en Ecuador, aquí la gente cree que en Sudamérica la gente no puede aprender más inglés que en España, se subestima mucho al sudamericano, pero yo no, yo por eso te he dado la oportunidad de trabajar en esta academia, que tiene mucho prestigio por sus buenos profesores, todos nativos por supuesto, menos tú, pero eso no tienen por qué saberlo los alumnos, y bueno, no te quito más tiempo y vete a dar la clase, y ya sabes, invéntate alguna historia. Y entré a la clase y a los diez minutos ya me estaban preguntando de dónde era y yo les dije que mis padres eran ecuatorianos pero que yo había *born in the USA*, todo en perfecto inglés americano por supuesto, y les dije que había nacido en Nueva York, al que solo conozco por las películas de Scorsese y Woody Allen, y hasta hablé de calles y teatros y parques, y hasta me llegué a sorprender ante mi sapiencia acerca de aquella ciudad que tal

vez algún día conocería si me daban el visado de Estados Unidos, y me acordé de mi amiga Sandra, mi amiga *chicana* nacida en San Diego-California y educada en Los Ángeles-California, y que también quiso trabajar en esta academia de nativos, pero que no la aceptó porque *no parecía nativa como yo*, porque ella tenía unos padres indios y de piel muy oscura y yo casualmente tenía unos abuelos españoles que me habían legado los ojos verdes y la piel blanca que en Europa suponían el mejor pasaporte y la mejor prueba de que uno, en definitiva, podía ser una buena profesora de inglés.

## EL TREN DE LA VIDA

SON POCOS los pueblos con sentido tan poco serio de la vida, sí, y tal vez ese sea el gran secreto de la felicidad, hijito, que tan ansiosamente nos esforzamos todos por descubrir en nuestra decadente sociedad, tú sabes, rodeándonos siempre de bienes materiales y tonterías inservibles, día tras día, como si en cada uno de estos objetos pudiera estar el sentido de nuestra efímera existencia. Ay hijito, bueno fuera que todos fuésemos un poquito gitanos, aunque sea de vez en cuando. Eso es lo que siempre me decía mi mamá, que tenía sus amigos gitanos allá por los años cincuenta, cuando trabajaba de secretaria en la primera compañía de Toyota en Lima, Perú, y era ella la que se ocupaba de venderles a los gitanos todos los coches fallados que salían de la fábrica. Nadie entendía por qué a Carmencita le gustaba tratar con los gitanos, incluso era eso lo que más le divertía de todo su trabajo, y esperaba con ansiedad el último día del mes para encontrarse con el Abuelo y su hijo, con el Juanete y el cuñado de Juanete, que se dedicaban a la venta exclusiva de Toyotas nuevos en los extramuros de la ciudad, después de que Carmencita se los vendía completamente desahuciados. Pero qué listos y simpáticos que son, decía ella siempre en la mesa, y a mi abuela se le erizaba el pelo, porque ya a Carmencita le estaban gustando mucho estos gitanos y de repente se la robaban o algo así, porque con lo buenamoza que es, tal vez el tal Juanete o como se llame, se la rapta y se la lleva por ahí a cantar y divagar para toda la vida.

Pero Juanete nunca se la llevó a mi mamá para tranquilidad de mi abuela, y después de diez años de amistad con sus gitanos, Carmencita les perdió el rastro cuando un día los de la Toyota decidieron ya no venderles un coche más, porque tenían ahora mejores mecánicos que el Abuelo y compañía, y dejaban a los coches fallados como nuevos. Es más, antes de casarse con mi papá, mi mamá se compró un Toyota, pero que tenía sus fallas y por eso le costó menos, y fue entonces que decidió buscar a sus amigos gitanos para que se lo reparasen y se lo dejaran como nuevo y los encontró allá por el puerto. Carmencita había ido acompañada de su papá, o sea mi abuelo, porque él también temía que la fueran a raptar a Carmencita, con lo buenamoza que es. Fue al Juanete a quien vio primero, con sus cuatro hijos y su mujer, que era una gitana hermosa, de esas que salen en los cuentos, con sus ojos verdes y el pelo alborotado, y Carmencita le dijo entonces al abuelo, ves papá, qué me van a raptar, si estas son más buenamozas que yo. El Juanete la reconoció a mi mamá de inmediato y empezó a gritar, y pronto salieron todos de sus casitas hechas con latas y cartones, para darle la bienvenida a la amiga paya, la guapa de la Toyota, la que te *dijí*. Y fue algo increíble, algo de lo cual mi abuelo se acordaría siempre, porque en esa época él ya era viejo y sentía cómo la gente se apartaba de él en el tranvía, o a veces recibía las burlas de algunos jovencitos por tener el pelo blanco y la barba blanca, y ya estaba cansado de que le dijeran Viejo Carcamán y demás perlas, y aquí, entre estas latas y cartones, se sintió de nuevo joven y respetado, porque de pronto el tal Juanete le abrió la puerta del coche y lo ayudó a bajar y ordenó música y porompompón empezó la bulla, porompompón fue respetado por su pelo blanco, porompompón le sirvieron comida, porompompón, porompompóóón.

Pronto ya ni se acordaban de la pobre abuela, que ya hasta había llamado a la policía para que buscaran a mi mamá y a mi abuelo porque ya eran como las diez de la noche y no aparecían por ninguna parte, y seguro que los han raptado, y llamó también al que era el novio entonces y el que ahora es mi papá, para decirle que rescate a mi mamá del tal Juanete, pero ya todos conocían a mi abuela,

que era muy exagerada, y no le hicieron mucho caso y nadie fue a rescatar a mi mamá y a mi abuelo de la alegría desbordante de las latas y cartones en la que se encontraban atrapados aquella noche de luna y música.

A partir de esa noche mi abuelo siempre ponía música en la casa a todo volumen y le decía a la abuela que en cualquier momento se moría y se estaba aburriendo como un hongo, que había que disfrutar de la vida, y no me fastidies, quiero estar contento, ¡no me bajes el volumen, no, no, no! Hasta resucitó su guitarra vieja que ya la abuela había guardado en el trastero para siempre y empezó con el porompompón gitano que tanto le había gustado, y la abuela pensó que el pobre ya estaba senil y que había que rezar por él, gitanadas a estas alturas del partido, por favor, si es lo único que faltaba.

Todas estas historias me las contó mi mamá cuando yo era un adolescente, a raíz de un recuerdo que supuso mi segundo nacimiento: así es, cuando yo era un niño de cinco años estuve a punto de perder la vida y no fue así gracias a una gitana, que muy curiosamente resultó ser aquella gitana de cuento de ojos verdes y pelo alborotado que atendió a mi abuelo como nunca nadie lo había hecho y que ordenó a todos los niños de las latas y los cartones que lo atendieran como a un rey, que eso es lo que parece su papá, le dijo a Carmencita, un rey de pelo blanco y cara muy blanca, y no un pobre Viejo Carcamán como lo llamaban los niños de por la casa, que hasta le tiraban piedritas burlándose de su vejez. Fue en el año 75 que mi mamá me había dejado en el coche en aquel desaparecido supermercado «Gálar» de la avenida Pezet, en Lima, mientras ella hacía las compras. Me dejó con la condición de que no tocara nada y menos esto, señalando el freno de mano, y es que el coche estaba aparcado en una cuesta que daba directamente a la avenida, por la cual pasaban coches a toda velocidad. Y cuando un niño tiene cinco años y no sabe qué es un freno de mano, lo primero que hace es bajarlo, yupi, yupi, yupi, parece un tobogán, y tuve el tiempo de pasarme al asiento de atrás para ver mejor la bajadita por la ventana, pero no entendía por qué de pronto todo el mundo afuera gritaba con horror «¡hay un niño, hay

un niño adentro!», y nadie atinaba a hacer nada de nada, y eso que yo vi a un par de señores gordos y grandes que seguramente tenían mucha fuerza, y fue entonces que vi salir de no sé dónde a una señora con un pañuelo en la cabeza y unos pendientes enormes y una ropa que no se parecía a la de mi mamá, dejando a un lado a unos niñitos que la acompañaban y se puso al borde de la avenida con los dos brazos preparados para detener el coche que resbalaba cada vez con más velocidad, yupi, yupi, yupi, parece la montaña rusa, y los señores gordos bien vestidos gritaron ¡esa gitana está loca!, pero ni siquiera hicieron el mínimo intento de salvar al niño que tenía la edad de sus hijos y que estaba a punto de tener una muerte funesta, y no sé cómo de pronto el coche se detuvo y por la ventana yo solo pude ver a la gitana de ojos verdes resistiendo con unas fuerzas sobrenaturales, pujando del esfuerzo al sostener el coche y gritando «¡ayúdenme, que si no el niñito se nos muere!» y nadie, absolutamente nadie la ayudó, porque así es la gente a veces.

Felizmente mi mamá salió justo en ese momento y horrorizada y llorando corrió como una loca, se metió en el coche, puso el freno de mano y la pesadilla acabó. La gitana abrazó a mi madre y toda la gente alrededor empezó a aplaudir, y mi mamá, al ver a los señores gordos, grandes y fuertes, no entendió por qué esta gitana, madre de familia, que casualmente leía las cartas en la puerta del supermercado, había arriesgado su vida por un niño desconocido, mientras el resto solo miraba. Pronto se reconocieron, empezaron las risas, metimos a la gitana guapa con sus hijitos en el coche y nos fuimos al paraíso de las latas, los cartones y la música, y dijeron que este reencuentro ameritaba una celebración, y porompompón empezó la bulla, porompompón apareció el Juanete, porompompón recordaron todos al viejo con pelo y barba de rey, ¡y el niño ha nacido de nuevo!, y por eso porompompón, porompompóóóón.

La pregunta que mi madre se hizo en aquel aparcamiento peruano en el año 75 le fue contestada en España, la tierra de los abuelos, muchos años después, en pleno auge de la Unión Europea, en pleno apogeo del orden, la organización,

la falta de niños y el triunfo de la sociedad del bienestar. Fue aquí, en España, donde mi madre le contó a una gitana que venía sentada al lado de ella en el metro madrileño, toda su historia peruana de coches, gitanos, pelo blanco y niño recién nacido, y al compartir risas sintió cómo todos en aquel vagón la miraban con igual desprecio que a aquella gitana. Mucha bulla. Poco orden. Ropa pobre. Apesta. Que se bajen pronto. Fastidian. Y se bajaron, porque a veces la mirada de la gente es así.

Mi madre solo recuerda que aquella gitana española le dijo que un niño es un niño, y que es lo más valioso que hay en el mundo, así no sea tu propio hijo, un niño es un niño. Y por eso, porque un niño es un niño, yo estoy aquí, contando esta historia de cartones, latas maravillosas y una luna llena de música, que me ha acompañado desde mi infancia peruana hasta este tren europeo donde recuerdo cómo fue que nací por segunda vez allá en el otro lado del mundo y cómo mi abuelo tuvo su momento de respeto y felicidad. Porque yo también soy feliz en este tren con mis recuerdos, y eso que no va de bajadita, ni parece la montaña rusa.



## LA MARAVILLOSA LEYENDA DEL PIANISTA DEL OCÉANO

JOSÉ ME CONTÓ aquella primera vez que nos vimos en la línea celeste del metro madrileño, que cuando su abuelo iba a América en barco en la primera mitad del siglo veinte, dejando atrás su piano viejo y lo que quedaba de su familia, solo tenía un firme propósito: salir de la miseria absoluta en la que había transcurrido toda su vida. Me lo contó a modo de increíble paradoja, porque él venía ahora a buscarse la vida al país que alguna vez dejó su abuelo. Él también tocaba el piano, pero ahora no tenía uno, y fue por eso que nos hablamos la primera vez en aquel metro, se escuchaba el andante de la sinfonía n.º 25, en sol menor, K. 183 de Mozart, me lo acuerdo perfectamente, y me puse a tocar el piano invisible que suelo tocar siempre desde que no tengo piano. Sí, es cierto, hay tres pianos en esta historia, tres pianos que dejamos atrás dos hombres y una mujer, en tres continentes diferentes y en dos épocas distintas, tres pianos que quedaron siempre al otro lado de un océano.

José tenía un rostro extraño, que al principio no supe descifrar a qué raza correspondía, porque tenía los ojos azules pero la piel muy oscura, además tenía una nariz aguileña y los labios gruesos, su pelo era negro, largo y muy liso, y era muy alto, en definitiva el más alto en aquel vagón de metro, y a pesar de que muchos en Marruecos son de piel muy morena y ojos claros supe inmediatamente que él no venía de mi país sino de algún otro lugar del mundo, que hasta antes de hablar con él, desconocía del todo.

—Soy peruano —me dijo luego de haber hablado de nuestros respectivos pianos perdidos—, mi abuelo es gallego y mi abuela es peruana, ella es india, por eso yo tengo esta cara.

Y fue a partir de ese momento que mis conocimientos en geografía resultaron insuficientes, porque acerca del Perú yo sabía muy poco, solo que ahí estaba Machu Picchu. Y José también demostró un absoluto desconocimiento en torno a Marruecos, y además, como todos en España, apenas dije yo que era de Casablanca, me salió con lo de Ingrid Bergman y Humphrey Bogart; es increíble, parece que sin ellos los europeos y el resto del mundo jamás se hubieran enterado de la existencia de mi ciudad natal.

El abuelo de José nació en un pueblo pequeñito cerca de la ciudad de La Coruña, era el noveno de nueve hermanos y se quedó sin padre cuando era muy pequeño. Su madre y cuatro de sus hermanos murieron de tuberculosis durante la guerra civil y fue entonces que él decidió probar suerte en América, a la edad de 17 años, porque ya no tenía nada que perder. Realmente, el abuelo de José nunca tuvo un piano, sino que tuvo el permiso para tocar el piano del bar de la esquina, que era un piano viejo y feo, pero que sonaba como ningún piano lo hizo en aquel pueblo olvidado de la mano de Dios. Y sonaba así solo cuando lo tocaba el abuelo de José, que por cierto se llamaba Xosé, y que a la edad de siete años se sentó un día por casualidad en aquel piano y empezó a ofrecer las melodías más dulces y que más se internaban en las entrañas de todos los gallegos pobres de aquel lugar tan cerca del fin del mundo. Y todos en aquel pueblo decían que Xosé debía salir de ahí, educarse, y no ser un ser sin suerte y sin destino como lo hubiera sido si un buen día no hubiera ido a pie hasta el puerto y se hubiera marchado de Galicia para nunca volver. Y al ver cómo dejaba atrás sus colinas verdes y su por siempre nublado cielo gallego, Xosé Mosqueira solo pensó en su madre y en su piano, en sus teclas negras y blancas que jamás volvería a ver y que a partir de entonces solo tocó en un piano invisible, al igual que su nieto José y al igual que yo.

Todos en aquel barco que marchó desde el puerto de La Coruña con destino al puerto del Callao, en el Perú, se acordarían de él siempre porque tocaba su piano invisible mientras recibía las gotas de la lluvia, las gotas del mar y las brisas del océano Atlántico sin inmutarse siquiera, como si estuviera en trance y no sintiera la inclemencia del clima ni de nada. El abuelo de José llevaba la música en la mente y el piano en el corazón, y sus dedos solo respondían al dictado de una fuerza superior que lo arrastró hasta el final de sus días. Por eso, cuando llegó al Perú y vio aquellas montañas tan gigantes y tan imponentes de los Andes, decidió quedarse allí para siempre, porque en aquellas montañas había música, había algo así como un piano gigante, todopoderoso e intocable. Y cuando conoció a Lucinda, la abuela de José, todos en aquella ciudad andina se preguntaron cómo era posible que «don Mosquera» hubiera escogido a una mujer tan india por esposa, con lo guapo que es él, con lo blanco que es él, y con la posibilidad de casarse con alguna mujer blanca descendiente de europeos y con fortuna, que abundaban en Arequipa, la ciudad que le aportó a Xosé Mosqueira, ahora don Mosquera, fortuna y posición, y una gran cantidad de clientes refinados, blancos y con ademanes europeos, que siempre quisieron sus telas traídas de Europa para hacerse vestidos a la última moda parisina y que siempre estuvieron dispuestos a gastar lo que fuera para ser todo menos peruanos, y a parecerse lo menos posible a esos indios tan poco refinados, tan toscos, y con tan poca educación. Estuvieron dispuestos hasta que supieron que don Mosquera se había casado con una india, sin educación y sin nada, una pobre india que llevaba la música en su inmensa sonrisa y en su piel oscura, y que resucitaron en Xosé Mosqueira las teclas del piano viejo y feo en Galicia, y así fue que recobró la música y fue perdiendo poco a poco a la clientela, porque la gente refinada y casi europea de la ciudad andina de Arequipa no quería darle de comer a ese gallego loco que se fue a casar con una pobre india que no valía nada y que seguramente lo iba a desplumar.

Lucinda le dio a Xosé Mosqueira tres hijos varones, los tres morenos como ella y de ojos azules como él, que nacieron en la decadencia de la fortuna y el negocio de telas, y que se hicieron adolescentes cuando ya el negocio no existía y Xosé y Lucinda se habían dedicado a cultivar un pequeño pedazo de tierra. Fue uno de estos hijos el que emigró a la capital, a Lima, y allí conoció a la madre de José, una mestiza pobre que se dedicaba a la costura y que vivía en un callejoncito cerca del puerto y que se enamoró de inmediato de sus ojos azules, así como él se enamoró de su piel que tanto se parecía a la de su madre. Y ellos tuvieron un solo hijo, José, que repitió la historia del abuelo en un bar muy viejo del Callao, y del cual también decían que debía salir de ahí, educarse, y no ser un ser sin suerte y sin destino, como correspondía a cualquier persona nacida en un callejón cerca al tan venido a menos puerto del Callao. Y como el abuelo, José Mosquera encandiló a todos con su música, con sus dedos milagrosos que se deslizaban por las teclas blancas y negras con olor a cerveza de aquel bar de mala muerte, como cualquier pianista profesional, pero sin haber recibido nunca clases de música, ya que él, al igual que el abuelo, llevaba la música en la mente y el piano en el corazón, y de ello se pudo dar cuenta todo el mundo en el avión que lo llevó a España con un contrato de trabajo para limpiar baños en un hotel de primera en Madrid. José Mosquera ni siquiera se enteró cuando el avión pisó tierra europea, porque estaba tocando su piano invisible con tanto amor y tanto ímpetu y con los ojos cerrados, que al igual que el abuelo, parecía no afectarse por ningún fenómeno a su alrededor, como si estuviera en trance y solo tuviera sentidos para su concierto de piano particular con el cual había realizado el camino de vuelta de su abuelo gallego, cruzando el océano Atlántico que alguna vez mojó a Xosé Mosqueira mientras tocaba su piano invisible a la vista y paciencia de toda la gente, sobre una cubierta plagada de emigrantes pobres y sin nada que perder.

Toda esta historia me la contó José mientras íbamos desde la estación de Plaza de Castilla hasta la de Antón Martín. Yo trabajaba de asistente en una

casa cerca de las torres de Europa, y él trabajaba limpiando baños en un hotel muy cerca de allí. Mi historia de pianista se la dejé para más tarde. El día que nos conocimos, casualmente los dos tocábamos pianos invisibles en un metro y los dos íbamos a la estación de policía a intentar renovar nuestro permiso de trabajo. Era imposible, porque no nos habían ofrecido un contrato nuevo, y esto quería decir que teníamos que marcharnos de España o quedarnos de ilegales.

—Soy peruano, pero mi abuelo es español, yo debería poder quedarme en España —dijo José en su desesperación.

—Pues usted me lo tiene que demostrar con la documentación debida señor —dijo la funcionaria, que se dio la vuelta y le dio el pase al siguiente inmigrante.

José se puso a tocar sus teclas en el aire y, mientras, yo escuché palabras que fueron susurradas y que felizmente José no escuchó: «qué va a ser nieto de español ese chico, si es un indio, seguro que hasta se ha puesto lentillas azules para que le creamos». Pero ya el joven pianista limpia baños estaba afuera de la estación de policía, viendo truncado su enorme deseo de estudiar piano en Europa, en el continente y el país de su abuelo, quien le ordenó que se fuera a hacer un futuro allí, que ahora sí que tenían oportunidad los músicos. Es que el abuelo nunca tuvo ningún documento, él solo subió a un barco y bajó de él, y fue don Mosquera hasta que se casó con una india sin alcurnia y sin fortuna, y nunca supuso que su nieto, de ojos azules como él, pero de piel oscura como la abuela, necesitaría demostrar su rastro de sangre europea por sus venas. Por eso José Mosquera no tenía la documentación debida, sino un par de manos mágicas, un piano en el corazón y música en su mente y unos ojos azules tan profundos como el mar cerca del fin de la tierra que había visto nacer al abuelo gallego.

Cuando dije que yo había dejado un piano atrás era cierto. Pero este no estaba en ningún bar, estaba en mi casa y yo aprendí a tocarlo gracias a mi madre. Nunca tuvimos dinero pero sí un piano, que se lo habían regalado a mi abuelo durante la segunda guerra, alguien con el aspecto de Humphrey Bogart probablemente, siempre le decíamos que tal vez era el piano de Sam y le decíamos que

*la toque de nuevo por favor.* Cuando no teníamos dinero ni para pagar la casa, no se nos ocurrió vender el piano, antes morir de hambre que venderlo, porque ello suponía vender al abuelo; por eso cargamos con él a todas las casas a las que fuimos, cada vez más barata una de la otra, hasta que finalmente quedamos solo mi madre, mi hermana enferma, yo y, por supuesto, el piano, los cuatro metidos en una habitación. Y todos querían que me fuese a Europa, que allí sí iban a considerar mi talento, y fue entonces que conseguí el dinero y pagué para cruzar el mar en una patera, dejando atrás mi querido piano, mis teclas llenas de historia, guerra, película, desierto, sol y familia, y llegué a limpiar otras casas, completamente ajenas y vacías porque eran grandes pero no tenían música, hasta que conocí a José y lo pude escuchar esa misma tarde en aquel viejísimo bar madrileño cerca de la estación de policía, en el que permanecemos hasta tarde en la noche, y en el que le cedieron el piano, que José aceptó tocar con el rostro y las manos más felices del mundo, y sus ojos se iluminaron como si nunca hubiesen visto tan grande tesoro, y entonces empezó a tocar las melodías más dulces que han escuchado mis oídos y las que hubiesen escuchado los clientes de aquel bar viejísimo, y fue como un encantamiento, porque empezaron a llegar más y más personas al bar para escuchar tan maravillosa melodía, y el trance fue solo interrumpido por un anciano que se puso delante de José y le dijo:

—Tú tocas el piano como Xosé Mosqueira hijo, es más, tienes sus mismos ojos.

El anciano gallego permaneció frente a él atravesándolo con una mirada llena de recuerdos de infancia y adolescencia, un bar y un piano viejo, un amigo pianista, unas colinas verdes, un cielo por siempre nublado y un destino sin suerte. Fue entonces que José Mosquera interpretó las mejores piezas musicales de toda su vida, arrancando aplausos y lágrimas, agitando sus dedos sobre las teclas negras y blancas como si fuera parte del piano, y él no lo sabía, pero en ese mismo momento, en el otro lado del océano, Xosé Mosqueira había también tocado la mejor música del mundo en un piano viejo que le prestaron en un bar

muy viejo (así cuenta la leyenda), y fue como si los dos, abuelo y nieto, se estuvieran fundiendo en una magia musical incontrolable, tan maravillosa como aquella que permite que los abuelos tengan hijos y los hijos nietos, y todos con los mismos ojos. Habían regresado los dos al inicio de los tiempos, en donde se encontraba la explicación de tanto talento. Y por eso fue la última vez.

Esa misma noche, en el otro lado del océano, Xosé Mosqueira murió, dicen, que de un paro cardíaco y con una sonrisa inexplicable. En Madrid, José Mosquera fue asesinado por una pandilla de *cabezas rapadas* por ser un indio de mierda, así se lo dijeron, y yo me salvé con las justas, pero me golpearon el vientre con sus bates diciéndome que era una mora de mierda. Pero lo que no sabían ellos era que habían asesinado al que, en ese momento, era el hombre más feliz del mundo. Tal vez por eso, detrás de toda la sangre que pude verle en el rostro, el pianista del océano mostraba una sonrisa inexplicable y unos ojos ancestrales más lúcidos que nunca durante aquel día, porque más que nunca, los Mosqueira o Mosquera, llevaban la música en la mente y el piano en el corazón. Y yo, inexplicablemente, sería a partir de entonces la única portavoz de tan maravillosa leyenda.



## LA LUCHA CONTRA EL ESTORNINO

ALLÍ VA, COMO TODOS LOS DÍAS, con su bolsa de las compras y su paraguas. Agua mineral, lechuga, yogur, pan integral, café, el nuevo desinfectante ese que había resultado ser efectivamente bueno, ahora solo le falta el tabaco, pero esa compra la hace en el estanco que está al lado de su casa, donde trabaja Paula, y así de paso le pregunta qué va a hacer durante el puente. También falta el periódico, sí, los miércoles Sandra suele comprar el periódico porque hay un suplemento de Belleza que está muy bien. Primero al quiosco, que le queda al lado del supermercado, y luego a cruzar la calle hacia el estanco. Pero el mono no puede más y decide cruzar para el estanco primero y luego retroceder para el periódico. Llega al estanco y saluda a Paula, como todos los días, recibe el tabaco, saca rápidamente un cigarrillo y Paula saca uno también del imperio de cigarrillos que tiene detrás de ella y le ofrece fuego. Paula está muy morena y entonces Sandra le pregunta cuál es el secreto. Paula le contesta que no hay secreto alguno, que es el Solarium el que la tiene siempre así, tan morena, además que toda la semana anterior estuvo yendo para estar guapa para el puente, porque resulta que Luis la ha invitado a pasar el fin de semana en un hotel en Ibiza, imagínate le dice, además que es un pedazo de hotel agrega, con piscina, *jacuzzi*, unos bufés increíbles, y cómo va a ir toda blanca y desteñida con la tanga que se ha comprado para la ocasión, no sé qué tal me quedará, nunca he usado tanga, comenta preocupada, pero la vi el otro día cuando me fui a comprar unos pantalones y una cazadora, y me dije la compro. Sandra se siente un poco desilusionada, porque

antes de que ella pregunte qué va a hacer Paula en el puente llega la respuesta, y entonces se limita a decir que ella no va a hacer nada, porque está esperando que la llame el chico que conoció hace dos semanas, aunque ya casi ha perdido la ilusión de que esto suceda, pero entonces Paula anima a Sandra a que se olvide del tal chico y que se busque otro ese mismo día, que ella la acompaña porque total para Ibiza sale al día siguiente por la tarde y entonces esta noche la tiene para ella y sus amigas. Sandra está más contenta y empieza a pensar qué se va a poner para la salida de esta noche, sin dejar de ver lo guapa que está Paula con el moreno que lleva. Voy a ir al Solarium la próxima semana, le dice a Paula, yo también quiero estar de buen color. ¿Cómo se llama el tío?, le pregunta Paula a Sandra, Fran, se llama Fran y está buenísimo, no sabes, unos ojazos, unos brazos, una sonrisa, bueno, un tío de estos de los que no se olvidan, sabes, además que no era el típico, ya sabes, el típico cabrón que va de ligue en ligue, no, se le veía sensible, inteligente, especial, imagínate que le gusta leer, a qué tío le gusta leer, dice Sandra con los ojos muy abiertos. En este preciso momento entra un joven al estanco, un joven muy negro y alto, con una madera llena de *pins* para vender, además de llevar en los brazos unos collares que al parecer también están a la venta. El joven sonríe dejando ver sus dientes blanquísimos y no dice palabra alguna, entonces Sandra se apresura a decir no gracias rápidamente y Paula también, ofreciéndole además una sonrisa nerviosa de vuelta. El joven africano se retira y entonces Sandra le comenta a Paula que pobrecito, seguro no habla el español, y Paula le dice que hay muchísimos, que siempre vienen a ofrecerle algo al estanco y que no sabe por qué siempre vienen donde ella porque nunca les compra nada, es que ya sabes, el estanco está siempre con gente y si me pongo aquí a comprar, se ve un poco mal si es que justo llega un cliente y él está aquí con la madera esa que llevan que se ocupa mitad de la tienda. Justo en ese preciso momento llega un joven con el casco de la moto bajo el brazo a pedir un Marlboro y se queda ligoteando con las dos chicas, llega luego un señor y tiene que esperar a que termine el ligoteo para comprar sus puros rápidamente, luego

se quedan las dos chicas solas de nuevo y se muerden los labios al mismo tiempo. Pero qué tío más bueno, has visto, le comenta Paula a Sandra, y esta pregunta si así son siempre los clientes del estanco. Sandra le contesta que a veces sí, que así fue como conoció a Luis, que no está tan bueno como el de la moto pero igual está bueno y además está montado en el dólar. Sandra le dice a Paula en tono de broma que es una materialista, que a ella no le importan esas cosas, sí, seguro, tía, seguro, le contesta Sandra, pues sí, para que veas que sí, Fran no tiene coche, le dice Sandra, anda, ¿de verdad?, ¿y cómo hicisteis el día que os conocisteis?, le pregunta Paula, nada, contesta Sandra, caminamos hasta su edificio y luego... ya sabes. Sandra y Paula ríen en complicidad. Entra al estanco una joven de la edad de ellas al parecer, con varios sobres en una bolsa de «Día», un poco despeinada y con ropa un tanto fuera de moda, pide sellos y Paula tiene que pesar todos los sobres que van para Sudamérica, uno para Chile, otro para Ecuador y los otros cinco para el Perú. La joven ayuda a Paula a pegar los sellos, que son muchos, es que te pasas del peso en todos, le dice Paula a la joven, y la joven le dice que sí, que ya lo sabe. La joven paga el importe y sale del estanco, agradeciendo en un acento que no es español. Paula le comenta a Sandra que hay un montón de sudamericanos en el barrio, que esta chica por ejemplo no sabe bien de dónde es pero es sudamericana. Sandra le dice entonces que debe ser argentina porque no es morenita; sí, yo también pensé, le contesta Paula, pero sus cartas no van para Argentina, o sea que no sé bien de dónde es, le voy a preguntar la próxima vez que venga. Sandra de pronto se fija en la hora y le dice a Paula que se le está haciendo tarde, que después va a llegar tarde al trabajo, entonces se despiden las dos amigas con dos besos, y Sandra le dice a Paula que la llamará al móvil desde el trabajo para quedar en la noche, o que le mandará un mensaje de texto. Paula le dice a Sandra que tenga cuidado al salir, que los estorninos han estado sacando la basura del contenedor de la puerta y han dejado todo sucio. ¿Los qué? le pregunta Sandra, los estorninos mujer, las gaviotas, que lo único que hacen es llenarlo todo de mierda, le contesta Paula. Sandra sale del estanco

con cuidado para no pisar la basura y de pronto empieza a llover. Ella abre su paraguas y piensa joder, justo ahora que estoy con mis botas nuevas. Cruza la calle para comprar el periódico y al volver a cruzar hacia su edificio se le cae el suplemento *Belleza* en el charco que ha formado la lluvia. Joder, joder, piensa Sandra nuevamente, quien recoge el suplemento todo mojado y casi destruido, y lo mete a la bolsa de la compra. Encuentra a la vecina en la puerta, cuyo nombre nunca recuerda, y la saluda. La vecina le dice que qué bonitas botas y Sandra sonríe y le dice gracias. Entra al edificio y se fija si hay cartas en su buzón. Propaganda, propaganda y más propaganda, ah no, aquí hay otra cosa, es del Ayuntamiento, ¿qué dice?, «no dejemos la basura al lado de ventanas abiertas porque es por eso que vienen las gaviotas y los estorninos», vaya qué raro, otra vez lo del pájaro éste, «vamos a soltar halcones este fin de semana para espantarlos de la ciudad». Vaya, felizmente, para no estar llenos de mierda, piensa Sandra. Guarda todos los papeles del buzón en la bolsa de la compra y llama al ascensor. Aparece un hombre joven a su lado, de traje y corbata, al cual ha visto ya varias veces, pero no sabe hasta ahora en qué piso vive. Llega el ascensor y suben los dos. Uno le sonríe al otro antes de subir. El hombre mira al techo del ascensor, Sandra mira los números que van cambiando poco a poco. El hombre ha marcado el piso 10. Sandra piensa que al fin ya sabe dónde vive, es tan guapo. Llegan al piso 10. El hombre le dice hasta luego y sale del ascensor. Ella se mira ahora con comodidad en el espejo y ve que le están saliendo más arrugas alrededor de los ojos. Tengo que secar el suplemento *Belleza* como sea, que hoy hay un especial antiarrugas, piensa Sandra, mientras se mira los dientes también y ve que están un poco amarillos, es por culpa del tabaco joder, tengo que comprarme una pasta de dientes especial. Llega al piso 18. Sandra sale del ascensor y encuentra a su vecina esperando en la puerta. Está con su hija pequeña. La vecina saluda y pregunta si está lloviendo mucho. Sandra le dice que sí, que tiene que llevar paraguas. La vecina le enseña su paraguas y le dice que va preparada para la tarde que se viene. Qué mala suerte, justo mal tiempo para el puente,

si es una pena para los que se están yendo a sitios de playa, ya dijeron que va a haber mal tiempo en toda España, incluso en Andalucía va a estar lloviendo, imagínate, por eso nosotros nos vamos a una casa rural al interior, con nuestra chimenea y calentitos, que para el verano todavía parece que falta, le dice la vecina. Es entonces que Sandra le cuenta que tiene una amiga, la del estanco, sabes, la rubita, que se va con el novio a Ibiza, pobre, creo que no sabe el tiempo que va a hacer, si hasta se ha comprado una tanga y está toda ilusionada con el sol de las Baleares, pues ya ves mujer, a tu amiga se le arruinó el verano, qué pena, ¿y tú?, ¿no te vas de viaje?, le pregunta la vecina, pues no, le contesta Sandra, yo me quedo tranquila aquí a descansar, que últimamente llevo un cansancio que no sé de qué es, voy a dormir y salir con mis amigas y de repente me iré al cine, sabes, a ver esta con Julia Roberts que parece que está bastante bien. Bueno, me voy, que tengo que comer y salir a trabajar, y se me está haciendo muy tarde, hasta luego. Pues sí, yo también me voy, que se me hace tarde para recoger al niño del colegio, no te comas las uñas, le dice la vecina a su hija de pronto, dándole un ligero manotazo, y vete a ver la película de Julia Roberts, que está genial. Entonces la vecina se va en el ascensor diciendo antes hasta luego y Sandra vuelve a decir hasta luego y entra en su piso. Se dirige a la cocina y deja el paraguas en el patio. Saca las compras de la bolsa y al suplemento *Belleza* lo cuelga con una pinza en el pequeño patio donde dejó el paraguas. La propaganda la tira a la basura, aunque deja afuera el aviso del Ayuntamiento, que tira en la mesa junto con el periódico al lado de la compra. Luego se da cuenta de que está con la chaqueta puesta. Se la quita y la lleva a su habitación. La cuelga de una percha al lado de otra chaqueta de piel. Se mira en el espejo de su habitación y se amarra el pelo. Luego busca algo en el bolsillo de la chaqueta y saca el tabaco y el mechero. Nerviosamente enciende un cigarrillo y se dirige a la cocina. Pone el cigarrillo en un cenicero mientras enciende la tele y se pone el mandil. El tele-diario está empezando. Se escucha la música y Sandra empieza a lavar la lechuga. Pone un huevo a hervir. En la televisión dicen que en Madrid ha habido un

crimen terrible: unos cabezas rapadas han asesinado a palos a un peruano en el barrio de Lavapiés y también una chica marroquí ha sido severamente herida. El peruano ha muerto durante la golpiza y la marroquí, que estaba inconsciente cuando llegó la ambulancia, está viva y en cuidados intensivos en el hospital. Los cabezas rapadas escaparon después del crimen y la policía está intentando encontrarlos. Sandra piensa que pobres y luego piensa en Fran. Tal vez no me ha llamado porque no le gusté realmente, es que estoy gorda, piensa Sandra, o tal vez es este pelo, creo que me lo voy a poner de otro color porque este no me queda bien y de repente no le gusté del todo por eso, aunque no creo, se le veía tan especial, decía cosas tan bonitas... ¿Y si de repente tiene novia?, voy a ir de nuevo al bar donde lo conocí para ver si me lo encuentro de nuevo, y si no, lo buscaré en su piso, que ya han pasado dos semanas joder, él me dijo que iba a estar ocupado después de ese día que nos conocimos, pero ya ha pasado un buen tiempo ¿no?, piensa Sandra en voz alta. En la televisión están mientras hablando de la crisis de Israel y Palestina, Sandra piensa que qué aburrido y entonces cambia de canal, pero en uno están con deportes y en el otro también, o sea que vuelve a poner el telediario de antes y está hablando Arafat, y Sandra se queda mirando la imagen, fumando su cigarrillo y pensando en la cara y el cuerpo de Fran. Realmente estaba bien el tío, piensa Sandra, a pesar de las rarezas de las que hablaba, ¿cómo era?, decía que la mierda se expande o algo así, y que hay que evitarlo... unos ojazos los del tío, verdes, así como me gustan a mí... ¿qué más decía?, que nos preocupamos de matar a los pobres pájaros en vez de matar nuestra propia mierda... ¿a qué pájaros se refería?, se pregunta Sandra, pues de repente a estos que quiere matar el Ayuntamiento, se ríe Sandra. El huevo ya está, entonces Sandra lo quita del hornillo, le echa agua fría y lo pela. Lo corta en pedacitos encima de la lechuga, luego coge un tomate, lo corta y también lo pone sobre la lechuga. Piensa que Fran es un tipo especial porque el día que lo conoció estaba hablando con unos negros africanos de lo más normal, eran sus amigos, joder, no es racista, y eso es bueno, creo yo, además me presentó a su

amigo colombiano, jo, el tío tiene mundo, no es uno de estos españolitos cerrados que cree que solo lo de aquí es lo bueno. En la televisión hablan mientras de una patera que acaban de interceptar en Andalucía con muchos marroquíes y subsaharianos, entre los cuales hay cinco mujeres embarazadas, pobres piensa Sandra que come su ensalada y piensa nuevamente que tiene que bajar de peso porque de repente Fran la vio un poco gorda, además, ya se lo había dicho Paula y no le había hecho caso en ese momento, pero le sentó muy mal que le dijera «oye Sandra, estás gorda», y ya verá Paula, voy a hacer dieta, me voy a meter a un gimnasio y voy a quedar guapísima. Pasan la propaganda mientras Sandra se come su yogur *light*. Luego se levanta a prepararse el café y recuerda que también Fran le había hablado del fin del mundo o algo así, y una y otra vez de lo de la mierda que se expande. Joder, que mis manos están horribles, tengo que echarme un humectante, piensa Sandra de pronto, mientras se fuma otro cigarrillo y espera que esté listo su café. En la televisión hablan mientras de las elecciones francesas y del peligro del fascismo en Europa, seis millones han votado por la extrema derecha en Francia, jo, estoy aburrida de tanta noticia, piensa Sandra, entonces apaga la televisión, descuelga el suplemento *Belleza* del patio y al ver que está casi seco sonrío. Mientras se toma su café y fuma su cigarrillo empieza a hojear la revista y encuentra el especial antiarrugas. Mientras lo lee también piensa que tal vez son las arrugas las que espantaron a Fran y que fue por eso que no se quiso acostar con ella, joder, más raro el tío, me tenía allí en bandeja y nada, insistía en explicarme cosas que yo no entendía, yo lo único que quería era que me abrazara y uff, si Paula lo supiera, me mata, me diría que soy una monja, pero es que lo vi tan emocionado con todo lo que me estaba diciendo, que parecía además tan importante... pero para mí es más importante el amor y yo lo único que quería en ese momento era amor... bueno, Paula piensa que nos acostamos y que todo fue bien, o sea que no he quedado mal con mi amiga y joder, qué tarde es, piensa Sandra, me tengo que ir a trabajar.

Sandra pone los platos en el fregadero y suelta un poco de agua sobre ellos, pero no los lava. Se quita el mandil, se dirige al baño, se lava los dientes, piensa nuevamente que tiene que comprarse la pasta de dientes especial, se retoca el maquillaje, se perfuma y se peina. Va hacia su habitación y busca algo nerviosamente. ¿Dónde las he dejado?, piensa. Encuentra un frasco con pastillas en el bolsillo de la otra chaqueta de piel, la roja, y piensa que felizmente que las encontró, porque sin ellas no es nadie. Mete el frasco en su bolso y se dirige a la cocina. Mete el suplemento *Belleza* también en el bolso y coge el paraguas del patio. Enciende un cigarrillo y se sienta a fumarlo pensando en Fran nuevamente. Tenía un montón de libros y le gustaba una música muy rara, recuerda Sandra, también veía películas extrañas, desconocidas para mí. Joder, no sé qué tanto quieres que te llame si el tío es al fin y al cabo un raro, un solitario, tú tienes que estar con alguien más alegre, menos pesimista, se dice Sandra a sí misma. Luego echa una mirada al periódico y al aviso del Ayuntamiento. ¿Un estornino será una gaviota?, piensa Sandra mientras lo lee. Sandra termina el cigarrillo y sale del piso. Llama al ascensor y justo en ese momento sale su vecina del B, la viuda, pobre piensa Sandra, qué vieja y horrible que es. Las dos se saludan y suben juntas al ascensor. Sandra le dice a la viuda que se le ve muy bien y la anciana se lo agradece. La viuda lleva una bolsa llena de pedazos de pan. Sandra le pregunta si está yendo al parque a dárselos a los pájaros. La anciana le dice que sí, que la mitad es para los del parque, pero la otra es para las gaviotas y los estorninos, antes de que los halcones los maten a todos. ¿Los estorninos?, ¿qué pájaros son esos exactamente?, le pregunta Sandra. Son como las gaviotas, pero más pequeños, más oscuros, más feos, y a mí me da mucha pena que los vayan a matar a todos, ¿qué daño le hacen a nadie?, le contesta la anciana. Bajan del ascensor y se despiden en la puerta del edificio. Sandra va hacia la parada más cercana. Llega el bus y sube a él. Se escucha una canción de «Operación triunfo» que de inmediato reconoce. Me tengo que comprar el CD, piensa Sandra, y también el de «Gran hermano». Llega a la parada frente a la

oficina. Se baja. Sandra trabaja toda la tarde pensando a intervalos en que va a tener que tomar las pastillas más temprano, estos antidepresivos cada vez surten menos efecto, piensa, y por eso se va al baño con el frasco de pastillas que sacó antes de su chaqueta roja de piel y se toma dos. Piensa que la semana siguiente cumplirá treinta años y que cuando ella era una niña pensaba que a los treinta estaría casada con su príncipe azul y con muchos hijos. Con lo poco que me gustan ahora los niños, dice en voz alta y mirándose en el espejo, bah, no pienso tener hijos nunca, ni hablar, no quiero ponerme como una vaca. Se retoca el lápiz de labios y sale del baño nuevamente a trabajar. Hoy, la mayoría de sus compañeros de trabajo está hablando de las elecciones francesas, jo, pero qué aburridos que sois, les dice, no sabéis hablar de otra cosa que no sea de política, y es entonces que una de sus compañeras le cuenta que se va a hacer una liposucción y Sandra se interesa mucho en el asunto porque ella también está pensando en hacerse una. Umm, no es tan caro como me han dicho, a ver si antes del verano me animo, comenta Sandra. Luego se pone de nuevo a trabajar y se le viene el rostro de Fran a la cabeza. ¿Por qué no me lo puedo quitar de la mente a este tío?, creo que me va a dar algo si no me llama, piensa Sandra. Para olvidarse de Fran abre Internet y se mete al chat. En el chat ella se hace llamar «cachonda» y hasta ahora el nombre le ha dado mucha suerte. Ha conocido ya a varios tíos gracias al chat. Con cuatro se acostó y con cinco salió de copas y se besó. ¿Cómo se llamaba el tío? Intenta recordar el nombre del primero que conoció en el chat, pero le es imposible, solo recuerda que no le gustó pero que igual terminó acostándose con él. Al despertarse él ya no estaba en la cama y nunca más lo volvió a ver. En esa ocasión también pensó que el tío la dejó tirada porque estaba gorda, pero no podía ser, pensaba ahora, en esa época era talla 36. Ahora, con su talla 40 a cuestras, necesitaba cada vez más de su frasquito salvador. Es que sin ellas no soy nadie, nadie, nadie, nadie, piensa Sandra. Luego se acuerda de que ha quedado en llamar a Paula para salir esa noche y le manda un mensaje de texto por el móvil. Luego consulta su horóscopo, que es el nuevo servicio que

ofrece Movistar. Conocerás a alguien hoy día, no desaproveches la oportunidad, dice la pantalla. Genial, me tengo que poner muy guapa entonces, piensa Sandra.

El día de trabajo se acaba y Sandra se dirige a la parada de bus nuevamente. Es de noche ya y está lloviendo. Sandra abre su paraguas y piensa otra vez en sus botas nuevas. Van a joderse del todo, piensa. Enciende un cigarrillo y lo fuma antes de que llegue el bus. Este aparece por la esquina y Sandra piensa que necesita un café si es que quiere salir con Paula, con lo cansada que está. En el bus están con otra canción de «Operación triunfo» y piensa que de mañana no pasa la compra de su CD. Se baja cerca de su edificio. Ve que la chica que estaba esta mañana en el estanco, la sudamericana, también se baja con ella. Ve que lleva el pelo un poco sucio, una mochila un poco rota y que sus pantalones están un poco viejos. Pobre piensa, y con lo mona que es. Al cruzar la calle ve al africano de la mañana, que nuevamente le ofrece un *pin*, un collar y entonces dice no gracias con una sonrisa nerviosa. Entra a su edificio, llega a su piso y enciende todas las luces porque nunca le gustó la oscuridad, y menos desde que vive sola. Enciende la tele y están con las noticias. Mira su reloj y ve que ya son las ocho y media. Joder, piensa, y tengo que ducharme, secarme el pelo, maquillarme y estar a las diez menos cuarto en el bar. Decide estar despampanante esta noche, porque tiene que ligar con alguien para olvidar a Fran. Además, ya lo anuncia su horóscopo. Se dirige a su armario y saca la minifalda nueva. Con esto quién no va a ligar conmigo, piensa. Saca también sus pantis negros y sus botas negras, que siempre dan buenos resultados. En el telediario hablan otra vez de la crisis de Medio Oriente, de un terremoto que Sandra ignora porque está duchándose, de las elecciones francesas, del aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial, de la patera interceptada, del crimen del peruano, de la huelga en Italia y de un caso aún sin resolver, al que Sandra no presta atención porque la televisión está en la cocina y ella está encerrada en el baño secándose el pelo. Me lo voy a poner liso, piensa Sandra, mientras en el telediario hablan del caso aún sin resolver, ligo mucho más con el pelo liso que con mis rizos naturales, piensa Sandra,

y sin escuchar la televisión se puso a llorar sin motivo aparente, como todas las noches frente al espejo, cuando se veía las arrugas y las canas que le iban saliendo a pasos agigantados y piensa que tal vez es por culpa de estos llantos que tiene tantas arrugas en el contorno de los ojos y piensa que el frasquito no le está sirviendo de mucho últimamente y que tal vez debe elevar la dosis recomendada, y es entonces que escucha la música del telediario que se está acabando y se queda en definitiva sin escuchar el caso sin resolver pero eso sí apaga la secadora para escuchar el informe del tiempo y confirmar las lluvias en toda España y no dejar de alegrarse un poquito porque Paula que le había dicho que estaba gorda no iba a poder tomar el sol en Ibiza.

Sandra se seca las lágrimas para maquillarse y luego se viste rápidamente, porque se le está haciendo tarde y a diez menos cuarto tiene que estar en su cita con Paula. Una vez lista enciende un cigarrillo y se sienta a fumarlo mientras ve unas imágenes en la televisión que Sandra no sabe a qué corresponden porque tiene el rostro de Fran frente a ella, diciéndole que la mierda se expande. Apaga el cigarrillo y piensa que ya no debe pensar en nada, que pensar no es bueno. Coge su bolso y sale de su piso, de su edificio, de su calle, de sus pensamientos, y ya no piensa en nada hasta llegar al bar, donde está Paula esperándola con otras dos amigas y con unos tíos que acaban de conocer. Bien, piensa Sandra, que se vaya a la mierda el tal Fran.

La viuda del B también estaba escuchando el telediario, pero ella no estaba secándose el pelo y por eso prestó atención a las noticias. El caso sin resolver fue el que más recordó esa noche la anciana mientras se hacía su manzanilla y comía dos magdalenas. Un joven de treinta y tres años se había quitado la vida hacía dos semanas en aquella ciudad de España. Respondía al nombre de Francisco Vega y se supo de su muerte gracias a que un vecino se dio cuenta de que la misma música de Beethoven no dejaba de sonar durante dos semanas en el piso del fallecido, además de haber un olor terrible que provenía de debajo de la puerta. Fue entonces que el vecino llamó a la policía y encontraron el cadáver comple-

tamente descompuesto encima de la cama, rodeado de cientos de gaviotas y sobre todo de estorninos, que al parecer habían entrado por la ventana. Lo que la policía no se explicaba era por qué los pájaros no se habían alimentado del cadáver, sino que se encontraban en actitud pasiva alrededor de él, como acompañándolo. El vecino aseguró que el fallecido era un poco raro y solitario, pero que era una buena persona. De su familia el vecino no sabía nada, de si tenía novia tampoco, es que él era solo mi vecino, yo no sabía nada acerca de su vida personal, respondió ante las autoridades. Francisco Vega había dejado una carta al lado suyo, que estaba intacta a pesar de la presencia de los pájaros. En ella se leía un mensaje extraño: LA MIERDA SE EXPANDE. ¿QUÉ CULPA TIENEN LOS ESTORNINOS?

Al día siguiente, Sandra amanece en su cama con un hombre que conoció alrededor de las cuatro de la mañana en un bar, y piensa que el horóscopo de Movistar realmente funciona. Mientras, a unos cuantos metros de distancia, en el B, la anciana espera que el telediario se ocupe nuevamente del caso sin resolver. Pero no, esta vez el telediario se concentra en la Operación Salida durante el puente y en el triunfo del Valencia en la Liga. La anciana apaga entonces la televisión y se asoma por la ventana. Ve a unos halcones volando en el cielo. Y a ninguna gaviota. A ningún estornino. La mierda se expande, piensa la anciana, la mierda se expande.

### III

*La misma línea  
Del ocaso es el  
Horizonte de la  
Aurora.*

LUIS HERNÁNDEZ

*Siento  
nostalgia, casi  
ansiedad de un Infinito,  
pero humano, a nuestra  
medida.*

ERNESTO SÁBATO



## EL DÍA QUE CONOCÍ A LUIS BUÑUEL

ANOCHÉ CONOCÍ A Luis Buñuel. Iba yo muy campante por la calle, una calle cualquiera, con faroles, ventanas, puertas, historias detrás de cada ventana y cada puerta, plantas asomándose por los balcones, iban tan campantes mis zapatos haciendo ruido por una calle cualquiera, una calle llena de sombras y de luz al mismo tiempo, cuando de pronto, en una banca de la calle, una banca cualquiera, vi que estaba sentado Luis Buñuel. Sí, el mismísimo. Yo me dije, pero esto es imposible, Buñuel ha muerto. Pero no, él estaba sentado ahí, en una banca cualquiera, en una calle cualquiera, con su boina y leyendo un periódico. Advertí también que esta era una calle cualquiera pero no tanto, porque anoche no había nadie en la calle, sólo Buñuel y yo. Tuve que tomar una decisión importantísima en una fracción de segundo, me acerco o no me acerco, se lo digo o no se lo digo. Pues sí que me acerco. Y también se lo digo. Y así lo hice.

—Buenas noches señor Buñuel. Quiero decirle que yo a usted lo admiro mucho, pero también tengo que decirle que usted tiene la culpa de todo.

Buñuel levantó la vista de su periódico y me miró fijamente con sus ojos de loco, bueno, uno era de loco, el otro de persona distraída. Dejó el periódico sobre la banca y cruzó los brazos. Luego me dijo:

—Buenos días señorita, no buenas noches, ¿es que usted no se da cuenta acaso del sol que está haciendo el día de hoy? Estos jóvenes están cada día más ciegos, más ciegos, ya ni siquiera saben distinguir el día de la noche.

Efectivamente, anoche conocí a Luis Buñuel pero no me había dado cuenta de que era un maravilloso día de sol y calor. Lo miré con rostro avergonzado por no haberme dado cuenta de la realidad de las cosas en ese momento.

—Lo siento señor Buñuel, es que cuando yo salí de mi casa era de noche, por eso le dije buenas noches.

—Sí, sí, ya lo sé, la eterna historia de yo salí de mi casa y era de noche, y por eso es de noche, o yo salí de mi casa de día y por eso es de día, o bien yo me puse un par de zapatos negros y por eso ahora tengo zapatos, ¿no es así señorita?

Al decirme lo de los zapatos me di cuenta de que mis pies estaban descalzos sobre el asfalto y que estos se estaban quemando bajo el sol de este día. Yo recordaba haberme puesto zapatos antes de salir de casa, y eso era una prueba de que yo tal vez nunca salí anoche de mi casa, o que tal vez nunca estuve en mi casa.

—Tiene usted razón señor Buñuel, yo me puse unos zapatos negros antes de salir de casa y ahora estoy descalza. Con esto confirmo una vez más que usted y sus amigos surrealistas tienen la culpa de todo —le dije con firmeza.

—¿Mis amigos surrealistas? Yo hace tiempo que no me hablo con ellos, están todos muertos —me contestó un tanto enfadado.

—Y usted, señor Buñuel, ¿no estaba muerto también? —pregunté valientemente.

Buñuel pareció incomodarse ante mis últimas palabras y después de tragar un poco de saliva y acomodarse el audífono en su oreja, miró al horizonte y luego me miró con dureza.

—A ver señorita, ordenemos nuestro discurso. Para empezar, deje usted de llamarme señor, dígame Luis y ya está, que tampoco soy tan viejo. Segundo, si yo estoy hablando aquí con usted debe ser porque no estoy muerto ¿no le parece a usted? —y luego de decirme esto abrió mucho el ojo izquierdo, el ojo de loco.

—Pues sí señor Bu..., perdón, quería decir Luis. Entonces tal vez se equivocaron cuando lo dieron a usted por muerto en México —dije tímidamente.

—¡Ah! Allí en México son todos unos mentirosos, no se puede uno fiar de nadie, ¡de nadie! Te sacan la pistola y con eso se arregla todo. A mí me dijeron un día, hoy día te mueres y pues muerto estuve, en mi cama, muy tranquilo eso sí, no me puedo quejar, estaban Jean y mis hijos acompañándome en todo momento, y claro, me morí. Pero eso no quiere decir que yo me haya realmente muerto. ¿Entiende usted señorita? —y esta vez me abrió mucho el ojo derecho, que es el distraído.

¿Entendía yo realmente lo que me estaba diciendo Luis Buñuel? Pues creo que sí. Y no solo eso, había más cosas que de pronto parecía comprender, o tal vez recordar que alguna vez las comprendí. Por eso, habiendo pensado en ello solo unos cuantos segundos, le contesté con certeza:

—Sí, sí, claro que lo entiendo, como también entiendo lo del día y la noche, y los zapatos y la felicidad, y todo eso que se enreda tanto y se comprende poco.

—Muy bien señorita, veo que vamos entendiéndonos. ¿Usted no será la chica esa que ha estado persiguiéndome desde hace más de diez años, desde el momento que vio por primera vez «El perro andaluz» allá en Lima? ¿Ah? ¿No será

usted? En esa época usted no pensaba que yo tuviera la culpa de nada, todo lo contrario, usted pensaba que yo le había abierto los ojos.

Vi entonces frente a mí a esa luna y esa nube, ese ojo infernal y ese cuchillo aún más luciferino. ¿Así que él lo sabía? Pues sí, en esa época yo pensaba que me había abierto los ojos. Además de manera tajante. Tan tajante como ese cuchillo. Tanto así que hasta hice una película terrible de diez minutos, una película surrealista, en honor a mi abuelo a quien suponía muerto como a Luis Buñuel, pero que tampoco lo estaba. «Playa Destino» se llamaba la película terrible. Y Buñuel lo sabía. ¿Sería mi abuelo el que se lo contó ahí detrás de la puerta que se cierra al final de mi película? Y casi inmediatamente después de haber pensado en ello, Buñuel dio respuesta a la pregunta que me hice en silencio, como si fuera capaz de leer los más íntimos pensamientos.

—Sí, señorita, su abuelo, que es una persona muy divertida por cierto (le gusta mucho el vino como a mí), me lo ha contado todo. Me habló de su destino y me he dado cuenta de que usted ha olvidado su película, a su abuelo y también a mí. Me lo contó el mismo día que cerró esa puerta al ritmo del piano (muy bien elegida la música de su película por cierto). Ahí lo estaba yo esperando con un buen vinacho para celebrar. Y usted estaba ahí trepada en su bicicleta y tratando de encontrarse consigo misma, con su infancia y su futuro incierto. Hasta ahí muy bien todo. ¿Y después? El arte no solo sirve para entretener a los cuatro gatos a los que les gusta; el arte sirve para tratar de ser una mejor persona, para ser uno mismo al fin y al cabo; y al referirme a *mejor* debe saber muy bien que no hablo de todos aquellos valores caducos que usted y yo conocemos, hablo de la autenticidad de nuestros actos, hablo de la posibilidad de vivir de acuerdo con nuestros deseos, nuestros más profundos deseos. Y eso usted lo sabe muy bien. O sea que no me venga ahora a echar la culpa de nada.

Luis Buñuel me había dejado muda. Esta vez no fui capaz de contestarle. Ahí estaba yo, absolutamente indefensa y quemándome los pies. Él conocía todos mis secretos, los que incluso yo había olvidado. Y también conocía a mi abuelo, con quien se tomaba sus vinos de vez en cuando. Qué vida esta. Qué limitada es nuestra realidad. Pero cuando uno menos se lo espera aparece alguien para mostrarte la verdad de las cosas. Y quién mejor que Luis Buñuel. El mismísimo. Con su ojo loco y su ojo distraído. Al no saber qué responderle decidí averiguar acerca de mi abuelo:

—Luis, tiene razón de todo. Usted no tiene la culpa de nada. Me ha dejado casi sin palabras. Nunca más voy a blasfemar de usted y de sus amigos surrealistas. Se lo juro por mi abuelo... a propósito... ¿cómo está él? Desde mi película terrible que no sé nada acerca de su vida.

—Bien, bien, nos vemos una vez a la semana y siempre me habla de usted. Se preocupa mucho por su vida pero como él no puede venir a verla me ha mandado a mí. Sabe que usted me tiene confianza. O sea que como verá, no ha sido una simple casualidad que hoy día me encontrara aquí en esta banca... Pero qué maleducado que soy, ya ve, estas son las malas costumbres surrealistas, en ningún momento le he dicho que se siente. Siéntese por favor, que debe estarse quemando los pies.

Y me senté, porque efectivamente me estaba quemando los pies desde hacía un buen rato. Antes de sentarme, Luis Buñuel me sonrió con los dos ojos muy abiertos y apartó el periódico para hacer más espacio en la banca. Luego miró la hora en su reloj.

—Debo irme. Ya es hora. Y voy a dejar de tratarla de usted. No olvides todo esto que te he dicho. Y sí, tú también tienes razón en algo. Efectivamente, todo este asunto del día y la noche y los zapatos y los ojos y el cuchillo tienen que ver

con la felicidad, con TU FELICIDAD. La gente comprende poco y se aburre mucho... Bueno, me voy. Te regalo mi periódico. Y la próxima vez sal con zapatos para que no te quemes los pies.

Y Buñuel me extendió la mano. Y yo le extendí la mía. Luego me sonrió y se fue. Sí, se fue. Se levantó de la banca y caminó por la calle hasta desaparecer. Yo me quedé sentada, absolutamente incapaz de moverme. Estaba realmente emocionada. Había conocido a Luis Buñuel. Sí, el mismísimo. Y se preocupaba de mi felicidad. Luego me quedé dormida sobre la banca, sintiendo el sol calentando mi rostro. Soñé con un mar inmenso y tranquilo, y me sentí flotando en un bote a la deriva, sin mayor preocupación que la de seguir flotando y que mi rostro estuviera siempre caliente. El bote pasó por una puerta inmensa y al levantar el rostro y abrir los ojos me vi de chiquita en mi bicicleta, en un paseo marítimo como aquel de mi película terrible, era el de La Punta nuevamente, aquel balneario que había jugado un papel tan importante en la historia de mi familia. Luego me desperté y el sol estaba ocultándose. La calle estaba ya un tanto oscura. Probablemente había dormido toda la tarde. Caminé hacia mi casa con el periódico de Luis Buñuel bajo el brazo, con los pies descalzos y fríos, pero con la sensación de haber nacido de nuevo. Supe que no estaba sola y tampoco equivocada, y al ritmo de un piano dramático abrí la puerta de mi casa, entré sin mirar atrás y la cerré. Como en mi película terrible. Solo entonces supe que esta puerta no solo era la de la muerte sino, también, aquella de la vida.

## NOVECENTO I

*Realmente esta historia no empieza al inicio del siglo XX, como todos podrán suponer. Empieza a finales, cuando yo encontré aquel primer baúl. Digo esto porque también encontré un segundo baúl, pero en la casa de mi otra abuela. No sé si todas las mujeres tenían antes baúles donde guardaban celosamente todo aquello que no podían ver ni sus maridos ni sus hijos, pero es una casualidad que todos los secretos de mis dos abuelas estén escondidos en baúles, y que ambos hayan sido encontrados por la nieta. Es como si hubieran sabido que alguien los tenía que encontrar y abrir, y que ese alguien iba a ser una persona querida y también del sexo femenino. Digo esto porque el orden de las fotos, dibujos, documentos, poemas, cuentos, cartas, tarjetas, anotaciones y pensamientos, dejaba sentir esta intención a futuro: todo perfectamente explicado e incluso hasta decorado, con mucha ternura, a modo de testimonio de su temprana juventud. Ambas están muertas y nunca podré preguntarles si realmente lo que pienso tiene algún sentido. Solo sé que es necesario que les transmita lo que había en aquellos baúles, pero no a modo de lista de enseres, sino a modo de relatos, tal como seguro lo hubieran hecho ellas si hubieran sido la nieta.*

### El baúl de Rosa (o recuerdos de la mamamama)

Se llamaba Rosa y vino a este mundo en el año 1900. Nació una noche despejada de invierno y luna llena. Rosa era hija de un pobre pescador gallego y una

andaluza de mucho carácter, que lo ayudaba a vender el pescado que él traía todos los días cuando se hacía a la mar. Rosa tenía una hermanita que nació a los dos años y creció como ella, entre redes y olor a sal. Rosa, como muchos en aquel pueblito de la costa norte del Perú tan alejado de la mano de Dios, era hija de inmigrantes españoles, que escaparon del hambre de su país y que, en este caso, siguieron viviendo en la miseria al otro lado del charco porque así lo quiso el destino. Rosa recordaba, muchos años después, que su padre incluso hablaba otra lengua que la gente del lugar entendía poco, la lengua de *a miña terra*, solía decir él, y recordaba también sus intensos ojos verdes que brillaban más en el día, con la luz y el reflejo del mar. Su madre en cambio, no hablaba la lengua extraña de su padre, y a pesar del maltrato del sol del ecuador sobre su rostro, poseía una piel que no delataba su edad y además un pelo negro larguísimo, que solía peinarlo por las noches antes de acostarse y que a Rosa le encantaba adornar con flores hechas de papel. Dormían todos juntos en una sola habitación llena de humedad, que también funcionaba como la cocina de la casa y desde donde se podía escuchar todas las noches el llamado de los barcos, las olas rompiendo sobre las rocas de la orilla y el andar nocturno de algunos pescadores. También solía verse la luz del faro, que se metía en la habitación y hacía imaginar a Rosa otros mundos, más allá de las estrellas y la luna, que eran las dos cosas que más le llamaban la atención. ¿Qué son esas lucecitas?, le preguntaba a su madre, y ella siempre le decía que eran otros niños que aún no habían nacido. ¿Y la grande entonces, la luna, también es un niño?; no, ella es la madre de todos esos niños que son estrellas hasta que nacen y se convierten en hijos de otra madre, como yo, que me hice tu madre cuando naciste, ¿y entonces antes yo era una estrella?, eras la estrella más grande del cielo de este pueblo Rosita, la más grande y la más bonita. Y solo entonces Rosa aceptaba ir a dormir. Luego, en sueños, se convertía en una estrella, volviendo a tiempos remotos anteriores a su nacimiento, y despertaba cada mañana con el ruido de su padre que salía a pescar al amanecer, justo cuando el primer rayo de sol entraba por la ventana.

Luego su madre se ponía a preparar el desayuno, y Rosa y su hermanita se hacían las dormidas porque les encantaba ser despertadas por su madre, que les daba un beso en la frente, les quitaba la frazada y les hacía cosquillas, siempre en ese orden y con la intención de tenerlas en pie rápidamente. Después venía el desayuno, que solía ser frugal y poco consistente, ¿no hay más mami?, no hijitas, no hay más, ya saben que somos pobres. Y con hambre en el estómago, las dos niñas se vestían con la misma ropa del día anterior y ayudaban a su mamá a preparar el pescado para venderlo en la plaza del pueblo.

Hasta que un día vino una señora a comprarles pescado, y esas niñas tendrían que estar en la escuela, que si no, se van a quedar analfabetas, dijo, y la madre de Rosa, que tenía mucho carácter, le respondió de mala manera a esa señora bien vestida, y qué le importa a usted lo que yo haga con mis hijas. Pero al día siguiente las vistió con la ropa que solo usaban el domingo para ir a misa y las mandó a la escuela. Rosa y su hermanita se sentaron al fondo de la clase, aterrorizadas ante el cambio abrupto de vida, y la maestra las obligó a presentarse ante todos sus compañeros, diciendo sus nombres, la edad y cómo se llamaban sus padres. Son las pescadoras, dijo un niño a otro en la primera fila, ¡silencio!, gritó la maestra, y su papá habla raro, le dijo una niña a otra en la segunda fila, ¡silencio, que los voy a castigar!, gritó la maestra por segunda vez. ¿Nos podemos sentar?, preguntó Rosa, y la maestra le dijo que sí. Después de este primer día de clase, Rosa y su hermanita no quisieron ir a la escuela, pero su madre les dijo que esa señora tenía razón, que si no iban su destino era ser unas analfabetas como ella y el padre, que no fueron a la escuela en España y menos aquí, qué vergüenza, qué íbamos a estudiar a los veinte años que fue cuando nos conocimos en el barco, por eso tienen que ir, que ya me las arreglo yo con los pescados. Y a partir de ese momento los sueños de Rosa ya no estaban tan plagados de estrellas y la mañana no empezaba tanto con el rayo de sol en la cara, porque a Rosa y a su hermanita nunca les gustó ir al colegio, pero no porque no les gustara estudiar, tampoco porque la maestra fuera mala, sino porque siempre

había unos niños, esos, los del primer día, que venían tan limpiecitos y bien vestidos, que se burlaban de sus pies descalzos y su ropa vieja, hueles a pescado le decían a Rosa, y ella no podía contestar nada, solo salía corriendo y se escondía en la parte trasera de la escuela, oliendo su ropa y tratando de descubrir si lo que le decía ese niño era cierto. Se olía las mangas y la parte delantera del vestidito, pero nada, ella no olía a pescado, o tal vez era que estaba tan acostumbrada al olor que no se daba cuenta.

La andaluza y el gallego se sintieron felices y orgullosos de ver a sus hijas leyendo al año siguiente. Luego, las niñas empezaron a escribir y a hacer cuentas, y al poco tiempo hasta intentaron enseñarle a leer a su madre, que se negó rotundamente, por vergüenza, y también por cansancio, a estas alturas qué me van a enseñar nada a mí, ya me quedé burra, quién lo iba a pensar, mis hijitas, tan pequeñitas y ya quieren ser mis maestras, pero mamá, vas a ver lo fácil que es, estoy muy cansada hijitas, muy cansada. Y Rosa veía que su madre estaba realmente cansada, ya que se quedaba dormida mientras hablaba, y eso que tenía solo treinta y tres años. Y luego ocurrió la desgracia. Sí, la desgracia que dejó a su madre cansada y triste para siempre. Fue una noche de luna llena, como aquella que la trajo al mundo convertida en niña después de haber sido estrella durante siglos. Su padre había salido a pescar esos peces que solo aparecen de noche, había ido con tres pescadores más en un botecito que no era del todo resistente. Rosa no lo había visto irse en la noche y la última imagen que tuvo de su padre fue aquella del día anterior, cuando lo vio montado sobre su burro, bajo un sol infernal que se reflejaba con toda su furia sobre la arena blanca, con los peces colgando de unas cuerdas, casi llegando hasta el suelo y limpiando la arena con sus narices. Fue una visión casi de sueño en medio del sopor del mediodía, y Rosa nunca supo si realmente esa fue la última imagen de su padre o la última imagen que ella hubiera querido tener de él, ya que ella quería mucho a ese burrito y le enternecía ver a su padre con él, y a esos peces enormes, desconmutales, que a veces traía del mar turquesa de verano. La noche que salió con

sus compañeros, el gallego solo se despidió de su mujer de larguísima melena negra porque sus dos hijas estaban durmiendo. Ya nunca más volverían a verlo. Se lo llevó el mar que tanto quería. Solía decir siempre que no era él quien quería al mar, sino que era el mar el que lo quería a él, y que no podía por eso traicionarlo y había que seguir pescando hasta que Dios le diera fuerzas. Tanto lo quería que no lo devolvió nunca. Quién sabe si hasta cruzaría el charco de vuelta a su origen lejano en tierras lluviosas y tan poco cálidas.

Cuando el mar se llevó a su padre, Rosa asumió unas responsabilidades que no le correspondían a sus 12 años. Decidió dejar la escuela y ayudar a su mamá, que cada día estaba más cansada y más triste. Lo del pescado era ahora un mal negocio, si es que nadie iba a pescar en la familia. Entonces Rosa convenció a su madre de que lo mejor era ser costurera, pero yo no sé coser hijita, yo solo sé remendar la ropa vieja, aprenderemos mamá, aprenderemos juntas, de algo hay que comer, y fue así como Rosa aprendió a coser haciéndose aprendiz de una muy conocida costurera del pueblo. Ella miraba y luego lo practicaba en la casa, enseñándole las técnicas a su madre, que aprendía todo pero desgánadamente, y a su hermana, que lo tomaba como un juego y no se daba cuenta de la miseria que se les venía encima si no aprendían un oficio enseguida. Rosa estaba sola en su deseo de salir adelante, pero lo consiguió, y a los 14 años ya era la aprendiz más aventajada y mucha gente rica del pueblo le encargaba vestidos a ella cuando la costurera no tenía tiempo suficiente. Su madre se limitaba a pegar botones y a alcanzar los materiales, y su hermana la ayudaba a comprar todo lo que necesitaba pero carecía de gusto para la costura. La artista era entonces Rosa, que incluso dibujaba los vestidos que le encargaban, dándole siempre un toque personal que hacía que los clientes se sorprendieran de su originalidad y regresaran siempre a encargarle más ropa, por carnavales, por una boda, por la primera comunión, por el santo de fulanito, por la fiesta de menganito, era sorprendente ver cuántos eventos se podían dar en la vida de una familia burguesa que ameritaban la confección de un vestido nuevo.

Rosa estaba perdiendo su adolescencia, así como también había perdido parte de su infancia, y se estaba haciendo adulta antes de tiempo. Pero había encontrado una actividad que le gustaba, realmente ella disfrutaba cosiendo. Luego vino la segunda desgracia. Su hermana empezó un buen día a decir cosas raras, a hablar sola a cada momento, también veía cosas y escuchaba voces. Gritaba por las noches, y Rosa tenía que despertarla de horribles pesadillas que la acosaban cada día más. Su madre parecía no darse cuenta de nada, estaba ensimismada en una profunda tristeza que no la abandonaría hasta el día de su muerte, muchos años después, por lo tanto Rosa era la única que podía hacerse cargo de su hermana y su enfermedad. Consultó al boticario y él le dijo que tal vez se trataba de una enfermedad mental, que para curar esas cosas tendría que ir a la capital, que allí en el pueblo solo podría conseguir médicos que le recetarían brebajes para dormirla todo el día. Rosa no podía ir a Lima, que decían que era una ciudad muy bonita, llena de estatuas de mármol y paseos elegantes, con plazas majestuosas, llenas de balcones impresionantes, era una ciudad de gente rica y bien vestida, yo qué voy a hacer ahí, pues en Lima hay un hospital para enfermos como su hermana, o sea que piénselo, si no, le puedo recetar unos calmantes, pues démelos, que no puedo hacer otra cosa por el momento.

Una vez más, Rosa se hizo responsable de la casa. A estas alturas, la cabeza de aquella familia era realmente ella, que se ocupaba de una madre triste y una hermana enferma. Tenía pocas amigas porque no tenía tiempo para ir a dar vueltas a la plaza con ellas, o a conversar en la puerta de las casas antes de que se pusiera el sol, como todas las chicas de su edad. Siempre que se encontraba con ellas la invitaban a conversar un rato pero ella nunca podía, tengo que trabajar, decía, tengo tres vestidos por terminar, pero Rosa, trabajas mucho, tienes que descansar un poco, ojalá que puedas ir al baile aunque sea.

El baile. Era el evento más importante del verano en aquel pueblo. Las calles eran adornadas con guirnaldas y flores, y todas las casas se ponían de gala. Las chicas en edad casadera eran las que más esperaban este momento del año, porque

aquí podrían conocer a su futuro esposo, y preparaban durante varias semanas el vestido y los zapatos para la ocasión. También ensayaban el peinado que llevarían, como si fueran unas novias a punto de casarse, y bailaban a escondidas valeses y *fox-trots*, para ir preparadas a la fiesta y no hacer el ridículo. Rosa tuvo que hacer muchos vestidos y no tenía entre sus planes ir al evento más importante del verano en aquel pueblo, pero en el último momento, viendo cómo todas las chicas salían con sus vestidos encantadísimas y llenas de ganas de disfrutar del baile, ella se animó también a ir a la fiesta. Se puso un vestido que acababa de terminar para otra persona y otra fiesta, y se dijo que ya cosería otro igual al día siguiente, pidió prestados unos zapatos que le hicieran juego y se peinó con coquetería, y por única vez en mucho tiempo se dio cuenta, mirándose al espejo, que tenía el rostro de su madre cuando aún era feliz. Tenía además la larga melena negra heredada de ella y un cutis blanquísimo que contrastaba con el cabello tan oscuro. Antes de salir de casa se olió las mangas, manteniendo la costumbre que tenía arraigada desde la infancia, y no, no olía a pescado, Rosa olía a perfume de flores. Llegó al salón de baile, que ya estaba lleno de gente, y fue a los pocos minutos que lo vio. Allí estaba, apoyado en una columna, elegantísimo, mirándola y sonriéndole. Turbada, Rosa bajó la cabeza, ya que nunca la había mirado un hombre de ese modo. Cruzó el salón al ver a unas amigas y las saludó un tanto nerviosa, siempre pendiente, de reajo, de aquel hombre que la había mirado. Nunca había visto un hombre tan guapo en toda su vida. A los pocos minutos vio que se acercaba a ella, se presentó, muy buenas noches, me llamo Juan y quisiera tener el honor de bailar con una muchacha tan hermosa como usted, y entonces bailaron un vals, otro, toda la noche bailando con este hombre, que a cada minuto que pasaba le hacía olvidar la vida tan poco juvenil que llevaba; además, se estaba sintiendo enamorada por primera vez, y Juan no solo era guapo, también era encantador y además de Lima, y entonces Rosa pensó que seguro que todos en la capital eran así de guapos y encantadores. Juan tenía recién una semana en el pueblo y había venido a trabajar enviado por

una compañía, y Rosa pensó inmediatamente que entonces podría verlo de nuevo y se sintió más feliz que nunca en sus 15 años de vida. Al terminar el baile, Juan la llevó a la puerta y se ofreció a acompañarla hasta su casa, pero Rosa, por vergüenza de su pobreza, no aceptó ser acompañada a su hogar al borde del mar, y se fue con sus amigas, que también eran humildes hijas de pescadores. Quedaron en verse al día siguiente en la plaza del pueblo, para dar un paseo. Las amigas de Rosa la acosaron a preguntas inmediatamente, y qué te dijo, y de dónde es, y ¿es rico?, y ¿cuándo se van a ver?, y Rosa, en su felicidad adolescente, contestó a cada una de las preguntas e interrogantes de sus amigas hasta llegar a la puerta de su casa. Esa noche no fue capaz de dormir. Estuvo mirando las estrellas por su ventana y la gran luna llena que resplandecía en un cielo completamente despejado. No pudo pensar en otra cosa que no fuera Juan, su rostro, su voz, sus manos, mientras observaba ese cielo que la había acompañado desde su infancia a través de la misma ventana.

Una semana después, Juan le pidió a Rosa que se casara con él. Y ella aceptó. Fue una boda casi inmediata, en medio de la algarabía de todas sus amigas. A su madre la vio sonreír por primera vez después de muchos años. Rosa lamentó no poder compartir esta alegría con su hermana, que se encontraba aislada del mundo y bajo el efecto de muchos calmantes. Juan le prohibió trabajar de costurera y se la llevó a vivir a una casa elegante en la plaza del pueblo. Se ocupó también de darle el dinero necesario para mantener sin problemas a la madre y la hermana, que no quisieron moverse de su casita al lado del mar. La llenó de vestidos caros hechos por otras costureras, joyas, paseos e invitaciones, pero cada vez que ella le decía que quería conocer Lima, él se negaba rotundamente, para qué quieres ir a Lima, allí no hay nada que no haya aquí, es una ciudad muy grande y nada más.

Todas las tardes, Juan exhibía con orgullo a su esposa 15 años menor que él, mientras los dos paseaban en la plaza del pueblo, hasta que una tarde ella se desmayó en medio de la plaza. Rosa estaba embarazada de su primer hijo, que nació un día de primavera y al cual llamó Jorge. Al poco tiempo del nacimiento

de este niño, Juan empezó a ausentarse de casa durante varios días y a comportarse de manera extraña, tengo que ir a Lima por asuntos de trabajo, tú quédate aquí tranquila que con el bebe no puedes moverte mucho. Le puso una sirvienta para que la ayudara, y ella se quedó tranquila haciéndose cargo de su hijo, pero con la sensación de no saber algo importante.

Al año del nacimiento de Jorge, Rosa se desmayó un domingo en misa. Estaba embarazada de su segundo hijo, que nació un día de otoño y al cual llamó Manuel. Era curioso ver las enormes diferencias entre ambos niños, el primero era de piel muy morena, ojos y pelo negros, como Juan, y el segundo era rubio y de ojos verdes como el padre de Rosa, el gallego que vino del mar y murió en él. Al nacer Manuel, Juan empezó a ausentarse cada vez más, y su comportamiento se hacía cada día más extraño, te pasa algo, ¿por qué no me lo cuentas por favor?, no Rosa, no me pasa nada, es imaginación tuya, es que tengo problemas en el trabajo, déjame solo por favor, y así siempre, hasta que un día se despidió de Rosa de manera fría, distante y no regresó. Sin dejar rastro, ni una carta explicativa, nada. Como cuando se fue su padre y el mar se lo quedó para siempre. Pero esta vez no se trataba de su padre, se trataba de Juan, el padre de sus dos hijos, que no se quedó en el mar, sino en Lima.

Juan no solo desapareció definitivamente, sino que se desentendió también de la manutención de Jorge y Manuel. Rosa estuvo a punto de volverse loca tratando de averiguar el paradero de su esposo y fue al cabo de varios meses que alguien por fin se lo dijo: Juan está casado en Lima y tiene como ocho hijos. Te engañó para tener un entretenimiento mientras trabajaba en este pueblo. Ahora está en Lima con su esposa.

Rosa no lloró ni dijo nada. Dejó la casa elegante en medio de la plaza, bajo la mirada atenta de todo el pueblo, se disculpó ante la dueña por no tener dinero para pagarle la renta, cogió a sus dos hijos en brazos y se fue con lo que tenía puesto a la casita frente al mar, la que olía a pescado, la de la ventana desde donde se veían las estrellas. Su madre, con la expresión más triste que antes, la

recibió sin decir ni preguntar nada, y su hermana solo se acercó curiosa a ver a sus dos sobrinos. Rosa fabricó dos camitas para sus hijos con unas cajas de madera que tenía por ahí, y arregló su cama de siempre para dormir en ella. Al día siguiente, dejó a sus hijos a cargo de su madre y fue en busca de trabajo. Tocó las puertas de cada una de sus antiguas clientas, que ya no la miraron con el rostro de alegría de antes, cuando les hacía los vestidos para sus fiestas, sino como quien mira a alguien que ha cometido una grave falta, alguien que tiene dos hijos pero no un marido a principios del siglo veinte, y una señora incluso se atrevió a decir, antes de tirarle la puerta en la cara, esta mujerzuela, seguro que la han dejado por sucia, por infiel, no hay más que ver a sus dos hijos, no se parecen en nada, seguro que al pobre de su marido lo engañaba con otro, no se puede uno fiar de estas costureritas, que con sus caras de mosquita muerta son un peligro para la gente honorable y de bien.

Rosa llegó a su casa ese día con solo un vestido de encargo, y de esta señora también tuvo que aguantar la mala cara aunque no dijera nada, y justo al llegar a su casa, antes de entrar, se olió la manga y la parte delantera del vestido, como para no perder la costumbre infantil y como para no dejar de ser niña nunca, una niña que olía a pescado y que creía haber nacido de una estrella. Esa noche, Rosa vio la luz del faro que ya casi había olvidado, escuchó los pasos de los pescadores, el rumor de las olas y vio a través de la ventana una luna llena enorme, igual de hermosa como aquella que brilló el día que vino al mundo convertida en niña. A nacer de nuevo, se dijo, al sentir la luz azulina sobre su rostro.

## NOVECIENTO II

*NO SÉ SI ES POSIBLE decir que en un baúl se puede encontrar un sombrero, unos guantes, un bastón y un otorongo, pero en este caso hay que decir que así fue. El otorongo por supuesto no estaba vivo, sino que era una hermosa pintura en un lienzo. También hay que decir que el sombrero, los guantes y el bastón no eran de mi abuela sino de mi bisabuelo, y que debido a la existencia de ellos es que fui capaz de reconstruir aquella historia que se remonta incluso al siglo XIX. Gracias a ellos y al resto del contenido del baúl, que como aquel de mi abuela Rosa, guardaba un sinfín de objetos que no solo me permitieron reconstruir sino, también, imaginar una vida en tierras verdes y salvajes que me son ajenas del todo.*

### El baúl de María Luisa (o recuerdos de la abuelita Yuju)

Es un atardecer en el río Amazonas. Probablemente no existe un atardecer más hermoso en el mundo. El cielo se convierte en un carnaval de colores y los pájaros selváticos empiezan a invadir el espectáculo con su bulla. Todo es armonía en el río a la hora del crepúsculo, pero de pronto vemos algo que desentona con esta paz salvaje y primigenia: un sombrero, unos guantes y un bastón, tres elementos de un mundo civilizado, occidental y burgués de principios de siglo. Estos tres elementos, ajenos a un atardecer en el río Amazonas desde el inicio de los tiempos, están puestos con sumo cuidado al borde de uno de los muelles

que dan al río. El que los puso está ya al fondo de sus aguas, por decisión propia. María Luisa decide guardarlos como único recuerdo de su padre.

Se llamaba Ludwig, antes de morir en las aguas del río, y era hijo de un judío alemán que había llegado a la selva del Perú en el siglo XIX, buscando fortuna en la explotación del caucho, como tantos otros europeos. Su hijo heredó el negocio pero no el apellido, que se castellanizó como el de casi todos los aventureros de pelo rubio y ojos azules alucinados que llegaban a la selva en busca de aquel Dorado que realmente nunca encontraron los españoles. Ludwig era amigo del mismísimo Fitzcarraldo, que antes fue Fitzgerald, y compartía con él el deseo de llevar a Caruso a Iquitos y construir un Palacio de la Ópera a cualquier precio. Pero Ludwig nunca imaginó que su amigo incluso llegaría a cruzar un barco por encima de una montaña para llevar a cabo su sueño; estaba en definitiva más loco que él, pensó. El padre de María Luisa no solo era un aventurero, también era un gran mujeriego, y aunque parezca increíble, este hecho desencadenó una guerra familiar que hasta otorongo llevaba incluido. Sí, un otorongo que le llevaron a María Luisa, sus dos hermanas y su madre, para ahuyentarlas de la gran hacienda que como treinta herederos querían disputarse. Lo cierto es que Ludwig engendró a María Luisa al lado del Amazonas, así como a sus otras dos hijas, pero a lo largo y ancho de la selva había engendrado otros hijos, con otras mujeres que no eran su esposa, una india de rasgos duros y tez muy oscura que nunca volvió a hablarle a su marido después de saber de sus aventuras con tantas otras mujeres. Incluso se sabía que en un viaje a Nueva York en barco, en el cual iba el joven y pudiente matrimonio con sus tres hijas pequeñas, Ludwig no pudo contener la tentación de tener un romance con otra mujer, y fue entonces que aquella india de rasgos duros se quedó en el primer puerto y nunca conoció Nueva York. Ni siquiera se despidió de su marido. Allí iba la india bien vestida y derrochando personalidad, bajando de un barco en Panamá con sus tres hijas, blancas como el padre pero con los ojos rasgados y el pelo oscuro de la madre, pidiendo un pasaje para volver a la selva peruana de donde nunca debió

haber salido. Por esta razón, María Luisa casi no conoció a su padre, porque este se quedó en Nueva York unos años, con la mujer del barco o con cualquier otra, eso nunca se supo, y regresó a su hacienda cuando esta ya estaba casi en ruinas en vista del abandono del dueño y después del *crash* económico de finales de los años veinte. Ludwig tenía todo su dinero en cuentas alemanas, que se habían convertido en nada de la noche a la mañana, y la desesperación de saberse en la ruina más absoluta lo llevó a ponerse una tarde su mejor sombrero, sus mejores guantes, su mejor bastón, todo él de blanco, todo Klaus Kinski al inicio de la película, cuando aún estaba limpio y no lleno de barro y despeinadísimo; y a buscar a su amigo Fitzcarraldo esa tarde en el casino, para contarle sus penas económicas, y se encontró con un hombre lleno de planes imposibles, Fitzcarraldo sí que seguía siendo un aventurero de verdad, pensó por última vez, sin ni siquiera imaginar que incluso se convertiría en un personaje de película en el futuro; luego dejó el casino, dio un paseo por Iquitos, se encontró con algunos conocidos a quienes saludó respetuosamente, y recordando a sus tres hijas, que ya eran casi unas adolescentes, y rogando a un Dios poco fiable por el destino de ellas, se dirigió al río cuando el cielo era el más hermoso del mundo. Mientras, en la hacienda, María Luisa preguntaba por su padre y su madre le decía que se había ido a dar un paseo, pero María Luisa, que era un poco bruja a sus 12 años, gritó ¡no!, y salió corriendo, tomó su caballo y se dirigió a la ciudad, ante el asombro de su madre, que no entendía la súbita reacción de su hija mayor. Fue así que María Luisa llegó a Iquitos y siguiendo su instinto terminó en el muelle desde donde su padre había acabado con su vida hacía unos pocos minutos. Encontró el sombrero, los guantes y el bastón inconfundibles cuando ya era casi de noche y los pájaros reinaban con su estruendo. María Luisa no soltó una sola lágrima, realmente casi ni conocía a su padre, pero sintió una gran impotencia de saberse abandonada una segunda vez por el mismo hombre y que este fuera casualmente también quien la trajo al mundo. Además, algo muy dentro de ella le hizo saber que los problemas estaban recién empezando, y que este

hecho tan cinematográfico de suicidarse en el río más caudaloso del mundo y dejando como recuerdo los signos de una riqueza que ya no era verdadera, eran el punto de partida de un suicidio aún peor, y que le correspondería a ella, que era la única que había heredado el espíritu aventurero y la fuerza de sus antepasados alemanes, llevar las riendas a partir de ahora. Esa noche María Luisa llegó a la hacienda cuando ya era casi medianoche, siendo la primera vez que se ausentaba tantas horas y además hasta tan tarde, y encontró a su madre llorando a la espera de ella y a sus dos hermanas con rostro asustado. Su madre le recriminó su huida, le recordó que era aún una niña de 12 años y, además, la señorita de la hacienda, así esta estuviera casi en ruinas, y fue en ese momento que María Luisa le enseñó el recuerdo que había dejado su padre en el muelle. Lo único que ella dijo fue ¡desgraciado!, y se dirigió a su habitación a llorar de pena y de cólera, porque sabía, como su hija mayor, que lo peor estaba por venir.

Fue al amanecer, cuando ya podían escucharse a los pájaros crepitar en sus nidos, que su madre despertó a María Luisa, mostrando un rostro más duro que el de costumbre y unos ojos más rasgados que nunca. Le dijo que tenía que decirle cosas muy importantes y la llevó al estudio de la casa, en donde Ludwig guardaba todos sus libros y donde María Luisa recibía, meses antes, sus clases de francés. Sacó de un cajón un fusil y se lo dio, tienes que aprender a usarlo, que ahora puede pasar cualquier cosa en esta casa, y luego le enseñó un escondite detrás del librero, una especie de caja fuerte en la que se guardaba lo poco que quedaba de la gran fortuna del caucho, cuando se necesite dinero y yo no esté sácalo de aquí, y le dio una copia de la llave, que María Luisa apretó entre sus manos y que luego guardó con sus tesoros más preciados en su habitación. Había dejado de ser una niña en este preciso momento.

Ese día salieron publicadas, en el periódico, la muerte trágica de Ludwig y una breve reseña biográfica de quien fuera uno de los caucheros más importantes de la zona. La noticia empezó a correr de boca en boca y llegó a los confines más alejados de la selva, porque esta muerte significaba mucho para un gran

número de personas, entre las cuales estaban otros caucheros que querían quedarse con sus tierras, gente a quien le debía aún dinero y, por supuesto, muchas mujeres a quien alguna vez había embarazado, no de uno sino, incluso, de más hijos, y que suponían que les esperaba un vida de riquezas a partir de ahora. Los caucheros esperaron, los prestamistas también, pero las mujeres no, porque esa misma noche se presentaron en la hacienda para reclamar sus derechos, acompañadas de hijos grandes y pequeños, y que en algunos casos eran indios como sus madres y en otros, rubios y de ojos azules alucinados como el padre, poniendo en absoluta evidencia la paternidad de Ludwig. Los pocos sirvientes que aún quedaban en la hacienda intentaron sin ningún éxito contener a estas mujeres y a sus hijos para que no hicieran su ingreso en la casa, y fue al atardecer del segundo día después de que María Luisa había dejado de ser niña, que empezó la guerra. Sí, fue una guerra de mujeres y niños, que terminó ese día en una lucha cuerpo a cuerpo por unos muebles traídos de Europa, que la madre de María Luisa defendía con uñas y dientes de una de aquellas mujeres que decidieron empezar a cobrar su herencia. María Luisa tuvo que intervenir, explicando que ellas se encontraban en la bancarrota, que incluso tenían deudas, y que su padre se había ido a morir al río sin ni un real en el bolsillo. Algunas lo entendieron y exigieron objetos de valor en vez del dinero; otras no creían nada de nada, cómo tienen sirvientes entonces si no hay dinero, nos están mintiendo, qué se creará esta, si es tan india como nosotras, y otra vez se reanudaba la discusión sin fin y los gritos y los insultos y las amenazas, te vamos a quemar la hacienda, para que aprendas a compartir, te vamos a matar a tus hijas para ver si así nos das algo, y fue en ese momento que María Luisa apareció con su fusil, disparó al aire para que todas se callaran de una buena vez y dijo que a cada una se le daría algo del poco dinero que les quedaba, hablando por su madre que se encontraba rendida e incapaz de tomar decisión alguna. Al día siguiente, María Luisa contó los billetes que quedaban en la caja fuerte, a la vista de su madre que permanecía callada e inmutable, e hizo montoncitos de monedas y billetes, uno, dos, tres,

uno, dos, tres, de manera que ninguna tuviera más dinero que la otra y tomando en cuenta que algunas mujeres no tenían uno sino hasta tres hijos de su padre, y que por consecuencia les correspondía un poco más de dinero. Esa tarde se aparecieron las mujeres y los niños nuevamente, y María Luisa procedió a repartir lo que le correspondía a cada una, pero al día siguiente vinieron a exigir más, y así al otro y al otro día, hasta que una noche rompieron las ventanas y se metieron en la casa y empezaron a sacar todos los muebles traídos de Europa, que fueron llevados al hombro hasta sus pueblos para adornar sus humildes casitas. Fue entonces que la madre de María Luisa, aquella india tan orgullosa, enloqueció. Al cabo de un tiempo decidió no levantarse de su cama nunca más, y fue María Luisa quien quedó a cargo de una madre casi muerta, una hacienda en ruinas, dos hermanas que vivían asustadas, un fusil, dos sirvientes fieles a los cuales ya no se les podía pagar y una caja fuerte casi vacía.

Una mañana, tres años más tarde, apareció por la hacienda un joven que dijo ser el hijo de un amigo de su padre. Venía desde Yurimaguas y con una sonrisa en el rostro que a María Luisa le pareció luminosa. Fue probablemente lo único luminoso que había visto desde antes de la muerte de su padre. Ya a esas alturas las cuatro mujeres sobrevivían de lo poco que daba la huerta que tenían al pie de casa y la llegada de ese joven que nadie esperaba supuso un milagro. Traía dinero para ellas, una deuda que su padre tenía con Ludwig desde hacía muchos años, si no fuera por su padre señorita, el mío no hubiera podido empezar nunca su negocio, la noticia de su mala fortuna ha llegado hasta nuestros oídos, mi padre se ha compadecido de ustedes y me ha enviado para que les dé el dinero que debía, muchas gracias, no sabe cuánto se lo agradecemos, y fue en el preciso instante que recibió aquel sobre salvador lleno de dinero que María Luisa sintió por primera vez en su vida algo que estaba muy alejado de todo cuanto había conocido hasta ese momento y que no tenía nada que ver con el contenido de aquel sobre, ah la sonrisa, perdone mi curiosidad, pero ¿cómo se llama usted?, y con aquella sonrisa luminosa mientras hacía la pregunta, y María Luisa mirándolo

a los ojos, que también los encontró luminosos, y luego contestando torpemente y sintiéndose avergonzada por su ropa descuidada, por su aspecto actual tan poco femenino, por su pelo que más parecía el de un muchacho, un placer conocerla señorita María Luisa, permítame presentarme, yo soy Franz, nieto de un judío alemán al igual que usted, por eso el nombre; y luego el beso en la mano, que también avergonzó a María Luisa, porque sus manos se encontraban llenas de tierra de la huerta y no cuidadas como las de una señorita, quisiera poder quedarme aquí un par de días, es que el viaje ha sido muy fatigoso, si es que esto no supone una incomodidad para su familia por supuesto, ¡no!, no se preocupe, claro que se puede usted quedar aquí. Ah, es la sonrisa.

Franz se quedó dos meses en vez de dos días. Se quedó hasta que llegó el otorongo. Ayudó a María Luisa a administrar lo poco que quedaba de la hacienda, a ahuyentar a los ladrones, a lidiar con todos los hijos y madres que nunca dejaron de venir y amenazar, a matar serpientes y arañas, a practicar su francés olvidado, pero sobre todo, a introducirla en un mundo que le era desconocido: Franz pasaba sus momentos libres leyendo libros que hablaban de comunismo, socialismo, y se la pasaba diciendo que iba a haber una revolución y que se uniría a ella algún día, que él no quería seguir los pasos de su padre, porque era un explotador, un capitalista y un burgués, él quería defender los intereses del proletariado y para ello había que ir a la costa, donde se estaban dando los cambios sociales, que esta gran revolución se estaba expandiendo por todo el mundo y él no se quedaría sin verla, perdido en esta selva para siempre. Pero aún más importante que las ideas nuevas que Franz traía fue aquel día que, bajo la luz de una luna amazónica y al borde del río más caudaloso, Franz le declaró a María Luisa su amor infinito a las dos semanas de estar en Iquitos. María Luisa no pudo contener las lágrimas y a partir de entonces se preocupó por parecer nuevamente una señorita, como cuando su padre aún vivía, pero no, le decía Franz, a mí me gustas así, que pareces más una mujer del pueblo, y era cierto que él tampoco parecía un hijo de millonario, porque llevaba el pelo desordenado y la

ropa de un aventurero, con la cual no lo hubieran dejado nunca entrar al casino. Le contó a su madre lo ocurrido y le habló de la sonrisa luminosa de la cual se había enamorado; su madre abrió los ojos repentinamente, se sentó en la cama y le dijo que se casara con ese joven y se ocuparan de la hacienda, que la hicieran renacer. Cómo le iba a explicar que ese joven no quería ser hacendado ni cauchero ni terrateniente ni propietario, cómo explicarle que el mundo estaba cambiando mientras ella agonizaba en su cama.

Y con el amor empezaron los poemas. Cada mañana María Luisa encontraba uno en los sitios más insospechados de la casa, y ella lo contestaba con otro para dejárselo a Franz en su habitación antes del anochecer. Dos y hasta cuatro poemas diarios, que a veces sus hermanas encontraban y leían a escondidas, suspirando y soñando en jóvenes como Franz, que vinieran por ellas con sonrisas iluminadas y con poemas cada mañana. Fueron los dos meses más felices en la vida de María Luisa, de pronto todos los problemas habían desaparecido como por arte de magia, y ella pensó ingenuamente que los malos tiempos al fin habían terminado. Pasaban juntos todo el día, en la mañana trabajando en la hacienda, en la tarde leyendo bajo los frutales, a veces iban hasta la laguna y mantenían allí largas conversaciones, que siempre dejaban a María Luisa boquiabierta, estaba aprendiendo tanto de él, y más tarde, al atardecer, iban muchas veces a la ciudad, a ver el Amazonas en su momento más hermoso. Era siempre aquí que Franz la besaba con ternura y María Luisa pensaba que probablemente era la jovencita más afortunada de la tierra en ese momento. Luego se recitaban los poemas que se escribían y todos en Iquitos conocían ya a esta parejita un tanto extravagante que gustaba del Amazonas cuando oscurecía bajo un cielo que ardía imponente ante sus ojos.

Hasta que una noche apareció el otorongo. La tarde anterior había estado en casa una de las tantas mujeres que reclamaba sus derechos por ser madre de tres hijos de Ludwig. Venía de Requena y se había asentado en Iquitos para reclamar lo que consideraba suyo. Había recibido ya mucho dinero, pero ella exigía cada

vez más. Los dos sirvientes fieles le dijeron a María Luisa que de esa mujer sí que había que cuidarse, es medio bruja, dicen las malas lenguas, pero una bruja negra, seguro que a su padre lo embrujó señorita, hay que tener cuidado.

Fue ella la que llevó al otorongo. Ella y sus hijos, que eran incluso mayores que María Luisa. Era casi medianoche cuando escucharon al animal en la huerta. María Luisa se despertó sobresaltada, gritando ¡no!, como cuando uno despierta de un mal sueño, solo que esta vez el mal sueño se había corporeizado en un animal salvaje. De niña quiso siempre tener un otorongo, y solo consiguió que su padre se lo enseñe desde un barco después de muchos años. Le pareció un animal hermoso, elegante, como todos los felinos, pero jamás imaginó que su felicidad se la iba a llevar un otorongo de un zarpazo, y nunca mejor dicho, porque fue un zarpazo el que mató a Franz cuando quiso defender la casa de la fiera. Cuando María Luisa escuchó el rugido tomó su fusil y se dirigió en camión a la puerta, desde donde disparó al animal cuando ya era demasiado tarde. Sus hermanas y los dos sirvientes se levantaron sobresaltados y no fueron capaces de acercarse a María Luisa, que se encontraba tirada en el suelo, sollozando amargamente, al lado de los cuerpos sin vida de Franz y el otorongo. Fue después de varios minutos que los dos sirvientes atinaron a acercarse y levantarla, para luego llevarla al interior de la casa, donde se desplomó, no volviendo a recuperar la conciencia hasta el amanecer, momento en el cual, sus hermanas y los dos sirvientes ya habían llevado el cuerpo de Franz a su cama, donde lo habían limpiado y cambiado, y el cuerpo del otorongo ya había sido alejado de la casa. La madre de María Luisa entró en estado de coma esa misma mañana después de conocer los últimos acontecimientos, pero antes de ello pudo decir algo: esta tierra está maldita, váyanse de aquí. Murió esa misma noche, cuando estaban enterrando a Franz al lado de la huerta. La tragedia era tan grande que ya nadie derramó ni una sola lágrima. Fueron dos días y dos noches que no pertenecían a la realidad sino a las sombras en las que nacen todas las pesadillas.

Una vez más María Luisa tuvo que tomar las decisiones. Envio a sus dos hermanas a vivir a Tarapoto, donde aún había familiares de su madre. Se llevaron lo poco que podía entrar en dos maletas y a los dos sirvientes, que asustados por la magia negra de la bruja de Requena, no quisieron permanecer en la hacienda más tiempo. María Luisa divagó sola en su casa en ruinas y sin gente durante una semana, sin separarse de su fusil y sin dormir ni un solo minuto. Las noches fueron lo peor, a la espera de otro posible animal salvaje, de algo peor que eso. Solo el recuerdo de Franz la mantenía en pie. Y fue su recuerdo el que le permitió reunir las fuerzas necesarias para emprender la aventura que él no iba a poder nunca realizar. Dejaría la selva para siempre, iría a la costa, donde se estaba dando la revolución, ella tampoco quería seguir siendo terrateniente ni propietaria, además para qué, si luego viene un otorongo y se lo lleva todo.

La última visión que tuvo de su hacienda fue el letrero en el que aún se podía leer el nombre, *Avispa*, tierra donde se había dado lugar el sueño de su padre, que la había convertido en el Dorado durante muchos años. Recorrió con su caballo el borde de la laguna, donde había pasado momentos tan felices con Franz, luego salió de lo que fue su hogar, el lugar que la vio nacer, con rumbo a Yurimaguas, donde buscaría al padre de Franz para contarle la tragedia, y luego, sin mirar atrás, tendría que cruzar los Andes, que decían que eran infinitos y poderosos, para finalmente llegar a la costa, a ese otro mundo en el que sucedían las mismas cosas que en el resto del mundo. Cuando llegó, lo primero que hizo fue pintar un pequeño cuadro de un otorongo, hermoso y cruel animal que había acabado con su felicidad. El sueño de un mundo justo también podría ser otra felicidad, pensó al ver el mar por primera vez.

## COMPARTMENT C, CAR 193

(Warning: only for English speakers and American fans)

(Second Warning: in case you don't know, a WASP is «any of a large, world-wide family of winged insects characterized by a slender body with the abdomen attached by a narrow stalk, biting mouth parts, and, in the females and workers, a vicious sting: some wasps, as the hornet, are characterized by a colonial or social organization». Webster's Dictionary).

CUANDO EDWARD HOPPER pintó su cuadro para mí, jamás se imaginó que la verdadera historia detrás de esa mujer viajando sola en aquel vagón de tren había empezado a principios de siglo en una hacienda de la Amazonía peruana, donde una jovencita escribía poemas y pintaba todo el día, y además devoraba con inclemencia las noticias que llegaban desde la costa, anunciando nuevos tiempos, el fin de la tiranía y del imperialismo, el inicio de una sociedad socialista y justa. Aquella jovencita era mi abuela, a la cual nunca llamé por su nombre sino por su grito de guerra: Yuju. Sí, Yuju. Sonará un poco extraño pero mi abuela se llamaba así, la abuelita Yuju, porque cada vez que llegaba a cualquier lugar gritaba ¡juuujuuu! y luego hacía su entrada triunfal, con su sombrero y sus guantes bien puestos. Luego decía algo en francés y empezaba a hacer cincuenta cosas al mismo tiempo, alborotando a todos a su alrededor, con su labia de político y su don de mover a las masas. Es que claro, aquella abuelita que yo conocí había no solo pintado y escrito poemas, sino que se había escapado de la hacienda a los

17 años, dejando atrás a sus padres, a su amor de adolescencia y al eterno verano en el que había transcurrido toda su vida. Tomó su caballo, y a modo de heroína de película se dispuso a llegar como fuera a la ciudad donde se estaba dando la revolución y así conocer al hombre socialista que le había quitado el sueño durante tantos meses. Esto sí que era amor, amor a las ideas, al cambio, y esto fue lo que le dijo a su amor de adolescencia, al cual le había dedicado tantos poemas que guardó tan celosamente toda su vida. Pero la historia que he de contar no es la de mi abuelita Yuju, a pesar de que todo se remonta a ella y su caballo y su Amazonía. Es la historia de cómo llegó el resto de la familia a *the United States of America, the land of opportunities, well, if you really want to hear about it...* sí, J. D. Salinger, la historia de Holden se parece tanto a la de todos nosotros.

Mi abuelita Yuju conoció la revolución y la esperanza socialista y antiimperialista, y desafortunadamente también conoció a mi abuelo entre todo ese furor político. Él tenía las ideas que su amor de Amazonía no conocía, pero carecía del amor y la ternura que este poseía. Y fue así como terminó casándose con alguien del mismo partido, con un compañero de revolución. Por eso también tuvo solo un hijo, como le corresponde a cualquier político, a cualquier revolucionario, que tiene su vida en peligro a cada instante. Pero no por esta razón dejó mi abuelita ahogar su amor de adolescencia, que con el paso de los años se hacía cada vez más fuerte, en vista del poco amor y las muchas ideas que recibía de mi abuelo. Cuando tuvo a su hijo, volcó todo su amor no correspondido en él, y lo adoró hasta el fin de los tiempos por sobre todas las ideas políticas y por sobre todas las revoluciones. Quería hacer de él un violinista, un artista, un ser sensible que pudiera cambiar algún día el mundo, en el caso que ella y sus compañeros no lo pudieran cambiar. Y así mi papá nació en un pueblito del norte del Perú, pero al día siguiente ya no estaba ahí, y estudió en decenas de colegios, porque cada vez que mis abuelos iban a un pueblo a trabajar de maestros de escuela y descubrían que eran del Partido, los echaban y los perseguían, y tenían

que salir disparados, con niño y con caballo, porque en esa época la dictadura derechista del momento perseguía a todos los izquierdistas y los metían al calabozo para nunca más volver a ver la luz.

Y es así como en el año 1938 mi papá era un niño de cuatro añitos y mi abuelita era aquella mujer solitaria, con el sombrero bien puesto y que leía un libro en el *Compartment C, Car 193* de Edward Hopper. Porque Hopper realmente pintó primero a mi abuelita, y luego a muchas otras mujeres solitarias del siglo XX. Y luego a mí.

Mi papá creció, la revolución no se dio, la dictadura derechista le cedió paso a otra parecida y a otra y a otra, y en algunas mi abuelita, mi abuelo y mi papá tenían que salir disparados y en otras no tanto, y así fueron pasando los años, y mi abuelita se parecía cada vez más a la mujer del tren, mal querida y maltratada, pero siempre con el sombrero bien puesto, aferrada a sus ideales políticos porque era lo único a lo que podía aferrarse, además de a su hijo, que se hacía cada vez más grande, tanto así que un día ya terminó el colegio en Lima y quería estudiar en la universidad, pero la dictadura del momento lo tachó de la lista de ingresados por ser hijo de fulanito y menganita, socialistas de toda la vida, aquí no ingresa este hijo de marxistas, no señor, váyase a hacer la carrera a otra parte. Y entonces mi papá, a los 17 años, con cara de bebe y todo flaco, se trepó a un barco llevando cuatro tonterías y su violín, con rumbo a donde sea, y ese donde sea terminó siendo la *sunny* California, que tan *sunny* no es, en plena época del *Rock n' Roll, the Happy Days, the 50's*, la época de Elvis y la rocola, los carros tipo Batman para ir al autocinema, las colas de caballo de las chicas y las faldas y las medias cubanas y los zapatos de dos colores. Y mi papá empezó a hacer su vida en la *sunny* California, que tan *sunny* no es, descubriendo que era un pecado sentarse al lado de un negro en un autobús, que habían baños para *ladies, gentlemen y negroes*, porque los gringos no se querían infectar de las enfermedades terribles que podía dejar un *fuckin' negro* en un baño. Y todo era muy lindo y muy *sunny* si te parecías a Elvis o a Marilyn, pero para el resto de mortales

estaba difícil la cosa, como si toda esta vida de póster y de *nice and beautiful people living in the best country of the world* fuera solo eso, un póster, un *fuckin' poster, and that's it*.

Mi papá se puso a estudiar en la universidad y en las noches pelaba papas en un restaurante para pagarse los estudios, y así y todo no alcanzaba, entonces de día limpiaba jardines y hacía cincuenta cosas más, tantas, tantas, que cuando llegaba el momento de ir a clases, se quedaba dormido encima de la carpeta, oliendo a papa y a vapores de cocina, espantando a todas las *white, anglo-saxon and protestant girls around him*, que pensaban de inmediato, *oh, he is really cute but...* y así fue como mi papá estudió *in the land of opportunities*, donde tuvo que vender su violín para comer, donde también se hizo soldado en plena época de la guerra de Corea y justo también en la época en que Elvis hizo el servicio militar. Y dicen que todos los días había millones de chicas histéricas en la puerta de la base, detrás de la alambrada, con sus banderines y sus corazones y sus *I love you*, y seguro que hasta *cheer-leaders* había, porque esas nunca faltan. Suelen darse estas cosas *in America*, como para que la gente no se entere de nada de nada y siga pensando que vive en el paraíso. Así también hicieron unos años después, llegando a la Luna y poniendo su bandera de estrellitas, mientras se estaban matando en Vietnam en nombre de las estrellitas a un montón de inocentes. (*«My mother cried, when President Kennedy died, she said I was a communist, but I knew better, will they drop the bomb on us while we made love on a beach, we were the class they couldn't teach, 'cause we knew better...»*, *this is KFOX 98.5 FM, the rock experience in San Francisco, and this was The Police with their hit Born in the 50's...*)

Un día, después de 15 años, mi papá tomó un avión y aterrizó en Lima sin avisar, y tocó el timbre de mi pobre abuelita y la vio vieja, muy vieja, y a ella casi le da un triple ataque al ver a su hijo, que se había ido con su cara de bebe y todo flaco, con menos cara de bebe, unas cuantas arrugas y un poco más gordo. Y fue

así que mi papá se quedó un tiempo en Lima, acompañando a mi pobre abuelita, que desde que él se había ido, solo vivía para sus amorosas cartas que le mandaba religiosamente todas las semanas, para sus pinturas y, por supuesto, para su Partido. Pues sí, después de tantos años, mi abuelita Yuju no había renunciado a sus ideas, a sus ganas de cambiar el mundo, y tampoco había renunciado al recuerdo de su amor de adolescencia, que seguía guardando celosamente en el fondo de su corazón maltratado por mi abuelo, que ahí seguía también, aferrado a las ideas y cada vez más alejado de los sentimientos.

Por fin un día mi papá conoce a mi mamá, se enamora de sus ojos verdes y se casan rápidamente en Lima *and they go to America*, todos *Samantha* y *Darrin Stephens* y yo toda *Tabitha* cuando nací, aunque de pelo marrón y sin posibilidades de mover la nariz para que vengan mis juguetes. La serie de *Bewitched* en pleno, pero sin brujerías. Y sin *Endora*, qué pena. Y yo qué iba a saber cuando era chiquita, que todos afuera estaban protestando contra el sistema, el presidente, la guerra, la bomba y todas esas cosas que no salían en mis *cartoons*. La vida era tan bonita frente al televisor, con *Top Cat*, *the Flintstones*, *Bugs Bunny*, *the Road Runner*, hasta que un día tuve que ir al cole y la cosa dejó de ser como en la tele, porque había niños de todos los colores y resultó que a los que eran negros o más oscuritos los dejaban de lado, los empujaban, les decían cosas terribles a la hora del recreo, y yo que era una *Tabitha* de pelo marrón estaba en la mitad de la nada de aquel patio gigantesco, porque ni era negra para que me empujaran, ni era *white, anglo-saxon and protestant* para empujar. Siempre solía sentarme solita con mi *lunch-box* en un rinconcito del patio gigantesco hasta que un día divisé a una niña de pelo rojo que también hacía lo mismo, y se me acercó y *Hi. Hi. I'm Jean. I'm Carmen. Gosh, nice name! Wanna play? Yeah. C'mon!* Y entonces jugamos. Jean Ackerman, yo qué iba a saber en esos momentos que eras judía y que a pesar de tus ojos azules tampoco te gustaban todos esos niños gritando a todas horas *Fuck you, fuck you man, fuck you bastard, fuck you, fuck, fuck you* hasta el infinito, contra los niños negros, los niños

indios, los niños mexicanos y latinos en general, pero felizmente no contra mí, porque casualmente el color de mi cara me ayudaba a pasar piola, así como alguna vez había pasado piola mi papá. Pero no todos eran niños gritones y racistas, había de todo en el cole. También estaba Robert Sabatini, con su cara de siciliano y siempre peleándose con todos los del grupo de Allie, el hijo de su madre ese, que odiaba a todo el mundo, incluso a los que se suponía eran sus amigos. Qué malo eras Allie, seguro que ahora estás sentado detrás de un gran escritorio, todo obeso y con anillos de oro en cada dedo, estafando a unos cuantos pero con terno y corbata, con un carro último modelo y una rubia despampanante cada noche. Y sí Robert, eras nuestro pequeño ídolo, cuando te le enfrentabas a Allie y a toda su pandilla, tú, que eras un enano para tu edad pero que luego creciste y eras el niño más guapo de la clase. Y Jean se moría por ti Robert, cuando ya éramos grandes, eso nunca lo supiste, pero ella tenía bien claro que sus papás la obligarían a casarse con un judío y por eso no se te acercó nunca. Y estaba Kevin Gallagher, que era *white, anglo-saxon and protestant* y requete buena gente, hijo de padres sindicalistas, o sea bichos raros *in America*, y que se hacía amigo de todas las minorías étnicas de la clase, como Shirley Montes y su por siempre lazo con la bandera mexicana, y Ricardo García, que era el más tímido de todos y que al comienzo hablaba muy mal el inglés y por eso se burlaban de él los de la pandilla de Allie, que le gritaban *wet-back* todo el santo día, hasta hacerlo llorar. A Kevin también se le veía de arriba a abajo con Junior, que era negro como el carbón y no se separaba de su pelota de *basketball* ni de su chicle, que lo encontrabas pegado en todas las sillas de la clase. Y en esa época teníamos a la miss McClean de profe, que era lo máximo y nos hacía jugar y cantar y que también sabía hablar castellano y por eso la adoraban las minorías étnicas, como Ricardo, que en su clase no tenía vergüenza de todos sus errores en inglés y de su *chingada*, que se le escapaba a cada rato. Y estaban finalmente Sam y Phoebe, inseparables porque eran primos hermanos, los dos rubísimos y enormes para su edad, demasiado buenos y demasiado torpes de lo grandes que eran.

Me había ya casi olvidado de ti, Edward Hopper, que me pintaste cuando estaba sentadita con mi *lunch-box* de *Bugs Bunny* y luego con mi *lunch-box* de *E.T.* en aquel patio gigantesco, donde a los 16 años seguía estando sentada pero sin *lunch-box*, viendo cómo el destino juega malas pasadas a las personas y cómo el destino de las personas depende en gran parte del país en el que vives. Qué me iba a imaginar yo de chiquitita que el mundo podía llegar a ser tan horrible. Ya a esas alturas mi cuerpo estaba en la *sunny* California, que tan *sunny* no es, pero mi mente y mi corazón estaban en Macondo, en las calles de Buenos Aires, pero sobre todo en la ciudad de mis padres, en Lima. Y todo gracias a García Márquez, a Cortázar, a Sábato, a Bryce, a Vargas Llosa, a Ribeyro. Todos ellos me hacían viajar con la imaginación a esas tierras más cálidas y más humanas, donde al parecer no había *Allies*, ni *cheer-leaders*, ni *promotion parties*. Kevin también conocía estas tierras con la imaginación, porque había aprendido a hablar castellano y me pedía prestados mis libros. Esto antes de que mataran a su padre sin explicación alguna. Sí, dos tiros en la frente al salir de su casa. Tal vez por meter su nariz en asuntos políticos, tal vez por una venganza, tal vez porque fue víctima de unos psicópatas que pasaron por ahí, tal vez porque escribía demasiados artículos en contra del gobierno, tal vez porque sus influencias sindicales habían tocado a algún pez gordo, *perhaps because he was a communist*. Nunca supimos qué fue lo que pasó, además de que los periódicos nunca se ocuparon del caso, como si realmente algún pez gordo hubiera estado detrás para que todo quedara en el olvido. Kevin marchó de California con su mamá, completamente destrozado, y supe que estuvo viviendo en Nueva York, en Australia, que se dio la vuelta al mundo, que estuvo de voluntario en la India, y luego perdí su rastro.

El día de la *prom party*, Shirley Montes regresaba a su casa con Ricardo García, que ya para ese entonces eran *boyfriend and girlfriend* oficiales, y parece que se pararon en algún lugar solitario para estar solos en el carro, cuando de pronto aparecieron *two guys with guns and all*, que los obligaron a darles todo el dinero

que llevaban encima, no sin antes violar a Shirley, mientras Ricardo, o Richie para ese entonces, veía todo con ojos alucinados y la impotencia de alguien que tiene una pistola apuntándole en la garganta. Cuando acabaron con Shirley, se llevaron el carro y los dejaron a los dos destrozados para el resto de sus vidas, en la mitad de un campo gigantesco, llorando y gritando *hijos de la gran puta, hijos de la chingada, chinga su madre cabrones, fuckin' bastards. But they never found the fuckin' bastards*, porque cuando el agresor es *white, anglo-saxon and protestant, that is, a WASP*, y la víctima es una *fuckin' Mexican*, como que no se esfuerzan mucho en encontrar a nadie, ni en mandarlos al *Death Row*. No señor, el *Death Row* está lleno de negros y mexicanos, que para encontrarlos sacan siempre hasta a los helicópteros, esos que siempre ponen los americanos en sus películas de acción, con voces de *walkie-talkie* de fondo para hacerlas más dramáticas. Si hubieran existido los helicópteros y los *walkie-talkies* en la época de la colonización, no hubiera quedado ni un solo indio piel roja de recuerdo de la única civilización autóctona *of America*. («*A tournament, tournament, a tournament of lies, offer me solutions, offer me alternatives and I decline, it's the end of the world as we know it, it's the end of the world as we know it, it's the end of the world as we know it, and I feel fine, I feel fine...*» and *this was R.E.M. in KFOX 98.5 FM, the rock experience in San Francisco...*)

Shirley quería ser profesora de escuela, pero después de lo que le pasó dicen que se la pasaba encerrada en su cuarto todo el día, que no hacía sino llorar. Richie se puso a trabajar para ahorrar para ir a la universidad y después de dos años consiguió el dinero necesario para la matrícula. Quería ser médico. No sé si lo consiguió. Solo supe que a Shirley la mandaron a la casa de sus abuelos en México, para ver si ahí se recuperaba de su tristeza. Le escribí varias veces, pero no me contestó. No sé si Shirley será ahora la de antes, la niña del lazo con la bandera mexicana, o la última Shirley sonriente que yo vi, con su vestido verde de la *prom party*, toda contenta porque quería ser una profesora como la miss

McClean, con cara de pulguita. No lo sé. Solo sé que Edward Hopper también pintó a Shirley, con su lazo, su vestido, en el pueblo de los abuelos, y que ella también iba en un vagón de tren con el sombrero puesto.

Junior quería ser abogado y para ello dejó la pelota de *basketball* y el chicle. Ingresó a Berkeley y ahora debe estar impidiendo que tantos negros terminen en el *Death Row*. Eso espero. Sam y Phoebe, los primos inseparables, finalmente se separaron, cuando Phoebe se convirtió en una rubia de un metro ochenta a los 15 años y ya la llamaban para hacer de extra en películas y salía en propagandas de televisión. Y eso que Phoebe era requete buena gente cuando era chiquita y torpe, *but this is America guys*, y por eso ya ni siquiera nos saludaba durante los dos últimos años de colegio. Sam nos contó que su prima se había operado dos veces las tetas, y cuando el padre de Sam se quedó sin trabajo y luego enfermó y no podía pagar el tratamiento de la enfermedad porque no podía trabajar (y si no trabajas no tienes derecho a la seguridad social, *and this is America guys*, y entonces la madre de Sam se consiguió otro hombre y los dejó a Sam y al padre tirados, y Sam con las justas podía ir al colegio porque estaba de enfermero del papá y trabajaba de noche haciendo ochenta cosas), Sam dejó de ser el Sam de antes, y por eso Phoebe ya no quería ni acercarse a él, porque ella ya estaba muy, pero muy por encima de su primo. Me contaron que cuando Phoebe terminó el colegio, ganaba miles de dólares como modelo, y Sam, a pesar de querer ir a la universidad, no pudo hacerlo, y tuvo que ponerse a trabajar para curar a su padre algún día, y tuvieron que vender la linda casa con piscina y terminaron en una casa rodante para poder ahorrar, *and this is America guys*. THIS IS AMERICA, THE LAND OF OPPORTUNITIES, THE LAND OF FREEDOM, THE LAND OF DEMOCRACY, THE MOST POWERFUL COUNTRY OF THE WORLD, AND NOW LET'S HEAR OUR NATIONAL ANTHEM: TA TA RA RA RA RA, TA TA RA RA RA RA, TA TA TA TA TA TA TA, TA TA TA RA RA RA... (primer plano de la bandera de estrellitas subiendo, bajando, subiendo, bajando, con mucho viento, finalmente se acaba el himno y se desaparece la imagen en un *fade* muy sutil a negro). Y

muy casualmente esta fue la última imagen que vi en la tele antes de subir al avión que nos llevaría a la tierra de mis padres, que aunque eran *Bewitched* en pleno, también eran peruanos.

*The flight 7087 is ready to board at gate 10, please passengers, the flight 7087 is ready to board at gate 10*, y mientras, yo corría con mis maletas y detrás de mis padres, por supuesto con mi inseparable *walk-man*, que aún captaba algo en la radio («*Yankee detectives are always on the TV, 'cos killers in America work seven days a week, never mind the stars and stripes, let's print the Watergate Tapes, I'll salute the New Wave, and I hope nobody escapes, I'm so bored with the U.S.A, I'm so bored with the U.S.A, I'm so bored with the U.S.A, but what can I do?...* and this was *The Clash* with a classic of British punk rock, this is *KFOX 98.5 FM, the rock experience in San Francisco...*»), pero que luego se quedó mudo y se apagó para siempre, porque la señal de *KFOX* no llegaba al avión. *Fasten your seat belts and so on*, y yo pensaba que me hubiera gustado ver a todos mis amigos antes de irme, pero entre tantas desgracias después de la *prom party and all*, qué me iba a poner a hacer despedidas, y solo me limité a ver a algunos, a los más cercanos, y los invité a comer pizza a mi casa y nos dimos los abrazos y las direcciones correspondientes, *and I promised to go back, but I never went back*. Y *Jean Genie*, te quedaste a dormir ese día y lloramos porque *we were always best friends*, y fue a través de tus cartas que supe la historia de todos y también la tuya, cómo te fuiste de tu casa, cómo nunca pudiste estar con Robert, el amor de tu vida, y encima tuviste que asistir a su matrimonio con esa *blonde* horrible y tetona que se había conseguido en Los Ángeles, y cómo Robert puso su cadena de restaurantes y se puso gordo, feo y también millonario, él, que era el más guapo de la clase, y cómo te fuiste a Nueva York a estudiar teatro, y cómo estuviste con Pedro, *who was Spanish*, y con Ryan, *who was Australian*, y con tantos más, ninguno judío por supuesto, y cómo no conseguiste los papeles que querías y tenías que seguir de camarera a pesar de todo, y cómo te aburríste y

volviste a la *sunny* California, que tan *sunny* no es, a que te brille el pelo rojo en el maravilloso atardecer de North Beach, que tanto nos gustaba por lo bohemio que era. Y tú también Jean, tú también ibas en el tren de Edward Hopper, con sombrero y todo, cuando perdiste a tu hijo por culpa de las drogas que te estabas metiendo en el cuerpo, y te quedaste más sola que la mujer que pintaron en aquel vagón en el año 1938, a pesar del pelo rojo.

Llegamos a Lima cuando yo tenía 17 años. Igual que mi abuelita Yuju cuando se escapó de la hacienda en la Amazonía, igual que mi papá cuando con su cara de bebe se trepó al barco con rumbo a donde sea. Diecisiete años y un *walk-man* sin KFOX, o sea un *walk-man* muerto. El aeropuerto de Lima estaba rodeado de tanques y había soldados y policías por todas partes, es que han puesto una bomba decía la gente, y de manera inexplicable, al enseñar los pasaportes americanos, todas las puertas se empezaron a abrir como por arte de magia, y hasta un taxi nos trajeron, que también llegó con magia, y mientras, había cientos de peruanos tratando de salir de ese aeropuerto, pero que tenían pasaportes peruanos sin magia alguna, y nunca supe si la bomba existía o no, pero en medio del caos absoluto nosotros estábamos con todas nuestras maletas alejándonos de ahí, y en la esquina se nos acercaron tres, cuatro, cinco o más niños llenos de barro en la cara y sin zapatos, pidiendo dinero para comer, y se me ocurrió regalarles el *walk-man*, y parece que se pusieron muy contentos, y vi desde la ventana cómo se peleaban por los audífonos y por escuchar la radio, y luego vimos a un señor en harapos haciendo la caca al lado del semáforo y que muy sonriente nos saludó con la mano, y luego a una mujer con cuatro niños chiquitos detrás de ella, todos casi desnudos, completamente sucios, y nosotros mientras tan limpios metidos dentro del taxi mágico, y todo lo que se veía era como una película que por más que te la cuenten tienes que verla para entenderla realmente, una película tan alejada de todo lo que había *in America*. Y en medio de toda la suciedad, el desorden, el calor, los niños, las mujeres y los hombres mendigando por las calles,

de pronto vi algo conocido: un *Kentucky Fried Chicken* y un *Pizza Hut*, con más niños harapientos en las puertas pidiendo una moneda para comer. *This is South America guys*, pensé, tratando de hilvanar todas estas imágenes con mis lecturas de Vargas Llosa, Bryce y Ribeyro, y vi que la realidad sobrepasaba a cualquier ficción, por más bien escrita que esté, por más crítica que ésta intente ser. Hasta que vimos desde el taxi la bahía, aquella maravillosa bahía que nada tenía que hacer con North Beach, pero que exhalaba una paz y una grandeza propias, una sencillez y una humildad tan alejada de los rascacielos, algo así como una bahía en concordancia con todos los niños que pedían monedas en las puertas de los establecimientos con los nombres en inglés, que tan bien entendía yo, y que probablemente ellos ni siquiera podían leer.

Fue en aquella maravillosa bahía que tiré mi pasaporte mágico desde un puente donde me contaron que se suicidaba la gente. Fue en un atardecer naranja y lleno de bruma, desde donde recordé a Jean *Genie* y pensé que su pelo rojo también brillaría aquí, y a Kevin, que probablemente también hubiera sido feliz en esta ciudad, tan alejada de aquella vida de *fuckin' poster* que él siempre odió. Fue a los 17 años que empecé una nueva vida, y todo gracias a mi abuelita Yuju y su caballo y su amor por la revolución socialista que nunca se dio en este país. Y desde ese puente pensé que aún era la niñita con su *lunch-box* en un patio gigantesco, que había pintado Edward Hopper transfigurada en la mujer del sombrero en el vagón de tren. Y por eso, para librarme de tanta soledad, también tiré mi *lunch-box* de *Bugs*, o la de *E.T.*, no lo sé, junto con el pasaporte mágico y gritando ¡juuuuuu! con todas mis fuerzas. Ahí se fueron los dos, volando, para caer en algún lugar de la gran bahía, para así poder cambiar de cuadro, y dejar de ser la mujer del *Compartment C, Car 193*. Años después, *if you really want to hear about it*, frente a esta misma bahía, Edward Hopper me volvió a pintar, en aquel maravilloso cuadro que se llama *Morning Sun*. Era el sol de Lima el que caía sobre mi cara, por supuesto.

## ACHTUNG ANDALUCÍA

FUE JUSTO A MEDIADOS de agosto, cuando ya Madrid se había convertido en el rincón más insoportable de todo el universo, que me dije que ya no más, que yo no podía seguir trabajando así. Llegué a mi microscópico departamento en Lavapiés, abrí la puerta violentamente y anuncié a quien estuviera en ese momento escuchando en aquel viejísimo edificio que se caía a pedazos con todos sus árabes y jubilados españoles incluidos: «¡Me largo, yo no agunto más este calor!».

Y así fue. Al día siguiente renuncié a las cuatro academias en las que estaba dando clases de inglés sin contrato en esas épocas, sin dar motivos suficientes para mi renuncia, además, no creo que a las secretarías les importara mucho el asunto, porque por supuesto los directores de las cuatro academias estaban veraneando en algún lugar del mundo donde seguramente el viento era fresquito y se podía oler el mar, el mar, ah el mar, ese ser tan lejano y desconocido en Madrid.

En mi departamento de Lavapiés éramos tres. Dos ilegales y un europeo. Uno de los ilegales era yo y el otro era Sergio, mi amigo mexicano. El europeo era Osquítar, mi amigo segoviano. Vivíamos rodeados de ilegales por los cuatro costados, además de todas las nacionalidades imaginables e inimaginables: sudacas de todos los tipos y colores, orientales en todas las tonalidades de amarillo posibles, africanos del Congo, de Angola, de Senegal y de no sé cuántos países más de la África negra, pero sobre todo había moros, muchísimos moros con sus miles de negocios de dulces, restaurantes, bailarinas y demás. Llegaban todos los días nuevas caras al barrio, una vez incluso hice amistad con un recién

llegado, un señor requeteviejo, de piel quemadísima por el sol, con millones de arrugas en todas partes y con turbante y túnica incluidos, como en el mismísimo desierto del Sahara pensé yo, y no sé por qué cuando lo vi en el metro me di cuenta de que era recién llegado, tal vez por el olor a arena, o porque cuando lo vi de pronto ya no estaba escuchando a la señorita del altavoz que anunciaba la estación Sol, sino que de pronto me encontré sumida en un sopor de arena y camellos y unos cantos en árabe incomprensibles, y de pronto desperté del sopor porque el señor con olor a desierto me había tomado del brazo y me estaba sonriendo con ningún diente en la boca y me estaba preguntando algo que yo no entendía, algo que tenía que ver con el papelito que me estaba enseñando, un papel arrugadísimo y cochínísimo con unos signos y una dirección en Lavapiés. Comprendí rápidamente que quería que le indicara cómo ir a esa dirección, y por medio del lenguaje universal de los signos de las manos le hice entender que yo también iba a Lavapiés, y así fue como me bajé con él en mi barrio y lo llevé a la calle que indicaba el papel, muy cerca de la plaza donde está la boca del metro. El anciano me dijo «española» con un acento de desierto africano y juntó sus manos y agachó la cabeza a modo de agradecimiento. Yo le dije que «yo no española, yo peruana, Perú, Perú, Sudamérica», y el viejecito sonrió muchísimo más con su boca sin dientes y me dio la mano como a modo de mayor agradecimiento. «Sudamérica, Sudamérica, pobre, pobre, África, África, pobre, pobre», y se dio la vuelta mientras sonriendo se hablaba en árabe a sí mismo y desde la esquina me dijo «yo, Sahara, Sahara» y luego desapareció, cargando su enorme maleta desteñida. Tal como lo había vislumbrado en el metro, este señor era del mismísimo Sahara, con camellos, culebras y todo.

Este episodio me confirmó una vez más que los dos ilegales de nuestro microscópico departamento no parecíamos ilegales debido a nuestras lejanas raíces hispanas, y que esto era a veces una vergüenza cuando estabas entre sudamericanos y te decían que parecías más un español, o bien era una suerte cuando ibas a trabajar todas las mañanas y los polis de la boca del metro de Lavapiés ni siquiera

nos miraban para pedirnos los documentos porque suponían que éramos unos españolitos bohemios que se habían ido a vivir entre moros y demás etnias por esas cosas del progresismo y de las modas izquierdistas juveniles tan de moda en Europa en estos tiempos. La verdad era que Sergio trabajaba en un restaurante mexicano de cocinero, pero pronto fue ascendido a camarero porque era blanquito y bonito y casi español, en cambio el resto de mexicanos tenían, los pobres, cara de mexicanos, y por eso se quedaron en la cocina, así como yo, que era profesora de inglés porque no parecía peruana, y aunque no parecía gringa era también blanquita, y los alumnos no iban a darse cuenta jamás de mi procedencia. Cosas de la vida en Europa, cosas de la civilización solíamos decir siempre a la hora de la cena en el microscópico departamento de Lavapiés, entre enchiladas y tacos robados por Sergio cada noche en el restaurante mexicano. El caso de Osquítar era diferente, porque muy irónicamente él tenía todas las raíces hispanas de la tierra, pero además una gran nariz de gitano y un espíritu de gitano y unas ojeras de gitano, que no eran del todo bien vistas por los polis de la boca del metro de Lavapiés, y resultaba entonces que al que le pedían documentos era al único legal de la casa, es más, al único español de la casa. Pobre Osquítar, con lo poco que él quería ser español.

Osquítar no me creyó cuando le dije que me iba porque hacía demasiado calor en Madrid, estás loca, pero si estás ganando una pasta me dijo, y Sergio tampoco, pero a dónde te vas tía y en qué vas a trabajar cuando regreses me gritó, eso da igual contesté yo, estoy mal, no se dan cuenta acaso, yo nací en Lima, frente al mar, siempre he tenido el olor a sal en mi nariz, y cuando veo sol necesito ver mar también, me pongo muy mal cada vez que salgo del metro y solo veo edificios y más edificios, pero tía, que también hay piscinas en Madrid, la piscina huele a cloro y no a mar, y ya no me fastidien, me voy mañana en el primer bus que salga cuando llegue a la estación.

Y así fue. Llegué sudando y malhumorada a la estación Sur, con una pequeña mochila a mis espaldas. Pregunté cuál era el primer bus que salía y me dijeron

que en cinco minutos saldría uno para Granada. Venga, Granada, que así de paso por fin conozco Andalucía. Y llegué a la ciudad de los gitanos, de García Lorca, de la Alhambra, de los árabes ancestrales, con la más increíble de las sonrisas en el rostro, porque llegué de noche y hacía calor, pero no tanto, y Madrid estaba tan taaan lejos. No sentí remordimiento alguno por haber dejado mi trabajo, ya conseguiría otro, me dije, ahora yo lo único que quiero es bañarme en el mar. Pero claro, cuando me fijé en el mapa vi que para llegar a él aún había que avanzar unos cuántos kilómetros más, pero bueno, un poco de paciencia, hay que conocer Granada, con lo famosa que es, debe ser una maravilla, el mar puede esperar unos diítas más, pensé yo. Y entonces me instalé en un albergue juvenil como solía hacer cada vez que viajaba sola, y me dijeron que tenía que compartir mi habitación con una chica alemana, sí, sí, bien, bien, a mí me da igual que sea alemana o china, y me dieron las llaves y así fue como conocí a Simone, Simone Sulzmann por cierto. Y yo pensé, pero qué *Gestapo* el nombre por Dios.

Cuando uno tiene un prototipo de nacionalidad en la cabeza y luego uno se encuentra con todo lo contrario, uno se da cuenta de que felizmente este mundo está lleno de variedad y color, y que nada es previsible. Bueno, pues Simone era físicamente la alemana más previsible de este mundo, la más alemana de las alemanas, era tal cual uno se imagina una alemana cuando te dicen a ver imagínate una alemana, era todo un prototipo de alemana, toda Sulzmann ella, *Gestapo* total, era una prueba fehaciente de la poca variedad que hay a veces en este mundo. Era alta, grande, rubia, rubísima y de enormes ojos azules. Estaba además completamente calcinada por el sol, o sea estaba requeterroja como todos los alemanes en el verano en España. Me sonrió de inmediato y me dijo que «no hablar muy bien la español» y yo le dije entonces que podíamos hablar en inglés y sonrió más y me dijo que «good, good, so you can speak English, but I thought you were Spanish...» con lo cual tuve que aclarar que yo no era *Spanish* sino *Peruvian*, y ahí sí que la dejé alucinada a la gringa, porque no entendía cómo una sudaca sabía hablar bien el inglés. Conversamos gran parte de la noche y en

tono jocoserio acerca de Alemania y el Primer Mundo y del Perú y el Tercer Mundo y salimos a dar una vuelta a modo de bienvenida y despedida porque ella partía para Almería al día siguiente. Y vaya que si me cayó bien Simone, con lo alemana que era, con la cara de *Gestapo* y todo que tenía, y vaya que si yo le caí bien a ella, con lo peruana que soy yo, con mi cara de *flor de la canela* y todo. Y qué pena pues, ya no la volvería a ver.

Eso fue lo que yo pensé esa calurosa pero muy agradable noche granadina. Nos despedimos finalmente en la mañana cuando ella salió cargando su enorme mochila azul y me dio su dirección en Alemania y su teléfono y me aclaró que su casa estaba en plena selva negra alemana, donde el invierno se distinguía del verano porque en el primero está siempre nevando y en el segundo está siempre lloviendo. *Bye Bye, see you some day, it was really nice meeting you* y plum cerró la puerta y hasta pena me dio, no sé por qué, y dejé de pensar que Simone era toda *Gestapo* por lo bien que me había caído y empecé a pensar en algún alemán buena gente en la historia del mundo, y se me vinieron a la cabeza Goethe y Beethoven, y las maravillosas películas de Wenders y ya no pensé en lo malos que habían sido los alemanes, pero igual el Sulzmann, no se por qué, no me iba bien ni con escritores, ni músicos, ni cineastas, sino con la desdichada *Gestapo*. En fin, la culpa la tiene Hollywood y sus películas de nazis, pensé yo.

A ver, a conocer Granada pues. Tomé mi lindo mapa y me aventuré en la ciudad, descubriendo a cientos de gitanas que me querían leer las manos y que creían que era una *signorina* italiana, pero por Dios, que nunca dan con la tecla en este bendito país. Y hasta la Alhambra llegué, que por cierto era muy linda, muy preciosa, muy esplendorosa, algo nunca visto por mis ojos, pero algo estaba empezando a molestarme realmente a eso de las dos de la tarde, y descubrí que era obviamente el sol criminal de esta ciudad maravillosa, el calor insoportable de esta ciudad inigualable, peor que Madrid pensé, cuando me di cuenta del motivo de mi mal humor. Y fue cuando me perdí por entre esas increíbles calles sin salida del Sacromonte, que tuve el espejismo. Sí, un espejismo como en el

desierto del Sahara, pero sin camellos y sin arena. Fue en un momento en el cual por alguna fuerza superior subí desesperadamente una cuesta llena de casitas blancas, una cuesta empinadísima y llena de sol criminal, porque al final de esta callecita solo se veía cielo, sí, solo cielo y no más casitas, y por consecuencia al llegar al final de la calle podría ver el mar, ah el mar, si hasta el sonido de las olas me hizo subir la cuesta y también el olor a sal. Y al fin llegué y tuve desde el final de aquella calle la vista de Granada más despampanante que había tenido hasta ese momento, sí, Granada en pleno, en toda su belleza y en todo su calor insoportable, y nada de mar ni de sal ni de nada, y así como una fuerza superior me subió hasta allí, fue esa misma fuerza la que me hizo bajar de allí, ir al albergue juvenil, cancelar mis cuentas, ir a la estación de autobuses y preguntar cuál era el mar más cercano y parece que no me entendieron la pregunta porque me dijeron *te referiré a la playa má cercana niña*, con acento andalú y todo, y yo solo atiné a decir el mar, el mar, ah el mar, porque el calor ya no me dejaba ni hablar bien, y de pronto ya estaba en un bus con dirección a Almería, porque allí había mar y también una playa, y fue a eso de las diez de la noche que llegué a este lugar y ni bien me bajé del bus sentí un vapor que emanaba del suelo andaluz, algo así como la última parada de un calor *in crescendo* mientras más al sur del mapa de España me encontraba, y en mi sopor andaluz caminé preguntando nuevamente por el mar, el mar, ah el mar y se volvió a repetir el episodio de *la playa niña, querrá decí la playa*, con acento andalú nuevamente, y a pesar de esta emulación de la mismísima Torre de Babel, llegué jadeante a un paseo marítimo y finalmente al mar. Ah, ahí está. Y sin pensarlo dos veces me quité la mochila de la espalda, la dejé tirada sobre la arena, me saqué la ropa y me quedé en lo que mi abuela llamaría paños menores y me metí al mar, sintiendo una de las mayores felicidades de mi vida, toda una catarsis digna de película. Ahora sí que ya podía acabarse el mundo y yo moriría en paz chapoteando en el agua.

A eso de las 11 de la noche la catarsis ya había llegado a su fin, me vestí, y me acomodé nuevamente la mochila en la espalda. Al fin aire fresquito y sal en mi

boca. Ahora sí que sería capaz de caminar hasta el fin del mundo, pensé, con rostro iluminado y todo. Pero el albergue estaba cerca de la playa y no tuve que caminar tan lejos como mi capacidad me lo permitía en esos momentos. Una vez más me dijeron que tendría que compartir habitación y que casualmente sería de nuevo con una alemana. Estas alemanas están por todas partes pensé, y cuando llegué hasta la dichosa habitación ya estaba imaginando si el apellido sería otra vez muy *Gestapo*, y si la alemana sería tan simpática como Simone. Pero no había nadie esperándome, solo una mochila azul que reconocí de inmediato y un olor a selva negra y nieve total que ya reconocería para toda mi vida como el olor representativo de Simone Sulzmann, mi amiga con apellido de nazi de película de Hollywood.

A los pocos minutos Simone apareció por la puerta y los gritos de sorpresa fueron mutuos, tanto así que hasta ella misma, dentro de su *alemanidad*, se sorprendió de su efusividad, y me dijo que ya hasta estaba gritando como peruana, que qué barbaridad. Y como Dios y la Divina Providencia quisieron juntarnos por segunda vez, nos dijimos que por algo sería, y a partir de ahí Simone y yo fuimos inseparables durante dos semanas, tanto así que hasta me volví un poquito *Gestapo* y ella, con todo el rojo de su cara, un poquito *flor de la canela*.

Esa misma noche decidimos salir por ahí, después de que ella se quedara completamente alucinada de saber que me había metido al agua a las diez de la noche, y encima en paños menores. Para ella la playa era un lugar en el cual había que ponerse morena, muy morena, y ya está, el mar era solo un aditamento de la *morenidad*. En fin, el asunto fue que nos fuimos a pasear a la playa, con nuestra cerveza y nuestra bolsa de papas fritas, y pensamos que con el calor que hacía bien se podía dormir en la playa, y eso fue lo que hicimos, trajimos nuestras *sleeping bags* y por supuesto Simone, como buena alemana, vino con una maletita llena de misterio bajo el brazo también, yo no, yo solo me traje a mí misma y le expliqué que en el Perú roban mucho y que no se puede dormir en una playa con maletita llena de misterio y todo. Hasta pijama nos pusimos, para completar la

escena de película cómica de serie B. Y fue cuando ya la conversación se empezó a convertir en balbuceos llenos de sueño, que de pronto descubrí el contenido de la famosa maletita: un jabón, por si acaso, un cepillo y pasta de dientes, por si acaso, una bolsita de *kleenex*, por si acaso, una camiseta extra, por si acaso, y finalmente un pequeño despertador, que fue colocado con suma *alemanidad* en la arena junto a ella, y por supuesto yo, dentro de mi *peruanidad*, pensé que el aparatito este era una broma, pero ella me explicó que *I'm a German, I have to wake up with an alarm clock!* Y ahí sí que confirmé las enormes diferencias entre una alemana y una peruana, yo, que nunca en mi vida había usado despertador y que estaba acostumbrada a calcular la hora mirando al cielo. Y eso que no le conté que en mi casa no había relojes y que mi mamá me despertaba todas las mañanas para ir al colegio calculando la hora también mirando al cielo, y que debía ser por eso que siempre llegábamos tarde a todas partes, y glup, tal vez tendríamos que habernos comprado un reloj en mi casa, uno como el de Simone, *Deutsch total*, que convirtiera a los peruanos en seres puntuales para siempre.

El amanecer fue precioso, todo rojo y naranja y con un mar turquesa que casi ni se movía. Yo me desperté antes de que sonara el despertador, pero no quise despertar a Simone. Me metí al mar y al regresar del agua ya el *Deutsch total* había sonado y Simone se disponía a lavarse la cara en la ducha de la playa. Cuando me vio recién bañada solo atinó a decirme que yo estaba *completely crazy*, pero me sonrió y me dijo que me invitaba a tomar desayuno, y de pronto ella ya estaba completamente lista y yo completamente en desorden, con todo mojado y lleno de arena, y esto ya se empezaba a parecer a una película de los tres chiflados porque todo se me caía, y Simone me salvó de pronto recogiendo-lo todo ordenadamente como solo una *Deutsch total* puede hacerlo. Y así fue como empezó esta increíble fusión de extremos contrarios, porque lo que yo perdía ella lo encontraba, y lo que yo desordenaba, ella lo ordenaba, y lo que yo no podía cargar ella lo cargaba, y cuando ella se aburría yo le contaba alguna anécdota tercermundista, y cuando ella no entendía el español yo le servía de

intérprete, y principalmente porque cuando venía la poli cuando andábamos a dedo por Mojácar salía ella a la defensa, con su pasaporte alemán y su cara de alemana, diciendo que yo también lo era, yo, con mi cara de *flor de la canela*, cosa que los polis increíblemente creían por el solo hecho de hablar inglés y estar acompañada de una alemana prototipo, o sea *Gestapo* total. Porque claro, lo de mi ilegalidad se lo conté la primera noche que dormimos en la playa, porque hubo varias más, y de pronto ya no era *crazy* sino *illegal and savage Peruvian*, pero con sonrisa en la cara, y ella era una *boring and civilized German*, pero yo también con sonrisa en la cara, o sea que lo que éramos no importaba realmente.

Durante dos semanas recorrimos todo el sudeste andaluz, a dedo y durmiendo en la playa, comiendo principalmente pan con queso y bañándonos en las duchas de las playas. Ya al final de la segunda semana Simone tiró el despertador en algún desierto del camino y yo empecé a ordenar las mochilas. También hasta me aventuraba a decir alguna que otra tontería en *Deutsch* con acento peruano, mientras ella empezaba a defenderse bastante bien con el español, con todas las erres del mundo y lleno de palabras peruanas por cierto, tanto así que pedía jugos en vez de zumos, y papas en vez de patatas, y se ponía la ropa de baño en vez del bañador y hasta llegó a gritarles *concha tu madre* a unos andaluces pesados que querían ligar con las dos *guiris*, una requeterroja y la otra *flor de la canela*. *Achtung* señores, *achtung*, que ésta era la fusión del Primer Mundo y el Tercer Mundo, mímesis total, *achtung*.

Pero como todo lo que empieza se acaba, este viaje también llegó a su fin, justo cuando ya andábamos por Málaga. Simone tenía comprado ya su pasaje para Frankfurt desde hacía muchas semanas, y el avión salía de esta ciudad costeña un mediodía de agosto lleno de calor insoportable. Como era debido, nos fuimos a pasar la mañana a la playa, y luego, para que mi amiga *Gestapito* total no se fuera toda llena de calor al aeropuerto, nos fuimos a una terraza con sombrita donde nos tomamos unas cervezas muy heladas. Pues que te vaya bien,

que te vaya muy bien, que tengas buen viaje, y a ver si me vienes a visitar a la selva negra, y tú a ver si vas al Perú algún día, oh no, si todos son tan ilegales y salvajes como tú, no, no, pues entonces yo no voy a Alemania si todos son tan aburridos y civilizados como tú, no, no, y otra vez sonrisas en la cara, y nuevamente lo que éramos ya no importaba realmente. Y ya ni sentíamos los tres idiomas en los que nos comunicábamos, porque ya nos habíamos acostumbrado a nuestro *Espanghishdeutsch* a la perfección, y confirmamos las direcciones que habíamos apuntado alguna vez en Granada, y casi con lágrima en el ojo y con moco incluido, nos despedimos en aquella terracita, en la cual mi *Gestapito* total, requeterroja y nunca morena a pesar de los intentos, me dijo chau, chau, a la peruana total, con *u* y dos veces encima, y fui yo la que le dije que se fuera porque se le hacía tarde, porque a partir de entonces yo ya me preocupé por la hora y de vez en cuando miro al cielo pero solo a modo de acto de nostalgia, y fue entonces que vino el taxi y se la llevó, y Simone soltó el lagrimón, nada alemán por cierto, cuando me hacía adiós por la ventana del taxi, y yo lo solté cuando ya ella se había ido, y me dije en ese momento que qué increíble, si solo hemos sido amigas durante dos semanas, pero tal vez fue debido a la extrema fusión de contrarios, a la mímesis total, que la emoción era más grande. Y permanecí en aquella terracita en estado de total abandono, hasta que de pronto me desperté con un fuerte olor a caca de caballo y con una sevillana y unas palmadas y unos gritos y mucha bulla, y es que estaba en plena Feria de Málaga y yo ni enterada del asunto. Salí huyendo del lugar con dirección al norte, en bus, en tren, ya ni me acuerdo, escapando del calor insoportable, del ruido y el olor y principalmente de la sensación de abandono total en la mitad de tanta alegría andaluza. Y terminé en los verdes montes gallegos, donde reina el silencio y el sonido de la nostálgica y triste gaita, y donde la sensación de abandono total al final de unas vacaciones no es sino un estado que armoniza a la perfección con el paisaje. Y fue ahí, en el verde final de la tierra, donde me quedé.

Donde me quedé hasta que me expulsaron del país. Sí, me expulsaron de España después de muchos trámites inútiles y costosos con la policía. Y me expulsaron antes de que Simone viniera al verde final de la tierra, y eso que tenía hasta hecha toda su ruta para sus próximas vacaciones, y antes de que yo fuera a la selva negra alemana, donde hay nieve todo el invierno y lluvia todo el verano. Y me expulsaron a pesar de que ya sabía ver la hora y había dejado de ser tan salvaje, a pesar de mi cara de flor de la canela, pero así es pues, así es el Primer Mundo, *this is what you call civilization*. Y Simone estuvo al tanto de todas mis peripecias por carta, y siguió todos mis trámites con suma indignación, porque *me da vergüenza ser europea cuando me entero de estas cosas*, en un español lleno de faltas ortográficas y lleno de erres, mezclado con inglés y alemán, hasta que finalmente se enteró de que me había ido cuando le escribí desde Lima, adonde llegué con toda la vergüenza de una expulsión policial, muy curiosamente sin haber cometido ningún acto delictivo. Y Simone me dijo por carta que ella iba a venir hasta Lima con toda su vergüenza ajena encima, y con su nieve y lluvia total, y con su cara requeterroja de *Gestapito* total, y atención, que esto tiene que cambiar, atención, atención, que esto tiene que cambiar. *Achtung*. Ahora, en medio del calor insoportable limeño, y mirando siempre al cielo para saber la hora, espero a mi amiga Simone Sulzmann, con apellido de judío de campo de concentración de película de Hollywood, rectifico.



## LOS OLVIDADOS (NO LOS DE BUÑUEL, LOS MÍOS)

SOLÍA IR AL KIOSQUITO del periódico todas las mañanas de las vacaciones de mi infancia para ver al nuevo hijito de la señora periodiquera. El nuevo niño nacía todos los veranos, él o ella, nunca supe cuántos niños y niñas nacieron y crecieron en el kiosquito amarillo con techo verde con las enormes letras que decían «Chiclet's Adams». Era una prole infinita que muy pronto aprendía el oficio de vender periódicos y revistas y caramelos y chistes y chocolates y que se confundía ante mis consternados ojos cuando sacaban la cabecita con su chullo de colores andinos. El más grandecito aprendió rápidamente a repartir periódicos en las casas, y el que le seguía iba con el papá todas las madrugadas a recoger los periódicos de la distribuidora justo a la hora que se acababa el toque de queda y las tanquetas se alejaban de las esquinas y el soldado guardaba el fusil y se metía como los topos en el agujero del monstruo metálico. Cada mañana de cada verano yo me sumergía en aquel kiosquito cuando pedía mi chiste de «Editorial Novaro», y me empinaba junto a mi bicicleta de rueditas para poder ver a los nuevos niños, y siempre alcanzaba a ver a uno en la teta de la mamá, a otro en el regazo, a otro en la cajita de leche «Gloria» y al otro intentando escaparse con el potito al aire por la puerta de cincuenta centímetros de alto que estaba en la parte trasera del hogar de esta numerosa familia. Por supuesto, había otros que estaban jugando por ahí, en el Parque de la Virgen o bien en el jardín que estaba

en medio de la pista, o a veces encontraban la manguera de la municipalidad y adelantaban los carnavales mojando en pleno enero a cuanta persona vieran por la acera. Cada vez que me empinaba para meter mi cabeza y escoger el nuevo chiste de «Editorial Novaro», o a veces para ver si tenían las figuritas que me faltaban del último álbum «Navarrete», sentía ese olor inconfundible, que era una mezcla de leche materna, tinta y lana de alpaca. «Es el olor del Perú», pensé años después, cuando recordé al kiosquito amarillo en varias ocasiones e intentaba borrar de mi mente el final de esta numerosa familia.

Fue por aquellos años que también conocí a nuestro lechero, que venía desde los extramuros de Lima arrastrando su carretita que hacía un ruido ensordecedor desde las cinco de la mañana. Él era quien nos traía la leche de la hacienda Maranga, que ya por aquel entonces era solo un nombre que no significaba nada de nada para nadie, porque la tal hacienda ya no era hacienda, y creo que ya solo le quedaba una vaca flaca y solitaria que poco tenía de la alcurnia de la antigua familia de hacendados, y que solo se había conservado como símbolo de una estirpe en decadencia. Ahora el nombre Maranga, además de ser el nombre de una huaca preincaica, era el nombre de la urbanización de clase media en la que yo vivía, una urbanización que creció en medio de maizales y que con los años hasta llegó a tener casinos huachafos, llenos de colorinches y con letras en inglés. Nuestro lechero venía con su leche Maranga y con su sonrisa y su pelo medio rojo alborotado y sus dedos gordos en sus ojotas y sus manos con uñas sucísimas y sus miles de billetes que siempre sacaba de su mameluco azul, y él también tenía miles de hijos, y solo los podía ver en algún momento después de caminar todos los kilómetros del mundo durante todo el día y toda la noche, repartiendo toda la leche de todas las vacas flacas y solitarias de todas las haciendas que alguna vez lo fueron. Muchas veces me lo encontraba en la tarde, cuando me iba con la bicicleta hasta la Primera Etapa o hasta el Parque de las 200 millas sin el permiso de mi mamá, y siempre me saludaba con su pelo más

alborotado y más rojo, es que somos de Ayacucho, sabe señora, y por eso no soy tan cholo, y por ahí tengo mis ancestros españoles, como todos en este país, y yo me moría de miedo que cuando hablara con mi mami a la hora del desayuno le dijera también que me había visto con la bici sin rueditas, manejando sin manos y haciendo equilibrios por la avenida de Los Patriotas.

Y mientras yo manejaba mi bici durante todos los veranos de mi infancia y me iba con mis patines hasta el baño y pensaba en los niños del kiosquito con olor a leche, tinta y lana, y en el lechero del pelo medio rojo, las tanquetas cambiaron de dueño varias veces y el toque de queda cambió de horas, y mi papá cada vez se parecía más al señor lechero en los ojos, y al señor periodiquero en las manos, debía ser por algo pensaba yo, tal vez yo también sería algún día como los niños del kiosquito y cambiaría de olor, y mi mami vendería periódicos y qué rico, no tendría que ir al colegio.

Un día después de varios años de prolongada infancia yo estaba con mis patines en la puerta de la casa y el suelo empezó a temblar, y yo pensé, diablos, esto es igual al terremoto del 74, ahora va a empezar a abrirse todo y esta vez no va a haber ventana para que mi tatatata salga a saludarnos mientras todo el mundo reza en la mitad de la calle. Pero no fue como en el terremoto del 74, que mi mami me sacó envuelta en una toallita y toda mojada, esto fue un solo movimiento brusco y contundente, que me lanzó contra una columna y me quitó todo el *glamour* de una niña *Roller Boogie* en pleno verano setentero. Yo no entendí nada, pero habían empezado las bombas, así lo dijeron en la radio, y yo no entendí por qué ya no me dejaban salir con la bicicleta, y que el asunto no tenía nada que ver con las rueditas, pero eso sí, algo escuché acerca de la tierra de nuestro pelirrojo lechero, en Ayacucho empezó todo, dicen, y pronto empezaron las bombas a todas horas y a mí se me acabó la infancia de un sopapo y me sumieron en la adolescencia de las tinieblas y de la luz de las velas, y fue como un invierno prolongado, sin bici, ni patines, ni kiosquito, ni lechero con sonrisa,

y mi papi perdió también la sonrisa y venía con las llaves en el bolsillo de la plata, porque la plata ya no venía en ningún bolsillo, y así la infancia dejó de serla bruscamente y todo se concentraba en el momento del lonche, con mi tatatata y su café con leche en tinieblas, y mi mamamama y su té con limón en tinieblas, y mi mamá y su caldo en tinieblas, y yo con mis fideos corbatita en tinieblas, y la radio «Victoria» que contaba las bombas, las torres de luz derrumbadas, los bancos asaltados y los muertos, los cientos de muertos por todas partes, esto parecía más una película que otra cosa, tanto que nos llegamos todos a acostumbrar, y mi papá se acostumbró a las llaves y no a la plata y nosotros a sus llaves de la fábrica en tinieblas, y tanto así que el verano siguiente yo salí de nuevo con la bici y con los patines, pero había que regresar antes del apagón y había que cuidarse de los ladrones que andaban a la orden del día, y un buen día ya no vi a nuestro eterno lechero que hasta me había visto nacer, y nos mandaron otro, que no tenía el mismo pelo rojo, hasta que nos dijeron que un carro lo había atropellado, pero que se había salvado, es que no lo vieron, como anda con la carretilla en la madrugada, seguro que fue un borracho que no lo vio, y mi mamamama lloró y a mi mami se le llenaron los ojos de lágrimas y a mí se me hizo un nudo en la garganta porque mi papá también trabajaba de madrugada y de repente le pasaba algo por ahí, y eso que mi papá no tiene el pelo medio rojo que le sirva de semáforo a los borrachos.

Las bombas habían llegado cuando nosotros habíamos ya cambiado de casa, nos habíamos mudado unas cuantas cuadras más allá y yo había hecho nuevos amiguitos. Se suponía que íbamos a estar en ella solo durante tres meses, pero al final nos quedamos 17 años. Al mudarnos a esta casa le perdimos un poco el rastro a la prole infinita del kiosquito de periódicos, porque ahora mis papás compraban *El Comercio* en un nuevo kiosquito que les quedaba más cerca, y yo también empecé a buscar mis figuritas y mis chistes en este nuevo kiosco, con nuevos niños infinitos, cajas de leche, y el inconfundible olor de todos los

kiosquitos del Perú. Pero nuestro lechero de pelo rojo nos acompañó a nuestra nueva casa porque él repartía la leche en todo Maranga. Fue justamente en la época en que se decidió seguir alquilando esta casa que yo empecé a ver que mi papá se parecía en algo al señor lechero, y cuando también empezó todo este asunto de las llaves y la falta de plata, no hay plata amorcito, no hay plata. Por eso mis papás tuvieron que vender la casa de sueño que se estaban construyendo a cuchumil kilómetros de nuestro barrio clase mediero, porque no hay plata, no hay plata, y mi papá ya no trabajaba en el mismo sitio de antes, y dejó de usar terno y corbata y le empezaron a salir callos en las manos y olía a una cosa rara, hueles a desinfectante amorcito. Nos mudamos en una Navidad, en la que yo estrené *Chicho Bello* y todo, y también cambié de bici, ahora ya no había que usar rueditas, y todo este asunto de la bomba y la pérdida del *glamour* sucedió en la etapa de mi bicicleta nueva, que era amarilla y con timón en forma de «V» y asiento largo a lo motocicleta *Harley Davidson*.

Pasaron los años y las bombas nos acompañaban día, tarde y noche. Los monstruos metálicos cambiaron de dueño una y otra vez, y los toques de queda causaron varios muertos inocentes. El tatatata y la mamamama no paraban de decir que esto era el fin del mundo, que en los años veinte estos horrores no sucedían y que había carnavales y se bailaban cosas bonitas y no salían las calatas de «Risas y Salsa» en la tele. Mi bici amarilla a lo *Harley* se puso toda vieja y fea con la humedad terrible de Maranga y finalmente se destruyó, ruedas por los aires y timón largo doblado en cuatro, cuando a mí me atropelló un carro en la avenida de Los Patriotas y casi me mata, pero felizmente no me mató y solo me abrió la cabeza y me hizo chorrear toda la sangre del mundo por la calle Hermanos Catari. Mis patines de *Roller Boogie* me empezaron a quedar chiquitos y también se pusieron verdes por la humedad de Maranga, y los tuve que regalar, y me convertí en una adolescente sin bici y sin patines, y con el pelo corto, sí, cuando se me abrió la cabeza me tuvieron que cortar todas las melenas y mientras me

ponían los puntos sonaron pum pum pum, no sé cuántas bombas, seguro que se han volado algún banco de la avenida de La Marina dijo el médico, y yo solo pensé en mi pobre pelo y en el terrible dolor de cabeza que tenía y en mis moretones por todas partes y en la loca esa que me atropelló y se dio a la fuga. Y ya por esta nueva época en la que tenía que hacer mis tareas del colegio en las tinieblas y en la que había que bañarse con jarrito porque no había agua, mis papás ya habían olvidado por completo su casa de sueño que nunca fue, y yo pensé, felizmente que no fuimos nunca a vivir a esa casa porque pum pum pum, es por ahí por donde más ponen las bombas los terrucos estos que vienen de la tierra del señor lechero, pero también pensé que seguramente no huelen al kiosquito, estos son malos, recontra malos, y seguro huelen a caca.

Y cuando pedía explicaciones de todo este fin del mundo me decían que la revolución era porque los indios habían estado siempre aislados de todo, que no iban al colegio, que no tenían hospitales, cuáles indios preguntaba yo, ¿los del kiosquito?, ¿el señor lechero?, y me decían que sí, pero mi papá también tiene callos decía yo, y también trabaja de madrugada, sí, pero esto no tiene nada que ver con la guerra de guerrillas, con el marxismo-leninismo-trotskismo-maoísmo y no sé qué tantos ismos más que querían imponer los terrucos, además a la señora del kiosquito, que era chola, no le gustaban los terrucos, y al señor lechero, que era un cholo de pelo rojo, tampoco, *isus tirucus sun muy malus* decían, y entonces yo no entendí nada de nada y dije que quería conocer la sierra, porque era verde y bonita, que quería ir a esos sitios donde hablan quechua y no hay patines ni bici ni cole ni hospital ni nada, y me dijeron estás loca, es zona roja y eres una niña, allí no puede ir nadie porque te pegan un tiro. Y hablaron en radio «Victoria» de las fosas llenas de indios muertos, llenas de comuneros campesinos, viejos, mujeres embarazadas, niños, que mataron los terrucos en la tierra del señor lechero, y cómo, no era que la revolución era para los indios y en contra de los blancos explotadores pregunté yo, y me dijeron, vete a hacer tus tareas hijita, esto es muy complicado para una niña, y mi mamamama dijo que

ya se quería morir porque esto era ya demasiado horrible, y mi tatatata dijo que seguro que todo era mentira, que con esto de la televisión y el gramófono todo era siempre mentira.

Un domingo de tregua salí a pasear con la bicicleta de uno de mis vecinitos. Salí con mi pelo corto y después de haber hecho las tareas en las tinieblas. Me había lavado la cabeza porque increíblemente hasta había agua ese día. Mi mamá se quedó lavando los kilos y kilos de ropa sucia que se habían acumulado en varias semanas sin agua. Mi papá se había ido a trabajar a la fábrica porque por esa zona ponían la luz los domingos. La mamamama también estaba aprovechando para lavarse la cabeza con limón y el tatatata también se metió a la tina y todo con sus cien años, es que un domingo con agua merecía el esfuerzo. Se me ocurrió ir a ver mi antigua casita, la de la época del terremoto del 74, porque quería ir a visitar el kiosquito de mi infancia, de mis primeras figuritas y mis primeros chistes. Pero al dar la vuelta a la esquina después de atravesar el Parque de la Virgen, vi el kiosquito amarillo y verde completamente negro, carbonizado, hecho pedazos, con el letrero de Chiclet's Adams tirado por los suelos. Tal fue mi cara que una señora que pasaba por ahí con su pan dominguero me dijo, no te asustes hijita, hasta ahora no sabemos quiénes fueron los desgraciados, pobre familia, se quemaron tres de los niños en el incendio y ahora nadie sabe dónde está el resto de la familia, es que en esta cuadra vive un coronel del ejército y parece que los terrucos quisieron darle la alerta, pero mira, que tirar la bomba justo en el kiosquito de esta pobre gente, que vayan a tirarle la bomba al coronel por Dios, pero que no sigan matando inocentes. Me quedé mirando el carbón y las cenizas durante toda la mañana de aquel domingo, tratando de traer a mi mente el olor de leche materna, tinta y lana de alpaca, pero fue imposible, el olor a pólvora era demasiado poderoso.

Fue al poco tiempo, que un día antes de salir para el colegio encontramos a otro nuevo lechero dejándonos la leche Maranga en la puerta. Mi mamá regresó a la cocina con los ojos rojos y nos dijo mientras tomábamos el desayuno que

nuestro lechero ayacuchano de pelo rojo y de ancestros españoles había muerto. Lo han matado allá por donde él vive, ayer que fue día de bombas y apagón, y los ladrones estaban a la orden del día, lo mataron para quitarle la plata de la leche, y por defenderse con sus callos y su pelo alborotado le pegaron una paliza y lo dejaron tirado en medio de la calle y vino un carro y lo atropelló. Y le contamos la desgracia a la mamamama y se puso a llorar y dijo que iba a rezar por él, que por eso ella andaba con los pelos de punta cada vez que salíamos de la casa, porque nos podía pasar cualquier cosa, así como al lechero, así como a esos pobres niñitos de la periodiquera. La gente es muy mala ahora, es muy mala. Y tan mala que a mi papá también lo atacaron y lo dejaron sin lo poco que traía, y hasta le robaron el anillo de bodas, y nos robaron el carro, y se metieron a la casa y nos durmieron y nos robaron, y a mis vecinitos les robaron sus bicis, pero en medio de estas diminutas desgracias se seguían muriendo cientos de cientos, cientos de indios y unos cuantos blancos, en esta revolución incomprensible que arrasó principalmente con el pueblo, con ese pueblo oprimido durante años de años, desde épocas coloniales. Y ya nadie sabía quién mataba a quién, porque se seguían encontrando fosas todas las semanas, y se descubrió que los *sinchis* habían matado a poblados enteros creyendo que eran terrucos, y los terroristas se disfrazaban de *sinchis* y los *sinchis* de terroristas, y la gente de la sierra ya no sabía a quién tenerle más miedo, a estos dementes con sus banderas rojas, o a los otros dementes que por los siglos de los siglos se han llamado erróneamente fuerzas del orden, con sus botas y sus monstruos metálicos.

Y cuando muchos años después, siendo ya una profesora de inglés y estando en la universidad, una noche cayó la bomba de Tarata en pleno Miraflores, en la mitad de Lima, la Lima de los blancos, y salí despedida contra la ventana del instituto de inglés por el impacto de la bomba, me dieron unas ganas incontenibles de empinarme y enterrar mi cabeza en el kiosquito, de sentir el olor del Perú y tratar de entender algo, porque una vez más los terrucos habían fallado y se

habían volado toda una manzana de edificios donde vivían los únicos seres de clase media de todo Miraflores, seres que también tuvieron que trabajar de madrugada como mi papá y cuyo único pecado era ser blancos y descendientes de algún español colonizador o europeo pobre, como yo, que con mi cara blanca de colonizadora o europea pobre, no me podía poner el chullo andino multicolor de aquel niño del kiosco sin parecer una mala postal de un país de seres absoluta y definitivamente olvidados.



# ÍNDICE

## I

*Con Alfredo, en La Coruña*

13

*Reunión de muertos*

19

*La Punta, 6 a. m. (cuento de hadas)*

23

*No es serio este cementerio*

27

*La pregunta de Zavalita*

39

## II

*Crónica inicial de un viaje anunciado (tan lejos, tan cerca)*

47

*Estación: Antón Martín*

53

*Los que sobran*

59

*En blanco y negro*

65

Born in the USA

67

*El tren de la vida*

69

*La maravillosa leyenda del pianista del océano*

75

*La lucha contra el estornino*

83

### III

*El día que conocí a Luis Buñuel*

97

*Novecento I*

103

*Novecento II*

113

*Compartment C, Car 193*  
123

*Achtung Andalucía*  
135

*Los olvidados (no los de Buñuel, los míos)*  
147

LOS OLVIDADOS  
se terminó de imprimir en  
septiembre de 2005 en los talleres  
de Páginas del Perú S. A. C.  
laberintos@paginasdelperu.com

## Resultados Premio Nacional PUCP 2004

Premio Nacional PUCP 2004  
de ensayo

Luis Andrade Ciudad

*Aguas turbias, aguas cristalitas*

*El mundo de los sueños en los Andes  
surcentrales*

Premio Nacional PUCP 2004  
de narrativa

Alexis Iparraguirre

*El Inventario de las Naves*

Premio Nacional PUCP 2004  
de poesía

Elio Vélez Marquina

*Sansón ebanista*

Finalista en categoría ensayo

Paul Laurent

*Teología y política absolutista en la  
génesis del derecho moderno*

Finalista en categoría narrativa

Rossana Díaz Costa

*Los olvidados*

Finalista en categoría narrativa

Pedro Llosa

*Protocolo Rorschach*

Finalista en categoría poesía

Paul Forsyth

*Laberinto*

Finalista en categoría poesía

Luis Jara

*Coloquio de los libros*

Un recorrido nostálgico a través de una infancia y adolescencia en Lima, marcadas por los problemas que causaron el abandono de un país sumido en la crisis y el olvido. La ilusión de una vida mejor en tierras lejanas y el enfrentamiento a una realidad tan injusta como la anterior. La esperanza como camino vital final, en el cual se funden los temas que remiten al territorio de la familia y la infancia, y aquellos que pertenecen a una búsqueda adulta de la identidad, la felicidad y un lugar en el mundo donde se pueda ser y estar. Es, también, un recorrido a través de la incapacidad para el olvido y cómo a partir de él es posible realizar el viaje de regreso al inicio de todo.

auspicia

FUNDACIÓN

Carlos Rodríguez-Pastor Mendoza

ISBN 978-9972-42-740-4



9 789972 427404 >



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ  
FONDO EDITORIAL 2005

colabora

El Comercio